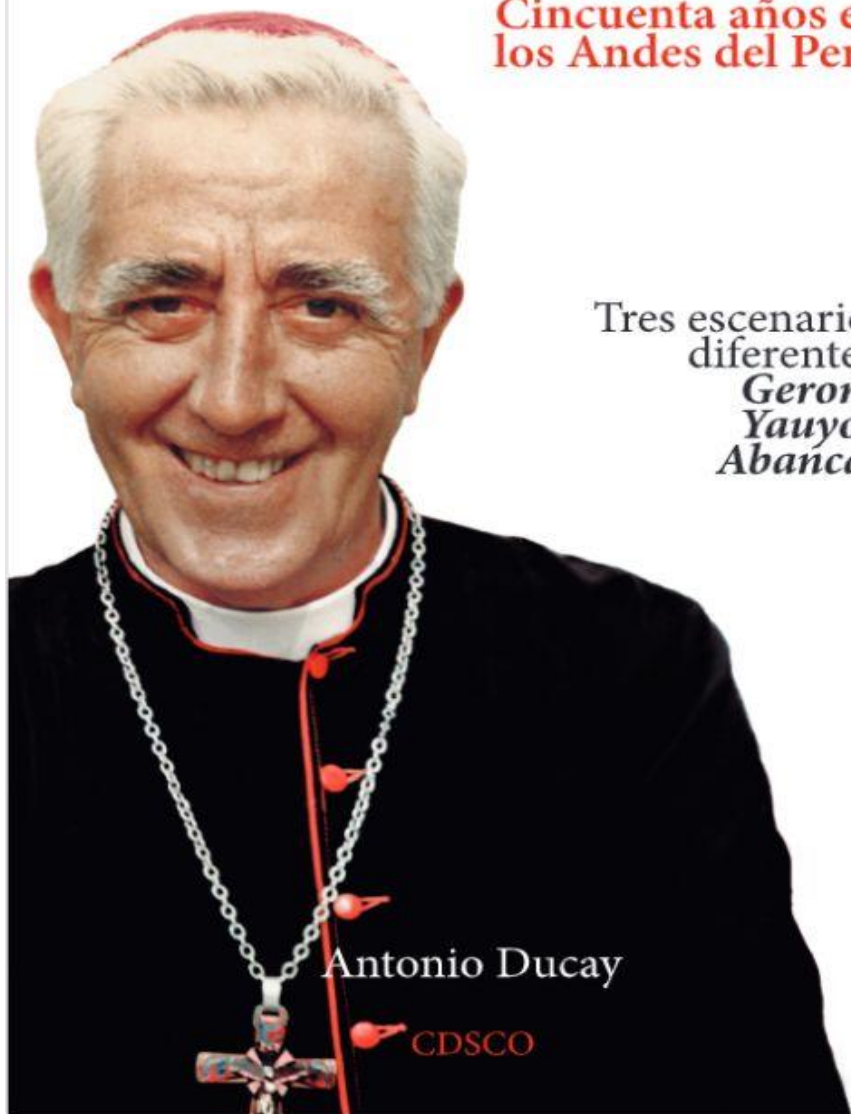


ENRIQUE PÉLACH

Cincuenta años en
los Andes del Perú

Tres escenarios
diferentes:
Gerona
Yauyos
Abancay



Antonio Ducay

CDS CO

ENRIQUE PÉLACH

Cincuenta años en los Andes del Perú

**Tres escenarios diferentes:
Gerona -Yauyos- Abancay**

Antonio Ducay

INDICE

Prólogo

1. Dos sucesos importantes
2. “Can Pèlach” salvado del fuego
3. Enrique en el frente de batalla
4. Vuelta al seminario
5. Ordenación sacerdotal
6. Encuentro con san Josemaría
7. El descubrimiento
8. Retiros a sacerdotes
9. Con san Pablo VI y el beato Álvaro
10. ¿Yauyos o Gerona?
11. Yauyos, dos de octubre, 1957
12. Por las alturas andinas
13. Otro viaje lleno de emociones
14. El Moro y el Canelo
15. Una Navidad a golpe de caballo
16. El prelado y su vicario
17. Las reuniones mensuales
18. Sacerdotes del lugar
19. La Virgen del Amor Hermoso
20. Obispo de Abancay
21. Abancay, 21 de julio 1968
22. Aprender a ser obispo
23. Retiros mensuales a votación
24. Asilo para ancianos
25. Los niños de la calle

26. Un amanecer con sorpresa
27. En busca de sacerdotes
28. “Caritas” de Abancay
29. Viajes a Lima
30. Así nació el seminario
31. El seminario menor
32. Leprosos en el siglo XX
33. Lucía Bobbio y Hugo Esquivel
34. “Mi amigo impresor”
35. Entrevistas con san Juan Pablo II
36. Quince años de obispo
37. Los años del terrorismo
38. Comisión de la Verdad y Reconciliación
39. Casa de promoción de la mujer
40. Paz en medio del fuego
41. Devoción a la Virgen
42. Obispo emérito
43. Tarea cumplida
44. Victoria definitiva

Prólogo

Cuando tenía 10 años, acompañado por mis padres, llegué a la puerta del seminario de Girona. Yo llegaba algo inquieto por despegarme de mis padres. Ahí estaba un sacerdote joven: mosén Enrique Pèlach. Me recibió muy amable y su trato me dio confianza, me tranquilizó. Me hizo sentir que aquella iba a ser mi casa.

Destaco en mis recuerdos uno muy sencillo de mis años del seminario menor: los paseos por la hacienda de los papás de mosén Enrique, que se llama Can Pèlach. Nos bañábamos en el río y al pasar entre los árboles frutales, podíamos coger la fruta que quisiéramos. Yo recuerdo lo ricas que estaban las manzanas, qué bonitas y atractivas se veían y lo bien que nos lo hacía pasar mosèn Enrique. Esto ayudaba a que tuviésemos gran confianza con él y entre nosotros.

Para no alargarme, salto mis recuerdos a la última clase que nos dio en el seminario, días antes de irse a Yauyos, en Perú. Estuvo muy cariñoso. Nos dió una serie de consejos. Hay uno que quedó grabado en mi memoria y lo escribí en mi cuaderno de apuntes: “si alguno quiere ir a misiones, que se entere bien si podrá tener una buena atención espiritual, si no, mejor que no vaya”.

Le hice caso. Ya siendo sacerdote, entró en mi alma el deseo de ir a misiones. Surgió una oportunidad y consulté con mi obispo, monseñor José Cartaña, si tenía garantizada esa atención. Me dijo que no. No fui. Tiempo después le conté la posibilidad de ir a Yauyos y me dijo: “ahí sí, porque en Yauyos está mosén Pèlach que cuida de los sacerdotes, especialmente de los más jóvenes”.

Pocos meses después, en octubre de 1963, desembarqué en el puerto del Callao, en Lima. Me estaba esperando mosén Enrique. Me abrazó, me preguntó por mi viaje y me ayudó a cargar el baúl y las maletas. Desde ahí me sentí cuidado y atendido.

Cinco años después, mosén Enrique fue nombrado obispo de Abancay. Fui allí, estuve en su primera misa, en la que hice de maestro de ceremonias. Recuerdo que me distraía pensando en lo ricas que estaban las manzanas de “Can Pèlach”.

Seguí mi vida sacerdotal y un día recibí una llamada de la Nunciatura eclesiástica. El Papa Juan Pablo II me había nombrado obispo de Camaná, una ciudad al sur del Perú. Mosén Enrique, con cerca de ochenta años, asistió a la ceremonia de consagración, como uno de los obispos consagrantes.

De vez en cuando iba a visitarlo a Abancay. El último viaje que hice fue con motivo de su muerte. Miles de personas lo acompañaron en el entierro.

Ciertamente, es a Dios a quien debemos dar gracias por todo, pero sus beneficios nos llegan a través de instrumentos tan fieles y paternales como Enrique Pélach.

Me da mucha alegría que se dé a conocer quién es este hombre. Ayudará a muchas personas conocerlo y tratarán de imitarlo.

Una última aclaración a los lectores: me dice el autor de este libro, que se refiere al protagonista, simplemente con el nombre de “Enrique”, porque son amigos de muchos años, siempre se han tratado de modo muy familiar y le sale natural hacerlo así. Además, me dice, en el cielo no hay tratamientos y tiene el convencimiento de que Enrique se fue directamente al cielo desde Abancay. Yo también pienso lo mismo.

Monseñor Marius Busquets
Obispo emérito de Camaná

1. Dos sucesos importantes

“Un día a las nueve de la noche, en Abancay, cuando a esa hora no andaba nadie por las calles, me llamó por teléfono el Prefecto (algo así como el actual Gobernador).

- Buenas noches, señor obispo, le habla el Prefecto.

- Buenas noches, señor Prefecto. ¡Gusto en saludarle! ¿Qué se le ofrece?

- Desearía hablar con usted.

- Muy bien, mañana. ¿A qué hora?

- No, señor hoy, esta noche, por favor.

-¿Esta noche? ¡Es muy tarde, señor Prefecto! ¿Es tan urgente?

- Sí, señor obispo. Venga un momento. Se lo suplico.

-¡Voy, voy! Ahora mismo.

Me puse una casaca gruesa para el frío y me fui a la Prefectura que estaba a trescientos metros del obispado.

El prefecto me esperaba en la puerta de su casa. Nos saludamos amablemente como buenos amigos que somos.

Me invitó a subir en su camioneta y la puso en marcha.

-Quiero que vea esto...

Cerca de la Prefectura está el edificio del

mercado de Abancay. Al nivel del suelo, hay unas ventanas alargadas, muy estrechas, que comunican con los almacenes. En cada una de esas ventanas dormían cuatro o cinco chicos acurrucados entre ellos, aprovechando el poco calor que salía por ellas.

-¡Mire esto!

-¡Qué horror! ¿Quiénes son?

-Escolares de caseríos que hay a tres o cuatro horas de Abancay. No tienen donde cobijarse. Llegan el lunes por la mañana y regresan a sus casas el viernes al mediodía.

Nos quedamos un momento los dos en silencio, mirando los chicos.

Continuamos el recorrido por la ciudad y encontramos otros en lugares parecidos. Vimos unos veinte.

Sin hablar nada, volvimos al obispado. Antes de bajar de la camioneta, me dijo el Prefecto:

- Señor obispo, usted es el único que puede solucionar esto. Yo le ayudaré todo lo que pueda.

- Déjeme pensar y otro día hablamos.

Nos dimos las buenas noches y entré al obispado.

Antes de ir a mi habitación, pasé por la capilla. De rodillas ante el Sagrario, hablé a Jesús de aquellos chicos. Aquella noche fue una de las pocas, siendo obispo, que casi no dormí.

En cuanto pudimos, inauguramos el Hogar de Estudiantes *San Martín de Porres* para sesenta estudiantes pobres. Fue el primero de los doce hogares que tenemos actualmente en la diócesis.”¹

He querido comenzar el libro con dos sucesos de la vida de Enrique, que se ampliarán más adelante. Son como dos pinceladas que sirven de presentación. El segundo, es el siguiente:

“Por enésima vez subí un día las escaleras del Ministerio de Salud Pública, al cabo de un año y siete meses de haber iniciado las gestiones. Llegué al despacho del doctor Zapata, que era el Director General al que tenía que visitar. Lo saludé y luego, muy serio y decidido, le dije:

- Vengo, señor Director, para que de una vez me solucione el problema del terreno para construir el asilo de ancianos de Abancay. Si no, le pasaré la factura.

- ¡Factura!... ¿De qué?, me contestó extrañado.

- ¡De zapatos!, señor Director, que los vengo gastando subiendo y bajando las escaleras de este Ministerio. (Al decirlo no me acordé de que él se apellidaba “Zapata”).

Hubo un espacio de silencio, me miró sonriente y levantó un teléfono interior:

- Señor N, venga por favor a mi despacho.

¹ Enrique Pèlach. “Misión en el trapecio andino”, Realidades S.A., Lima, 2005, pp.42-44

Llegó un funcionario del ministerio. Nos presentó y le dijo:

- Vaya con el obispo a Abancay y no regrese hasta haberle entregado, ante notario, aquella parte del terreno del antiguo hospital, para que pueda construir allí el asilo de ancianos ¿De acuerdo?

- De acuerdo. Y dirigiéndose a mí, me preguntó:

- ¿Qué día salimos.?

- Si le parece bien, hoy mismo. Tengo mi camioneta. Podemos salir después de almorzar, para ir a dormir a Nazca (a unos 400 kilómetros por la carretera Panamericana sur) y mañana salimos hasta Abancay. Desde Nazca, son unas diez horas de viaje.

Así lo hicimos. La semana siguiente me entregaron el terreno. Llevé al Cuzco en la camioneta al funcionario del ministerio, para que desde el Cuzco regresase a Lima en avión. Ya entonces nos habíamos hecho buenos amigos. Le di las gracias por todo y le pedí que rezase por la construcción del asilo de ancianos. En el mismo avión, venía de Lima el arquitecto Velaochaga, buen amigo mío desde años atrás y magnífico colaborador. Lo había llamado para rogarle que viniese a Abancay a ver el terreno para el Asilo de Ancianos. Era urgente ganar tiempo. Durante las cinco horas de viaje, hablamos de muchas cosas,

bromeamos, rezamos y nos dimos tiempo para informarle bien de las necesidades del asilo de ancianos y cómo lo queríamos. Cuando llegamos a Abancay, ya tenía una primera idea sobre el diseño.

Dos semanas después, estaban hechos los planos. Poco más de un año después, se pudo inaugurar el asilo de ancianos.”²

¿Quién es este Enrique Pèllach, con esa capacidad de gestión y esa capacidad de hacerse amigos?

Es el protagonista de nuestra historia. Los dos sucesos que él mismo ha relatado se ubican en Abancay, en las alturas de los Andes, una de las zonas más pobres del Perú. En ese escenario realizó una labor pastoral y humanitaria de dimensiones sorprendentes.

Enrique ya sabía lo que era una guerra violenta porque en sus años muy jóvenes le tocó vivirla.

² Enrique Pèllach, ob.cit., pp. 39-40

2. “Can Pélach” salvado del fuego

Cuando Enrique tenía dieciocho años, en julio de 1936, estalló una guerra civil en España, que duró tres años y ocasionó cientos de miles de muertos. Enrique era seminarista en Gerona, su ciudad natal, una de las cuatro provincias catalanas, junto con Barcelona, Lérida y Tarragona. Había ingresado pocos meses antes al seminario.

Al estallar la guerra civil, ser seminarista o sacerdote era razón suficiente para ser asesinado. De hecho, murieron varios miles. Ya antes de la guerra, en 1931, cuando empezó la segunda República, comenzaron una serie de atentados contra “las clases adineradas” y también contra la Iglesia católica, sobre todo por los grupos anarquistas. Asesinatos políticos, saqueo y quema de iglesias y conventos, tanto de frailes como de monjas, crearon un clima de temor y de inestabilidad.

Se veía que aquello iba a explotar. El 18 de julio una parte pequeña del ejército se sublevó. España se dividió en dos: una zona llamada “republicana”, muy dominada por una ideología marxista, que ocupaba dos terceras partes del país y otra llamada “nacional”, en la que triunfó la rebelión contra el Gobierno. Rusia apoyó al

Gobierno y la Alemania de Hitler a los sublevados. Gerona estaba en la zona republicana, por tanto, ser seminarista suponía grave peligro para la vida.

Es necesario precisar que el ejército republicano era un mosaico de facciones muy distintas. Había grupos moderados, de pensamiento democrático, no violentos y había otros, especialmente los anarquistas, que incendiaban, encarcelaban o mataban, no solo a sacerdotes, religiosos y monjas, sino también familias consideradas como católicas. Otras facciones del ejército republicano se oponían a esa actitud extremista e incluso hubo enfrentamientos armados entre ellos.

Los que vivieron aquellos años, especialmente en los pueblos, cuentan la impresión que les produjo el silencio de las campanas de las iglesias. En los pueblos, estaban acostumbrados a su sonido, no sólo para llamar a las misas; también sonaban cuando se llevaba la comunión a los enfermos, cuando había bautismos, cuando había un difunto. Cada toque era expresión de una situación distinta. El silencio de las campanas afectó el ánimo de la población, que echaba de menos todo lo que las campanas significaban. Eso lo sabía muy bien Enrique y cuando construyó y renovó muchas iglesias en su diócesis peruana de Abancay, le dio importancia a colocar unas

buenas campanas, que trasmitían su mensaje de vida cristiana.

Unas anécdotas ilustrarán el ambiente que se vivía. “Can Pèlach” era la casa de los padres de Enrique. Una buena hacienda, con bosques frutales, situada a unos 15 kilómetros de Gerona. Allí vivía el matrimonio Pèlach, don Joaquín y doña Enriqueta, con sus diez hijos. Enrique era el séptimo de los diez. Nada más estallar la guerra, una patrulla de soldados fueron a buscarlo a su casa y no lo encontraron. Se llevaron presos a dos de los hermanos, Francisco y Joaquín. También se llevaron el automóvil de la familia y una moto. En aquella época había muy pocos automóviles y tener uno era señal de familia pudiente. Muy pocos días después, una patrulla de anarquistas tomó la iniciativa de prender fuego a “Can Pelach”. Minutos antes alguien les avisó. Ahí saltó el ingenio de una de las hijas, Asunción, de veinte años, que se inventó rápidamente un plan y tomó el mando:

-“Ayúdenme a sacar unas mesas al jardín”, les dijo

La obedecieron sin saber lo que pretendía. Allí colocó quesos, jamones, carnes, frutas, y varias botellas de buen vino. Una mesa magníficamente bien provista. Llegaron los soldados con los barriles de gasolina, dispuestos a quemar la casa. Asunción los recibió con mucha amabilidad y

simpatía. Los soldados, que vieron la mesa bien servida, dispuesta para el lonche familiar, decidieron aprovechar la ocasión que se les presentaba. Dieron buena cuenta de los quesos y jamones, bebieron el buen vino, se alegraron. Al rato sonaron unos disparos que pusieron fin al intento de incendio. Era la señal convenida que avisaba la llegada de la Guardia republicana, facción del ejército que trataba de moderar la violencia de los grupos radicales y poner algo de orden en aquel gran desorden. Los anarquistas se levantaron rápido, abandonaron sus barriles de gasolina y salieron precipitadamente de “Can Pèlach”.

La familia superó el susto, pero tomaron decisiones rápidas, para tratar de salvar lo más importante. Escondieron los objetos de más valor en una caja, dentro de la chimenea, que la taparon con cemento. También guardaron otras cosas en la suciedad del establo, entre las vacas. Y otros objetos los introdujeron en la rueda derecha del tractor. En ese lugar incluyeron también un papel en que explicaba dónde estaba escondido todo.

Al poco tiempo, se presentó un sacerdote solicitando refugiarse en la casa. Era muy peligroso admitirlo en la familia, pero lo recibieron. De vez en cuando, tomando todas las precauciones, celebraba la Santa Misa, solo para ellos, y podían reservar la Eucaristía, en un lugar

bien escondido dentro de un ropero. Pasó un tiempo hasta que alguien sospechó y dio el dato. Se presentó en la casa una patrulla de soldados para hacer un registro. Nuevamente fue Asunción la que salvó el momento difícil. Actuó con rapidez, consumió todas las Hostias y aunque registraron, no encontraron nada.

A uno de los milicianos le gustaba Asunción. Un día se decidió a pedirle una fotografía. Asunción vio que aquello podía tener muchas posibilidades y le dijo que le daba una foto si el soldado le daba una foto suya. Intercambiaron fotografías. Asunción la puso en su billetera de modo que salía libremente a la calle a comprar alimentos o medicinas y cuando las patrullas pedían documentos, ella enseñaba su billetera, con la fotografía del soldado bien visible y la dejaban seguir. La conocían como “la novia del soldado”. Eso la protegió pero solo en parte, porque, como a los seis meses de guerra, se llevaron preso al padre de la familia, don Joaquín Pélach. Un caballero y hombre de bien, de reconocido prestigio en todo Gerona. La cárcel era el antiguo edificio del seminario de Girona. Allí sobrevivían amontonados cientos de presos, entre ellos Joaquín y Francisco que ni siquiera supieron que allí estaba su padre. La hija pequeña Remei, de ocho años, podía visitar de vez en cuando a su papá. Otros presos mandaban noticias

a sus familiares en pequeños papelitos que colocaban en las costuras de la falda de la niña.

Ni siquiera la propia Asunción se libró de la cárcel. Un día se la llevaron también a ella, aunque gracias a su habilidad, consiguió salir pronto. También Joaquín y Francisco consiguieron salir y se pasaron a la otra zona a través de Francia.

2. Enrique en el frente de batalla

El mismo día que estalló la guerra, Enrique huyó a Francia a través de los bosques y volvió a entrar en España por la otra zona. Allí, con sus dieciocho años, se presentó a una oficina de reclutamiento. Lo vieron muy joven, flaco y de aspecto débil. La causa era un grave accidente ocurrido a los dos años, y que se relatará más adelante. En la oficina le dijeron:

-“Tú no puedes cargar el fusil ¿Qué sabes hacer?”

Enrique contó que en su casa, había un automóvil que usaba algunas veces. En esa época, muy pocas personas sabían conducir. Les pareció interesante el dato y escribieron en su ficha “sabe conducir”, tomaron su dirección y le dijeron que se fuese, que lo llamarían.

A los pocos días recibió orden de presentarse. Acudió enseguida y pusieron en sus manos unas llaves de automóvil. Le dijeron:

-Está ahí en la puerta, das unas vueltas y vienes.

Enrique no vio ningún automóvil. Volvió a entrar:

-No hay ninguno.

-Mira bien, ahí lo tienes.

Volteó y vio un camión grande militar, de esos que están cubiertos con unas grandes lonas.

-Yo sé conducir automóvil, no sé conducir camión. Nunca lo he hecho.

-Es lo mismo. Sube y da unas vueltas.

Tuvo que cumplir órdenes. Con cierto temor subió a la cabina, buscó la chapa del arrancador, metió las llaves, echó una mirada a los cambios, al freno de mano, al volante (timón) que le resultó grande para él, ajustó los dos espejos retrovisores. Esperó unos segundos para ubicarse mejor en su nuevo hábitat, respiró hondo y se decidió a girar la llave del arrancador. Hizo un ruido fuerte que lo asustó algo, después metió primera, siguió recto hasta que, al llegar al final de la calle, no tuvo más remedio que girar. Era la primera vez que doblaba una calle con aquello. Miró por el retrovisor y vio que todo iba bien. Prolongó su experiencia durante diez o quince minutos y volvió a dejar el camión en el mismo lugar. Entró en la oficina con una cierta sonrisa de triunfo y dejó las llaves sobre la mesa. Dejó de sonreír cuando escuchó que le devolvían las llaves y le decían:

-Prepara tus cosas porque dentro de una hora sales con el camión hacia el sur con un destacamento de soldados. Ya te dirán el destino. Con ese camión, repleto de soldados o de carga, que muchas veces no sabía lo que era, recorrió cientos de kilómetros por carreteras medio

destruidas y llenas de huecos. Cuenta Enrique que, de vez en cuando, trasportaba unas bolsas, bien forradas con lonas, que mostraban unas grandes letras: “Cuidado, frágil”. Nunca supo qué eran. Años después, lo comentó con un militar de alta graduación quien le dijo, sin darle importancia: “serían explosivos”. Al pensar en los grandes baches de las carreteras, Enrique pensó que corrió grandes riesgos, sin saberlo. El militar lo tranquilizó diciéndole: “no creas Enrique, los explosivos no explotan tan fácilmente. Corrías muchos riesgos, pero ése no era el mayor.” También contaba, sin darle importancia, que pasó frío, hambre y sed. Con humor recuerda que, a veces, bebían agua de los charcos de lluvia, que era agua limpia. Tuvo la suerte de poder conseguir, con otros compañeros, unas latas de aceite de oliva y comían pan remojado en aceite. Decía Enrique que aquellas circunstancias de continuo peligro y de escasez, le enseñaron mucho.

Con el camión estuvo año y medio. El otro año y medio de guerra estuvo en el frente. Ya tenía veinte años. Pudo conocer bien cómo era la vida en las trincheras y cuál era el sonido de las bombas, segundos antes de explotar. Le tocó participar en la batalla del Ebro, especialmente dura y sangrienta. Allí, un día vio caer, herido mortalmente, al soldado que estaba junto a él, en

la trinchera. Era su amigo. Una escena que no olvidó, pero de la que casi nunca hablaba.

Los cinco hermanos estaban en diferentes frentes. Con ayuda de radios clandestinas, se comunicaban entre ellos y enviaban noticias que podían llegar a sus padres. Todo era en clave. Cada uno tenía un seudónimo, casi siempre con nombre de mujer. El seudónimo de Francisco, el hermano mayor, era Paquita. El de Lluís era Lourdes, y el de Enrique era Carmen. Las frases en clave, tenían distintos significados. Por ejemplo, decían: “*cinco claveles rojos, caballo blanco*”, significaba que los cinco estaban vivos. No era mucha información para sus padres pero era lo esencial.

Lluís gestionó papeles para librar a su hermano Enrique, aduciendo que otros cuatro hermanos estaban en el frente. Le movía el cariño a su hermano menor, pero sobre todo había otro motivo. Escribe en una carta: “¿Cuál no será la alegría de mis padres cuando sepan que Enrique puede continuar sus estudios del seminario? El Buen Jesús y la Virgen serán mis mejores abogados.”³ A pesar de las gestiones que hizo, no llegó a conseguirlo.

No sobrevivieron los cinco hermanos. Francisco, el mayor, murió en el frente. Los otros

³ Carta de Lluís Pélach, 8-X-1937.

podieron llegar a su casa en Gerona. Cuando llegó Enrique, ocurrió un suceso que resultó divertido pero pudo ser mortal para Enrique. fatal. En los últimos días de la guerra, se subió a un tren militar y volvió a Gerona, creyendo que también allí la guerra había terminado. No sabía que era la ciudad por donde se retiraba el ejército republicano para pasar a Francia. Era un ejército sin jefes, sin comida, pero armados y asaltaban los lugares por donde pasaban, para sobrevivir. El día que llegó Enrique a “*can Pélach*”, feliz de la vida y con su uniforme de soldado, horas antes habían ingresado unos soldados republicanos armados en busca de comida. Sus padres y hermanas lo escondieron a toda prisa en el establo, entre las vacas. Ahí estuvo dos o tres días, porque seguían pasando soldados republicanos por la casa. Cuando ya no hubo peligro, lo sacaron de allí y le hicieron un recibimiento festivo por todo lo grande. En los días siguientes fueron llegando los otros hermanos.

Una semana después, Enrique se incorporó al seminario, que se instaló en un edificio provisional. Sus tres hermanas se hicieron religiosas. Asunción ingresó en un convento de religiosas Franciscanas Misioneras de María. La siguió su hermana Montserrat y, años después, hizo lo mismo su hermana pequeña Remei, que es quien nos relata los recuerdos de aquellos años.

4. Vuelta al Seminario

De los algo más de cien seminaristas que había cuando comenzó la guerra, regresaron unos veinte. El Obispo de Gerona, monseñor Cartañá, se planteó enseguida recomenzar el seminario. Encargó esta tarea a un sacerdote joven, de grandes condiciones humanas, Damiá Estela, quien organizó su equipo. En pocos años, habían recuperado el antiguo seminario, que volvía a tener más de cien seminaristas, muchos de ellos muy jóvenes.

Enrique fue avanzando en sus estudios. A los dos o tres años, Damiá Estela vio que era el momento de organizar el seminario menor, porque llegaban muchachos de catorce o quince años, y hasta menores, con el deseo de una posible vocación sacerdotal. Pensó en un local adecuado y en la persona que podría dirigirlo. El futuro director del seminario tendría que ser un modelo atractivo para los chicos. Y un hombre de piedad firme. Barajó sus candidatos, lo conversó con el obispo y acabó quedándose con un nombre: Enrique Pélach. Lo llamó y le planteó el reto. Enrique no aceptó; alegó que todavía no era sacerdote, que solo tenía veinticuatro años y que no se veía con condiciones. Mosén Damiá insistió. Le hizo ver que le faltaba poco para ordenarse,

que había pensado bien a quién elegía y que confiase en la gracia de Dios. Lo animó y le dijo que lo apoyaría en todo. Enrique aceptó. De ahí nació una amistad honda entre los dos, que duró toda la vida.

¿Cómo le fue a Enrique en el seminario menor?

La mejor respuesta la pueden dar quienes entonces eran los seminaristas. A ellos les trasladamos la pregunta para que nos cuenten sus impresiones. Han pasado más de cincuenta años, por lo tanto son venerables sacerdotes. Pero los tiempos del seminario nunca se olvidan.

Buscamos recuerdos precisos. Uno de ellos es el de Martí Alabau. Nos cuenta que en sus primeras vacaciones de verano regresó, como todos, a casa de su familia. Tenía 15 años. Martí se sorprendió un día cuando recibió una carta dirigida a su nombre. Nunca antes le habían escrito una carta. Venía del seminario. La abrió. Contenía unas breves líneas, simpáticas, afectuosas: Decía así: “Querido Martín: ¿cómo te van las vacaciones? Te cuento que el año que viene estrenaremos un nuevo local, mucho mejor.” Luego le dice unas pocas cosas más divertidas y alentadoras. Y firma Enrique Pèlach. Enseñó la carta a todo el mundo, la guardó durante mucho tiempo y recuerda que le vino muy bien y le levantó ánimos que estaban algo caídos.

Marius Busquet era otro de los chicos del Seminario Menor. En el prólogo de este libro nos ha contado sus recuerdos. Quiere añadir algo referente a los padres de Enrique. Dice que recibían a los chicos en “Can Pèlach” con total confianza. Correteaban por las huertas, entre los árboles. Habla en concreto de la madre de Enrique, doña Enriqueta. Iba conociendo uno a uno a los chicos y los trataba con afecto maternal. Marius vió, años después, que algunos, siendo ya sacerdotes, la visitaban para conversar con ella o para pedirle un consejo. Y añade que, a veces, doña Enriqueta, se adelantaba a decirles algo que les ayudaba mucho.

Otro de los que fue discípulo de Enrique en el seminario es Joseph María Jordá. Es primo de Marius. Dice: “lo que más recuerdo de él es que estaba habitualmente sonriente y si se ponía serio le duraba poco. Nos daba unas charlas en la capilla del seminario y luego he comprobado que nos enseñaba a dirigirnos a Dios y a conversar naturalmente con él. Nos hablaba con los pies en el suelo. Su lenguaje era el que usábamos nosotros y nos contaba unas anécdotas muy buenas”.⁴

Joan Marqués Suriñach es un autor de libros muy conocido. Fue otro de sus alumnos. Tiene un recuerdo puntual de Enrique: “éramos en el

⁴ Conversación personal, Gerona, 15-X-2015

seminario menor más de cien y cuando íbamos de un lugar a otro, él solo, nos llevaba. No iba con cara de vigilante, sino tranquilo. De vez en cuando, le bastaba una mirada seria para poner orden. También recuerdo que hablábamos bastante con él. Yo siempre lo veía conversando con alguno.”⁵

Joan es muy conversador. Hablamos de todo. Cuando vamos a terminar me dice que hay una anécdota que quiere contarme y que la considera muy importante. La cuenta así: había un sacerdote que almorzaba todos los días en el seminario. Tenía su parroquia cerca. Un domingo llegó a almorzar muy tarde. Se le notaba cansado. Ya no había atención en el comedor. Entró a buscar alguna cosa. El encargado lo vio y le dijo que no eran horas. La conversación subió de tono y Enrique la oyó. Fue rápido al comedor y lo primero que hizo fue saludar con afecto al sacerdote, le preparó él mismo algo de comer, lo acompañó durante el almuerzo y oí que los dos se reían juntos. Ese día descubrí algo especial en mosèn Pèlach, que me sirvió a mí siempre.⁶

Las personas tienen el mismo temperamento a los treinta años o a los sesenta. Eso que cuenta Joan Marqués coincide con un suceso parecido

⁵ Conversación personal, Gerona, 15-X-2015

⁶ Conversación personal, Gerona, 15-X-2015

que ocurrió cuando Enrique ya era obispo de Abancay. Un sacerdote de su diócesis llegó de viaje tarde, ya de noche. Lo escuchó Enrique, salió y lo primero que le preguntó fue: “¿has cenado?”. El sacerdote respondió que no, que llevaba bastantes horas de viaje. Enrique entró con él a la cocina, le preparó una tortilla y unas frutas. Luego, lo acompañó mientras cenaba.

Volviendo a sus seminaristas de Gerona, entre ellos hay dos que aportan unos recuerdos distintos a los anteriores, son Iosep María Fábrega y Ángel Caldas. Eran universitarios cuando sintieron la inquietud del sacerdocio. Ellos no estuvieron en el seminario menor, pero recuerdan bien a Enrique. Iosep María me cuenta que estudiaba la carrera de Farmacia. Quizá por eso, cuando ingresó al seminario, lo nombraron encargado de la enfermería: “Un día llevaron a la enfermería a mosén Pèlach, con algo leve. Comenzamos a atenderlo y vimos que necesitaba descanso. Él nos dijo: “vosotros veréis lo que hacéis, pero yo mañana me tengo que ir a Barcelona.” Al día siguiente se fue a Barcelona.⁷

El otro sacerdote, Ángel Caldas, cuenta: “cuando conocí a Enrique no me cayó bien. Yo venía de un ambiente muy distinto al del seminario, algo movido. No sé cómo, pero me

⁷ Conversación personal, Gerona, 16-X-2015

decidí a ir al seminario. Al poco de llegar, un día entré a su despacho y me enseñó un cuadro con recuerdos de su ordenación, había una cintita y varias cosas más. “Todo –me dijo- sobre una tela azul, sobre el manto de María.” A mí no me gustó mucho, lo encontré muy espiritual. Años después comprendí que la devoción a la Virgen era muy importante para él y lo fue también para mí. Tengo otro recuerdo de cuando ya era sacerdote. Me propusieron un destino nuevo. No me gustó. Tenía dudas sobre si ir o no. Por esos días, me encontré a mosén Pèlach. Le conté mis dudas. Me miró sereno y sonriente y me dijo: mira, yo llevo un tiempo reflexionando y predicando sobre el valor de la obediencia; si obedeces, es solo por amor a Dios, no por ninguna otra cosa. Fui a mi nuevo destino sacerdotal y me quedé tranquilo.”⁸

⁸ Conversación personal, Gerona, 16-X-2015

5. Ordenación sacerdotal

El seis de enero de 1944, fiesta de la Epifanía, Enrique recibió la ordenación sacerdotal, en Gerona, junto con otros cuatro compañeros. Tenía 26 años. Eligieron esa fecha por ser una fiesta importante, que se celebraba especialmente en su región. La ceremonia fue en la iglesia de la Sagrada Familia. Una iglesia no muy grande, presidida por un ábside semicircular, ocupado todo él con una pintura de los Doce Apóstoles. Los ordenó el Obispo de Gerona, monseñor Cartañá. Ahí estaban sus padres y hermanos, familiares, sus amigos y, por supuesto, Damià Estela.

Para él y para toda la familia fue una gran fiesta. Su hermana Remey, recuerda muy bien que desde meses antes en la casa se vivía una especial ilusión por la ordenación sacerdotal de su hermano. Trabajaban preparando sus ornamentos sacerdotales. “Mi madre quiso que sus hermanas le bordáramos algunos de los ornamentos que utilizaría en la ceremonia y en su primera misa. Mi hermano nos pidió que en su casulla estuviese el dibujo de un pelícano, como símbolo eucarístico. Puso muchísimo interés en elegir el cáliz, que iba a ser su cáliz de ordenación, dónde iba a estar la Sangre de Cristo. Fue un cáliz sencillo, pero lo mejor y más digno que pudo. Lo

adornó y enriqueció con algunas joyas que le dieron personas de la familia, de modo que cada vez que celebrase la misa, ellos iban a estar representados en el momento de la consagración. En mi casa no hablábamos de otra cosa en los meses anteriores.”⁹

Pocos días después, la primera Misa solemne la celebró en la parroquia próxima a “Can Pèlach”, totalmente llena. El coro de seminaristas cantó la misa de “Angelis”. Luego, hubo una comida en la casa con más de cien invitados. Remei no se olvida que sus padres les dijeron a todos los hermanos que rezasen para que Enrique celebrase siempre muy bien la santa misa. Muchos años después ella lo ha seguido haciendo aunque, viendo cómo la celebraba, pensaba que no hacía falta. Sus padres quisieron hacer algo especial, que quedase como recuerdo de esa fecha: decidieron construir una capilla dentro de la hacienda. Se inauguró, tiempo después, con una Misa solemne que celebró Enrique.

Ya de sacerdote, la ilusión de ir a países lejanos seguía viva. Remei recuerda que cuando tenía doce o trece años, invitaba a jugar a los niños de las familias de colonos que vivían y trabajaban en la hacienda y se inventaba una “misión” con

⁹ Conversación personal, Lima, Barranco, diciembre 2016.

todo el grupo de gente pequeña. A unos los disfrazaba de indios americanos, a otros de negritos africanos, y Enrique era el “misionero” que los catequizaba. Por esos años ocurrió un suceso que relata él mismo:

“En 1929, hubo en España la famosa Exposición Internacional de Barcelona. Llamaba la atención la belleza de jardines y el derroche de agua en surtidores y cascadas delante del Pabellón Nacional, de cuyo entorno salían de noche unos haces de luz tan potentes que los veíamos en el cielo desde la hacienda de mis padres, a cien kilómetros de distancia.

Mis padres nos llevaron, a los siete hijos mayores a ver aquella maravilla. Yo era un muchachito de doce años que miraba todo aquello -los nuevos inventos y las maquinarias expuestas y tanto aparato sofisticado- con aires de persona mayor, pero sin entender gran cosa. De verdad, lo único que me interesó fue el Pabellón de Misiones. ¡Aquello sí, me interesó todo!

A la salida, vendían pañuelos de seda con fotografías estampadas de los diversos pabellones. Mi padre nos dejó escoger un pañuelo a cada uno, como recuerdo. El que más me agradaba era el pañuelo del Pabellón de España, con aquellos haces de luz; pero escogí el del Pabellón de Misiones, aunque era menos llamativo. Sin duda lo preferí porque sintonizaba

más con lo que Dios puso en mí desde niño. Fue un presagio de mi vida entera; y no me canso de dar gracias a Dios porque mi proyección misionera, me ha hecho siempre muy feliz, ¡felicísimo!”¹⁰

Luego, cuando ya tenía quince o dieceséis años, Enrique ensillaba un caballo de los que había para el trabajo de la hacienda y recorría los sembríos y bosques, mientras su imaginación volaba hacia parajes de América, África o Asia, poniendo alas a sus sueños misioneros. Al desmontar aquella buena yegua de color castaño, la acariciaba como fiel compañera de ideales, la conversaba y le ofrecía algún terrón de azúcar que comía en su mano.¹¹

Cuando fue sacerdote, empezó a dar pasos adelante. Se enteró de que había un Congreso de Misionología en una ciudad española, en Burgos. Decidió asistir, aunque el viaje era largo, y más en aquella época de posguerra. Ocurrió un suceso que iba a influir en toda su vida. Paseaba Enrique por la estación de ferrocarril de Barcelona, pensando que le esperaban muchas horas de tren. Pasó por delante de la librería de la estación y le dijo al librero:

¹⁰ Enrique Pélach, “Misión en el trapecio andino”. Realidades. Lima, 2005, p. 9

¹¹ Enrique Pélach, ob. cit., p. 10

-“Tengo que hacer un largo camino. Desearía algún libro para mí.”

El librero, le dijo:

-“Si tiene que hacer un largo camino, le ofrezco este libro.” Y le ofreció un libro titulado “Camino”.

Enrique abrió la primera página y leyó una línea:

“Que tu vida no sea una vida estéril,…”

-“Sí, éste. Me interesa.”

Aumentó su interés cuando, más tarde, ya en el tren, leyó la frase que cierra el párrafo: “y enciende todos los caminos de la tierra con el fuego de Cristo que llevas en el corazón.” Le sorprendió. Durante el viaje, se leyó todo el libro, de principio a fin. A partir de ese momento, “Camino” fue compañero inseparable de su vida.

6. Encuentro con san Josemaría

Su afán misionero era salvar almas, pero siempre pensaba en sus cuerpos, en lo material, en que todos tengan cubierto un mínimo de necesidades y en el cuidado de su salud. Por esta razón, pensó que haría falta que los que fuesen a esos países tuvieran unos conocimientos básicos de Medicina y planeó organizar un Instituto de Medicina de Urgencia. Lo pensó, lo proyectó y visitó a los obispos de las diócesis catalanas para exponerles su proyecto, pero el proyecto no se veía muy realizable y encontró poca acogida. Siguió dando vueltas a la idea.

Al mismo tiempo pensó que necesitaría hacer unos estudios serios sobre la especialidad de Misiones y, aunque estaba muy metido en el Seminario de Gerona, comprendió que debía viajar a Roma para estudiar allí. Conversó con el obispo, le pareció bien y se matriculó en la Universidad Pontificia Gregoriana, en Roma. Allí estudió los cursos académicos de octubre a junio, en los años 1949 a 1951.

Su estadía en Roma coincidió con el gran Jubileo que se realiza cada cincuenta años. En Roma y en todo el mundo, había una gran expectativa. En el Vaticano, se construyó la ancha Vía della Conciliazione, que da acceso a la gran plaza de san Pedro. Con motivo del Año Santo, el

embajador español ante la Santa Sede, tuvo la idea de organizar un almuerzo al que invitó a personalidades destacadas españolas, con residencia en Roma. Se celebró en el Colegio Español de Roma. Enrique trasmite su recuerdo:

“En el gran comedor del Colegio, los alumnos nos situamos en las mesas laterales, dejando en el centro mesas para los invitados, entre ellos estaba monseñor Escrivá de Balaguer. Cuando entró, oí comentar a alguno: “es el fundador del Opus Dei.” Yo me alegré mucho de conocer al autor de “Camino”, el libro que tanta influencia estaba teniendo en mi vida y además, se me ocurrió que él podría orientarme en el Instituto de Medicina Misional, que yo trataba de poner en marcha y no encontraba la forma. Decidí hacerle la consulta. Después del almuerzo, hicimos la visita al Santísimo y, luego se formó una alegre reunión informal, entre invitados y alumnos, en la galería principal del Colegio. Monseñor Escrivá era muy requerido por todos. Me fui acercando, me presenté y añadí que quería pedirle un consejo. Enseguida se volvió hacia mí:

- Dime, hijo mío, ¿qué quieres?

En pocas palabras le hablé de mis grandes deseos de ir a misiones y le expuse mi proyecto de fundar un Instituto de Medicina Misionera, que ayudase a atender mejor la salud de las personas. Le dije que encontraba la dificultad de no saber

explicar a los señores obispos mi proyecto. Me escuchó muy atento y luego me dijo:

-En primer lugar encomiéndalo mucho; en segundo lugar ofrece estudio, trabajo, horas; después, vete a hablar a solas y confiadamente a cada Obispo; y en cuarto lugar, ponlo en marcha.

No añadió nada más, ni yo tampoco. Le agradecí el consejo y me retiré del grupo. Quedó tan claro lo que me dijo, que han pasado muchos años y lo recuerdo textualmente lo que me dijo y además recuerdo la fecha: era el tres de diciembre de 1949.

En las vacaciones de Navidad, viajé a España, con la idea de exponer, de modo distinto, el proyecto a los obispos de mi región. ¡Lo encomendé y lo pensé mejor!. Hice las visitas a las ocho diócesis catalanas y esta vez me entendieron. Me animé también a ir al Monasterio de Nuestra Señora de Montserrat, para hablar con el abad Escarrè, porque a Montserrat suben muchos peregrinos; también aceptó la idea y le pareció magnífico poner allí propaganda y lo que yo quisiera sobre misiones. El siete de enero de 1950, regresé a Roma teniendo ya pensada la organización inicial que deseaba.”¹²

A mitad de mayo, tuvo lugar la canonización de San Antonio María Claret, un santo catalán que

¹² Enrique Pélach, ob. cit., pp 12-13

fue obispo de Cuba. El embajador español ofreció otro almuerzo. Estuvo también invitado monseñor Escrivá. Enrique se alegró de volver a verlo y pensó saludarlo de nuevo. Cuenta la conversación:

“Después de la visita al Santísimo, me acerqué y enseguida me dijo:

- Te recuerdo, hijo mío.

Me escuchó mientras le daba gracias por el buen consejo; le conté las gestiones hechas con los obispos y le dije que ya tenía preparado el proyecto.

No hizo ningún comentario. Al terminar mis cuatro palabras, me tomó del brazo y comenzamos a caminar a lo largo de la galería. Recuerdo que dimos varias vueltas, quizá ocho o diez. Me habló con una gran vibración de santidad en mi sacerdocio, de amor a la Iglesia, de entrega personal, de poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas. Me impresionó hondamente todo lo que me decía. Además, me di cuenta de que me estaba hablando un hombre de Dios, un sacerdote santo. Yo contestaba con algún monosílabo. La impresión que guardo de aquel momento es indescriptible. Fue algo tan personal y profundo que, cuando después quise rehacer toda la conversación, no pude”¹³

¹³ Cfr. Enrique Pélach, ob. cit., pp. 13-14

Esta escena exige un contexto. El fundador del Opus Dei tuvo siempre muy dentro del corazón su amor a los sacerdotes diocesanos, precisamente porque amaba mucho a la Iglesia. En los años siguientes a la guerra civil española, dedicó mucho tiempo a los sacerdotes diocesanos, predicando numerosos cursos de retiro. Pasaron por esos retiros alrededor de mil sacerdotes. A partir de 1944, se trasladó a Roma. En esos años, como bien expresa el “Diccionario de san Josemaría, “mantenía muy vivo su aprecio, más aún, su cariño y su conciencia de unidad hacia sus hermanos sacerdotes diocesanos. Sentía que debía ayudarles y que, con el espíritu que había recibido de Dios el dos de octubre de 1928, podía contribuir a evitar las dificultades —en ocasiones, la soledad humana— por las que pasan los sacerdotes y a impulsar su santidad y su acción pastoral a las diócesis que cada uno pertenecía.”¹⁴ En los años 1948 y 1949, tiempo en que se realizó su conversación con Enrique, esta preocupación martilleaba su alma, con una insistencia especial, hasta el punto de que estuvo decidido a hacer una fundación especial para ellos. Estando en esta idea, Dios le hizo ver que no era necesaria esa fundación, ya que todos los que pertenecen al Opus Dei buscan la santificación en sus

¹⁴ Diccionario de san Josemaría, p. 1169.

actividades personales y profesionales y para los sacerdotes su trabajo profesional es su ministerio sacerdotal. San Josemaría dirigió un escrito a la Santa Sede planteando la posibilidad de que los sacerdotes de las diócesis puedan pertenecer a la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz.¹⁵ La propuesta fue aprobada y el 16 de junio, mediante el Decreto *Primum inter*, quedó establecido que los sacerdotes incardinados en las diócesis pudieran ser socios de la misma. Estos sacerdotes reciben ayuda espiritual, al mismo tiempo que “refuerzan su situación diocesana, su dependencia del obispo local y la unidad con el presbiterio de su diócesis.”¹⁶

¹⁵ La Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz es una Asociación de clérigos propia e intrínseca a la Prelatura del Opus Dei, de la que forman parte los sacerdotes que integran el presbiterio de la Prelatura (seglares del Opus Dei que han recibido la ordenación sacerdotal) y a la que pueden pertenecer sacerdotes incardinados en las diversas diócesis, para participar y contribuir a los fines de la asociación, que son la búsqueda de la santidad en el ejercicio de su ministerio, según el espíritu del Opus Dei. (Diccionario de san Josemaría, p. 1170.)

¹⁶ Diccionario de san Josemaría, p. 1170.

Cuando san Josemaría conversó con Enrique, en el mes de mayo, todavía no estaba aprobada esta posibilidad, que se hizo realidad un mes después.

7. El descubrimiento

Enrique siguió sus estudios en Roma, que terminó el año siguiente. Como tesis de fin de carrera, desarrolló el tema: “El Clero secular diocesano que va a misiones”. En esa tesis, expuso muy razonadamente su pensamiento de cómo creía él que debería ir un sacerdote secular a misiones. Lo concluía en dos puntos: 1° Continuaba siendo sacerdote secular diocesano, porque esta era su vocación. 2° Debían vivir siempre en grupos, aunque solo fuese de dos o tres, para ayudarse y garantizar una adecuada atención espiritual y humana.

Le elogiaron el trabajo, pero le dijeron que aquello que él proyectaba era utópico. “En mí pesaba mucho el recuerdo –cuenta Enrique en un video- de mis años de del seminario de Gerona, cuando veía a alumnos fervorosos que llegaban al sacerdocio con ansias de santidad y de eficacia apostólica y en unos pocos años, perdían aquella ilusión y quedaban en una mediocridad deplorable. Esto era por no tener la necesaria atención espiritual y porque, muchas veces, vivían solos y les faltaba el calor humano y sobrenatural que da la fraternidad sacerdotal. Esta idea había

quedado muy fortalecida después de mi encuentro con monseñor Escrivá.”¹⁷

Al terminar sus estudios en Roma, se incorporó al seminario, donde le esperaban con gran interés. Venía con la idea clara de ir a países lejanos a extender el mensaje cristiano, pero sabía los riesgos que corría su vida espiritual, “no quería exponerme imprudentemente a perder o a maltratar mi vocación sacerdotal, deberían antes asegurarme una conveniente ayuda espiritual y humana en el país de destino.”¹⁸ Buscando una asociación que prestase esta ayuda a sacerdotes diocesanos, durante el verano, viajó por España, Italia, Suiza, Alemania, Holanda, Bélgica y Francia. Se convenció de que no había lo que buscaba. Decidió esperar hasta encontrarlo.

En Gerona, retomó su trabajo en el seminario y pronto comenzó el proyecto de “Medicina Misional”. Alquiló un local en la calle san Juanistas, 10. Lo llamó “Escuela internacional de medicina de urgencia, para misioneros”. Se ofrecían clases de Anatomía, de Pediatría, de Patología médica. Gestionó que los alumnos pudiesen realizar prácticas en el Hospital Clínico. Figuraba como director de la Escuela su hermano,

¹⁷ Recuerdos personales de Enrique Pélach, video.

¹⁸ Enrique Pélach, ob. cit., p. 14.

el doctor Joaquín Pèlach Feliu. En la carátula del programa que promocionaba esta actividad se leía en letras grandes: “Amor, Medicina y Misioneros”. La ilusión era grande, el proyecto ambicioso y estaba lleno de buenos deseos, pero en realidad duró poco. Las dificultades eran insalvables, ya que el cuidado de la salud de las personas exigía unos estudios profesionales extensos y serios. Hubo que cerrar el proyecto.

Un día cualquiera, sin pretenderlo, Enrique encontró lo que llevaba buscando durante años y que lo llevó a viajar por varios países de Europa. Sucedió al año de regresar de Roma. Un grupo de jóvenes profesionales había conocido el Opus Dei y pidieron a uno de sus sacerdotes, don Florencio Sánchez Bella, quien residía en Barcelona, que les predicase un retiro de fin de semana. El sacerdote pidió autorización al obispo de Gerona, se la dió y el retiro se realizó en un pueblo llamado Bañolas.

El grupo regresó a Gerona entusiasmado. Don Florencio les preguntó qué sacerdote de esa ciudad podría atenderlos, en esta nueva vida espiritual que acababan de iniciar. Lo conversaron entre ellos y propusieron a mosèn Pèlach. Don Florencio les dijo que le gustaría conversar con él, para darle una idea del espíritu del Opus Dei, con el fin de que pudiese orientarlos. El propio Enrique cuenta lo que sucedió:

“Mi amigo Enrique Salvatella me llamó por teléfono preguntando a qué hora podía recibir a un sacerdote del Opus Dei que acababa de darles un curso de retiro en Bañolas y deseaba hablar conmigo.

-Escucho por teléfono el rumor de las voces de hombres, que deben ser los que estuvieron en el retiro, le dije.

-Así es; están conversando con el mosèn.

-Pues mejor voy a tu casa, y no le quito tiempo.

En diez minutos, me presenté en aquel tercer piso de la calle Santa Clara. Me abrió mi amigo Enrique y escuché el bullicio de gente. Me dijo:

-Pasa y te presento al mosèn.

A los pocos minutos entró rápido aquel sacerdote joven. Nos saludamos, como si fuéramos viejos amigos y me dijo con su hablar rápido y seguido:

- Estos señores han hecho un retiro en Bañolas. Algunos ya son del Opus Dei y otros quieren serlo. Les he preguntado quién les podría confesar y dirigir, que fuese un sacerdote que entendiera el Opus Dei, y me han dicho que mosèn Pèlach. Parece que todos te conocen. ¿Estás de acuerdo?

-Un momento... -le dije-.

-¿Tienes algún reparo al Opus Dei?

-No, ninguno. Pero me tendrás que contar algo del Opus Dei. Si no, ¿cómo les dirijo?

-Mira, la espiritualidad de estos señores es perfectamente secular, santificarse en su trabajo, como también es la espiritualidad de un sacerdote diocesano.

Al escuchar estas palabras, no me explico por qué, pero me puse inmediatamente de pie, como si un muelle del sillón se hubiese disparado:

-¿Hay algo en el Opus Dei para los sacerdotes diocesanos?.

-Don Florencio me miró divertido mientras me decía:

-Siéntate, siéntate. Y comenzó a hablarme de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, abierta a los sacerdotes diocesanos, con el fin de darles una atención espiritual y humana, permaneciendo siempre unidos al obispo de su diócesis. Y añadió: su lema podría ser “nihil sine episcopo” (“nada sin el Obispo”), porque su disponibilidad es ciento por ciento para el Obispo de su diócesis.

-Entonces, ¿debe haber muchos sacerdotes diocesanos en el Opus Dei!

-Mira, en la Obra no cuentan las estadísticas.

Confieso que esto me dio especial alegría. Hay que hacer el bien sin alharacas.

Siguió don Florencio contándome detalles de esta novedad, que yo iba descubriendo y en la que iba embebiéndome. En un momento en que me

hablaba de la universalidad de la Obra, le pregunté:

-¿Está previsto que un sacerdote diocesano del Opus Dei pueda ir a misiones?

-Sí, pero el Fundador tiene dispuesto que deberá ir en grupo y con la seguridad de tener siempre atención humana y sobrenatural.

Otra vez de pie y convencido exclamé:

-Siendo así, ¡apúntame!!!-

-No, ahora no. Tienes que pensarlo bien y encomendarlo mucho.

-¡Apúntame! –repetí–.Lo tengo bien pensado y encomendado. Incluso he buscado esto por toda Europa.

-Y resulta que lo encuentras en Gerona mismo –comentó sonriente–.

Seguimos hablando un rato más.

Luego me dijo que volvería a los ocho días, que seguiríamos conversando y que encomendara mucho a la Virgen mi vocación al Opus Dei. Nos despedimos.

Al bajar las escaleras me di cuenta de que no habíamos hablado nada referente a la dirección espiritual de aquellos señores, sólo de lo referente a mí.

Caminaba radiante de alegría con el pensamiento y la imaginación a tope, tanto que, a mitad del puente del río Oñar, me encontré detenido y diciendo con algo más que un susurro:

"*¡Estic pescat!*". (Estoy pescado...por el querer de Dios). El ruido de las palabras me despertó y, caminando rápido, llegué como en un suspiro, ante el sagrario de la Iglesia del Seminario."¹⁹

La semana siguiente a su conversación con Florencio, Enrique la pasó inquieto. A los ocho días, mosèn Sánchez-Bella no pudo viajar a Girona. Sigue relatando Enrique: "llegó a verme otro sacerdote, mosèn Emilio Navarro. La conversación fue larga, dando detalles de la vida y espíritu del Opus Dei. Me volvió a dejar claro – recuerda Enrique- que no tendría superior alguno en el Opus Dei y que mi superior sería siempre el obispo diocesano. De la Obra recibiría la ayuda sobrenatural para santificarme en el ejercicio de mi ministerio, ya que ése es el trabajo del sacerdote. Me habló de la importancia de las cosas pequeñas, de amar la vida ordinaria, de estar muy unido a los demás sacerdotes, y de muchas cosas más.

Me parecía magnífico todo. Yo deseaba oficializar mi entrega total cuanto antes. De vez en cuando le decía al sacerdote, a quien consideraba ya mi amigo: "apúntame de una vez al Opus Dei". Emilio Navarro sonreía y me decía: mira Enrique, en ocho días más vendrá Florencio.

¹⁹ Enrique Pélach, ob. cit., pp.15-17.

Mientras tanto, sigue pensándolo bien y lo encomiendas a la Virgen Santísima.”²⁰

Emilio Navarro le dio la dirección de don Florencio, en Barcelona y se despidieron.

A los ocho días, Enrique fue a esperarlo a la estación del ferrocarril, pero no llegó. Como él no venía, subió al primer tren que salía para Barcelona y se presentó en su casa. Nuevamente, es Enrique el que sigue el relato:

“Cuando me vió frente a él, se sorprendió y me dijo:

-¿Que te trae por aquí?

-¡Cómo que "qué me trae"!

Me dio un abrazo y entramos a una salita. Conversamos y, al salir, yo sabía que tenía que escribir una carta sencilla, al Fundador del Opus Dei, a quien los miembros de la Obra y otras personas lo tratan familiarmente como “el Padre”, pidiendo formar parte de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz.

Enrique recoge en sus recuerdos publicados en un libruise fechar la carta en una fiesta de la Virgen y puse el próximo 5 de agosto. De esa manera, ponía en sus manos mi entrega total en el Opus Dei. Ella me ayudaría a ser fiel. Entonces no sabía que yo era el primer sacerdote que pedía la

²⁰ Enrique Pélach, ob. cit., p. 18.

admisión en la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz.”²¹

Ese día lo consideró como el de su descubrimiento. En una carta escrita a un sacerdote amigo, le dice: “Colón descubrió un mundo nuevo. Yo he tardado un poco más pero, al conocer la Obra, he descubierto otro. Me siento feliz.”²²²³

Enrique encontró lo que buscaba y manifestó su alegría en una carta al fundador del Opus Dei. En ella le dice: “me siento seguro y ayudado como nunca.” En ella habla de su ilusión por ir a países lejanos: “aquí me tiene ambicioso y loco por llevar almas y más almas a Jesucristo. Que Él haga de mí lo que quiera. Soy un poco soñador. Mis afanes son trabajar y ser eficaz para la Iglesia.”²⁴ Un tiempo después, san Josemaría le escribió: “Queridísimo: que Jesús te me guarde. Contento porque estas contento y porque comprendo bien tu alegría. Ahora, que se vea cada día más, si cabe, los frutos del espíritu de nuestra vocación: amar y

²¹ Enrique Pélach, ob. cit., pp. 15-19.

²¹ Carta a Alfredo García, 9-XI-1952.

²² Cfr. Carta , 27-X-1952.

²³ Cfr. Carta, 16-III-1953.

servir al Obispo como él quiera ser servido, con
rendida fidelidad. Un abrazo muy fuerte.”²⁵

8. Retiros a sacerdotes

Cuando llegó a Gerona, después de su conversación con don Florencio, Enrique fue a visitar al obispo. “Le expliqué de qué se trataba – cuenta el mismo Enrique- y estuvo muy de acuerdo. Luego hablamos de mosèn Sánchez-Bella. Me dijo que estaba muy contento de que venga y que conocía muy bien, por el propio Sánchez-Bella, todo el trabajo apostólico que hacía.”²⁶ En la misma conversación, el obispo le dijo que estaba pensando darle un nuevo encargo en la diócesis y que ya lo conversarían.

Su “descubrimiento” lo llevó a aumentar su amor y dedicación a los sacerdotes diocesanos. Comprobaba la gran ilusión con que muchos de sus seminaristas llegaban al sacerdocio y vio que necesitaban ayuda para mantener esa ilusión. La espiritualidad del Opus Dei le ayudaría en su trato con los sacerdotes. Concretó su proyecto en un plan de retiros que daría por las diferentes comarcas de la diócesis. Le contó al obispo su plan y lo autorizó. Empezó con lugares próximos a Gerona. Les gustó a los sacerdotes la experiencia y le pidieron de otros sitios, de modo que se fueron extendiendo los retiros. Se

²⁶ Carta a Amadeo de Fuenmayor, 16-X-1952.

consiguió un pequeño automóvil que le facilitaba mucho los viajes.

Un día, conversando con el obispo le dijo que estaba llegando a la mitad de las comarcas de la diócesis. Y añadió que su proyecto era llegar a todas. El obispo, que era hombre ya entrado en años, le dijo que lo encontraba muy joven para esa actividad. Cuenta Enrique, que en tono bromista y afectuoso le dijo: “señor obispo, mis 36 años y mis diez años de sacerdote, merecen algún respeto...”. Y le contó algunas anécdotas de esa labor. Consiguió que el obispo le diese su bendición para esta actividad y le animase a realizarla.

En carta a un sacerdote amigo le dice: “di el retiro a sacerdotes en Figueras, eran unos 40. Muy buen ambiente. Tengo otros cinco retiros en cartera.”²⁷ Dos años después, dice: “los retiros sacerdotales van a buen ritmo, mañana iré a santa Coloma de Farnès, el martes a Riells y el viernes a Oriols.”²⁸

Explica Enrique que no pretendía solo mejorar la espiritualidad de los sacerdotes, sino también que se tratasen entre ellos y se comunicasen sus experiencias. A los sacerdotes mayores les animaba y rejuvenecía la presencia de los jóvenes y éstos veían en los mayores un

²⁷ Carta 17-I-1954

²⁸ Carta 17-VI-1956.

ejemplo de fidelidad y aprendían de su experiencia.

Su predilección eran los sacerdotes mayores y los que estaban enfermos. Sacaba tiempo para visitarlos y estar con ellos. Mario Busquets cuenta que a los sacerdotes que no podían acudir, los iba a visitar. “Por ejemplo, -dice- supe de un sacerdote que estaba en un pueblo, Finestras, y mosén Enrique lo iba a visitar. Lo acompañaba y lo animaba. Tiempo después, ese sacerdote comentaba que quien más veces lo había ido a visitar era Enrique Pèlach y que se lo agradecía muchísimo.”²⁹

²⁹ Marius Busquets, conversación personal, Lima, febrero 2016.

9. Con san Pablo VI y el beato Álvaro

En 1953, Enrique hizo un viaje breve a Roma con motivo de la profesión religiosa de su hermana Remei, religiosa franciscana. Ella lo relata así: “en 1953, el 17 de setiembre por la mañana, hice mis votos perpetuos en Roma, en Grottaferrata. Allí conocí al beato Álvaro del Portillo. Había venido a ver a mi hermano Enrique. Fui a saludarlo. Era por la tarde. Le conté que estaba feliz por haber hecho mis votos perpetuos y le dije que otras dos hermanas mías eran también religiosas. Me llamó la atención su respuesta rápida: “Un sacerdote y tres religiosas, ¡cómo serán tus padres!”. Me gustó mucho su comentario porque creo que verdaderamente debemos nuestra vocación a nuestros padres, que no han hecho una familia cristiana sino una familia ¡profundamente cristiana!”³⁰

Coincidió que estaba pasando allí unos días de descanso monseñor Montini, quien luego fue Papa y, en el año 2018, fue declarado santo. Entonces era un sacerdote que ocupaba cargos de responsabilidad en el Vaticano, próximo al Papa Pío XII. Un hombre muy interesado por los

³⁰ Remèi Pèlach, conversación personal, Lima, Barranco, diciembre 2016.

movimientos culturales y los nuevos desafíos que se planteaban a la Iglesia entonces. Tenía 56 años. Conocía bien el Opus Dei por su trato, desde 1943, con san Josemaría y con el beato Álvaro del Portillo. Además, antes había tenido noticia a través de dos jóvenes profesionales miembros del Opus Dei, José Orlandis y Salvador Canals, que estaban haciendo estudios de posgrado en Roma. Monseñor Montini entendió la importancia que el Opus Dei iba a tener en la vida de la Iglesia. José Orlandis, historiador y abogado, cuenta que, en una de sus reuniones, le dijo a él y a Salvador Canals: “la Obra tiene una misión trascendental que cumplir en el mundo y constituye una esperanza para la Iglesia” y añade Orlandis que, cuando se despidieron para regresar a España, Montini les pidió alguna fotografía del fundador. José Orlandis le dio una que llevaba en su billetera.³¹

Hasta entonces, en 1953, Montini no había tenido ocasión de conocer a algún sacerdote perteneciente a la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, de los incardinados en las diócesis. Cuando Enrique lo saludó y se presentó, se alegró de conocerlo y conversaron un buen tiempo. Al día siguiente, Enrique se acercó para despedirse,

³¹ José Orlandis, cfr. “Memorias de Roma en guerra”, Rialp, 1998, pp. 112-113.

porque se iba de Roma. Montini le dijo que quería conversar una vez más. En esa conversación, Enrique le contó más de su trabajo en la diócesis de Gerona y le habló de sus proyectos de ir a territorios lejanos en que la Iglesia tuviese poca presencia. Le animó en esos proyectos, y le habló de entregarse de lleno en servicio de la Iglesia, aunque en ocasiones, pudiera suponer, serios sacrificios.

10. ¿Yauyos o Gerona?

Enrique volvió a Gerona y se fue metiendo a “full” en sus labores sacerdotales. La más importante para él era la atención a los chicos en el Seminario. También le ocupaban tiempo y le daba importancia a los retiros a sacerdotes, que habían crecido bastante. Y, además, el obispo le daba otros encargos. Se daba cuenta de que el obispo se iba apoyando cada vez más en él. Aunque seguía teniendo el deseo de ir a servir a la Iglesia a países necesitados de sacerdotes. Un proyecto que ahí estaba presente.

Tres años después, en 1956, se presentó de golpe la oportunidad. En el verano, fue a una reunión de sacerdotes pertenecientes a la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, cerca de Madrid, en un lugar llamado “Molinoviejo”. Enrique estaba feliz, descansaba, lo pasaba bien, se intercambiaban experiencias con los otros sacerdotes y se renovaba su vida espiritual. Un día, fue de visita un sacerdote joven, como de unos 30 años, médico cirujano, con gran capacidad de entusiasmo, muy alegre y lanzó un reto audaz a los sacerdotes que estaban allí. Lo relata Enrique: “nos contó que el Papa Pío XII había encargado al Opus Dei un extenso territorio de misión en Yauyos, en los Andes del Perú, que

no tenía sacerdotes. Nos habló de las dificultades de ambiente, clima, pobreza, alturas que llegaban hasta los cinco mil metros y nos hizo ver el servicio que sería para la Iglesia y para todas aquellas gentes. Nos explicó que Yauyos iba a ser una prelatura territorial.³² Nos dijo que se estaba formando un grupo de sacerdotes jóvenes y que estarían atendidos espiritualmente. *¡A ver quién se apunta!*, nos dijo. Yo de inmediato me ofrecí, es la oportunidad que estaba esperando.”³³

Volvió a Gerona y se metió de nuevo en su trabajo. Al poco tiempo, Enrique se planteó la

³² Las prelaturas territoriales se erigen en algunos países, en los que hay diócesis extensas y abarcan zonas de difícil acceso, que carecen de atención sacerdotal. Esto ocurre con frecuencia en Perú, donde hay catorce prelaturas territoriales. Se recurre a la solución de separar esas zonas, y encargar su atención a diferentes instituciones de la Iglesia. Alrededor de 1956, en el pontificado del Papa Pío XII, se crearon varias prelaturas territoriales en Perú y Pío XII ofreció a monseñor Josemaría Escrivá, que el Opus Dei se encargase de una de ellas. Le envió los planos de varias posibles para que escogiese. Monseñor Escrivá declinó el ofrecimiento que se le hacía pues esta tarea, manifestó, no era algo propio del Opus Dei, ya que sus fieles desarrollan su vida en las tareas normales de la vida civil, en su trabajo y en su familia, procurando cristianizar con naturalidad su propio ambiente. Sin embargo, ante la amable insistencia de monseñor Samoré, que hablaba en nombre del Santo Padre y presentaba el ofrecimiento como un deseo expreso del Papa, lo aceptó, ya que se trataba de un servicio a la Iglesia. Pero no escogió ninguna y manifestó que se quedaría con la prelatura que no quisieran los demás. Pasado un poco de tiempo, la Santa Sede otorgó al Opus Dei la prelatura territorial de Yauyos.³²

³³ Enrique Pèlach, ob. cit., p. 19

gran duda: si dejar toda su actividad sacerdotal en Gerona o ir a Perú. No era por falta de generosidad, o por el miedo natural ante la aventura, que ciertamente sería muy exigente, y lo sabía. Enrique pensaba: ¿dónde soy más necesario, en Gerona o en aquellos territorios? Además, poco tiempo antes, el obispo le había dicho que, para el próximo curso, tenía plan de nombrarlo director de un pequeño convictorio, para seis u ocho sacerdotes y, que pensaba encomendarle un confesonario fijo en una iglesia de la ciudad. En alguna carta, habla de su duda a un amigo: “mis deseos son ir al Perú. No sé si debo dejar lo que tengo aquí. Prefiero lo que sea voluntad de Dios. Contento si me voy y contento si me quedo. Pero tengo que decidirlo pronto.”

Se fue informando de cómo era lo de Yauyos. Una región muy pobre, sin asistencia médica, sin medicinas, sin sacerdotes. Le informaron que se llamaría prelatura de Yauyos y que el prelado iba a ser el sacerdote que él conoció hace unos meses: Ignacio María de Orbegoso. Supo que era médico cirujano, profesión que había ejercido antes de ser sacerdote. También supo que el territorio era extenso, zonas muy frías, alturas de hasta cinco mil metros, nada convenientes para sus debilitados bronquios, consecuencia de un grave accidente que ocurrió cuando era muy niño, y en el que estuvo cerca de perder la vida. El tiempo

urgía y había que contestar sí o no. Rezó, lo pensó bien y tomó una decisión: “allí me necesitan más”. Fue a consultarlo con el obispo, que conocía de tiempo atrás sus ilusiones y deseos. Enrique relata la conversación: “fui de inmediato a comunicarlo a mi obispo, pidiéndole su autorización. Hablamos de aquello, me preguntó muchas cosas, me hizo ver todo mi trabajo en la diócesis, y al final me autorizó a ir a Yauyos. Incluso me animó a hacerlo. Salí muy contento. Al mediodía, en el Seminario, lo comuniqué al doctor Damiá Estela, y a los profesores. Al verme feliz, se alegraron conmigo. No fue sorpresa para ellos porque conocían mis planes. Celebramos la feliz noticia en el almuerzo, con una copita de licor, “Calisay”. Sin embargo, las cosas cambiaron y, a los dos días, me dijeron que hacía falta en el seminario y fueron al obispo a pedirle revocar la autorización dada. ¡Vaya contratiempo! Y cuántas idas y venidas... Hablé con unos y con otros. Al fin se reafirmó la autorización episcopal y quedé listo para ir a Yauyos”³⁴

Le costó dejar a sus padres y hermanos. Estaba próximo a cumplir 40 años. Por coincidencias de la vida, su hermana Remei, había partido dos años antes a América, precisamente a Perú, como religiosa franciscana, y vivía en Arequipa. Sus

³⁴ Cfr. Enrique Pélach, ob., cit., pp. 20

padres no pusieron ninguna dificultad al viaje de Enrique y lo ofrecieron a Dios con serena alegría, aunque era un nuevo desgarrón. Incluso se sentían orgullosos de sus hijos. Lo apoyaron en todo.

Viajó a un curso de la OCSHA (Obra de Cooperación Sacerdotal Hispano-Americana), que preparaba sacerdotes para ir a países de América que los necesitaban. Allí encontró a otros cuatro sacerdotes que irían con él a Yauyos: Frutos Berzal, de Segovia; José Pedro Gresa, de Teruel; Jesús Mari Sada, de Navarra; y Alfonso Fernández Galiana, de Vigo. Eran los cinco primeros. El proyecto era llegar, por lo menos, a veinte.

El tres de setiembre de 1957, se inició el viaje, en el barco “Marco Polo”, tan viejo, que sería su última travesía marítima. En el puerto estaban don Joaquín y doña Enriqueta, padres de Enrique, y otros hermanos y familiares. En todos los rostros había unas lágrimas mal disimuladas por una sonrisa. Al fin partió el barco rumbo a América. Pero ni siquiera un océano conseguiría separar a esa familia tan unida.

Tras veintidós días de travesía el “Marco Polo” llegó al puerto del Callao, en Lima. “En cuanto atracó el barco -relata Enrique-, subió el prelado de Yauyos, monseñor Ignacio de Orbegozo, feliz, a darnos un abrazo con inmenso

cariño. Bajé y, aunque el muelle no estaba muy limpio, besé con toda el alma mi nueva Patria, el Perú. No se me olvidará nunca que era el 25 de setiembre de 1957.”³⁵

³⁵ Cfr. Enrique Pélach, ob. cit., pp.21-22.

11. Yauyos, 2 de octubre, 1957

Una semana después, Enrique conoció lo que iba a ser su territorio de misión, tanto tiempo deseado.

Este fue su viaje a Yauyos. Saliendo de Lima, los primeros ciento cincuenta kilómetros discurrieron por una buena carretera que bordeaba el océano Pacífico: la carretera Panamericana. La cordillera de los Andes, relativamente próxima, corre paralela a la costa. El paisaje era sorprendente para Enrique, porque atravesaba desiertos de arena que nunca había visto. El clima era muy húmedo, el cielo gris, nada de sol. Vivió muy atentamente su primer viaje de Lima a Yauyos. Cada treinta o cuarenta kilómetros, la costa arenosa se interrumpe y aparece a la vista un amplio valle, totalmente verde, regado por alguno de los ríos que bajan, en un corto recorrido, desde los Andes hasta el Pacífico. Uno de esos valles es el del río Cañete, que puso fin a su recorrido costero. El automóvil giró para enfilar el camino hacia la cordillera. Todo fue distinto a partir de ese momento. Tomaron una angosta carretera, que entonces era de tierra, y trepaba hacia los Andes. Comenzó a verse algo de sol, primero tibio, luego más claro y a partir de los mil metros de altitud, fuerte y luminoso. Siguieron subiendo, se acercaron a los dos mil metros y empezaron a

vislumbrarse las enormes montañas, siempre áridas, con manchas de verde muy aisladas. Le dijeron que ya estaban dentro del territorio de la prelatura de Yauyos. Le llamó la atención la verticalidad de los cerros. La carretera corría al borde del río Cañete. Por momentos, lo tenían al costado, casi podían tocar sus aguas, por momentos, estaba ochenta o cien metros por abajo. Veía enormes rocas en las laderas, algunas en un equilibrio poco estable. Le explicaron que, en la época de lluvias, de diciembre a marzo, la falta de vegetación y la verticalidad de los cerros puede originar desprendimientos de tierra, piedras y agua, que llaman “huaycos” y que esas grandes piedras bajan rodando arrasando lo que encuentran. El automóvil seguía trepando. Se veían a lo lejos los majestuosos nevados. Impresionaba su grandeza, sobre todo cuando el sol hacía brillar sus cumbres. Enrique sabía que transitaría por esas alturas porque, según escuchaba decir a los que le acompañaban, el clima peruano permite que haya pueblos y caseríos incluso a cinco mil metros de altitud y deseaba llegar a los pobladores que vivían en esas alturas. En determinado momento, abandonaron la pista, que seguía hasta Huancayo, para entrar por otra carretera, más estrecha y pendiente. Enrique miraba todo atentamente, en silencio. No es difícil suponer que rezaba y encomendaba sus

próximas correrías misionales por todo ese territorio con el que había soñado. Ahora estaba delante de sus ojos. Por fin, después de unas siete horas de viaje, divisaron una pequeña ciudad de menos de dos mil habitantes: “esto es Yauyos”, le dijeron. “¿A qué altura estamos?”, preguntó. “Dos mil cuatrocientos metros”.

A los pocos días, dos de octubre, se inauguró la nueva prelatura con una Misa, lo más solemne que se pudo. Mosén Pélach se estrenó como vicario general. Las autoridades y el pueblo entero de Yauyos recibieron con todos los honores y con muchísimo afecto a las nuevas autoridades eclesiásticas y a los cinco sacerdotes. Hubo arcos de flores a la entrada del pueblo, banda de música, vestidos de colores a la usanza de la sierra. Después de la Misa, se celebró el acontecimiento con una comida de fiesta, ofrecida por la municipalidad. Ese día, la modesta iglesia de Yauyos, con techo a dos aguas, cubierto de calamina, estrecha y larga, limpia y recién pintada, se convirtió en Catedral. Y el pequeño pueblo de Yauyos pasó a ser sede cuasi-episcopal.

Los invitados regresaron a Lima y quedó en Yauyos el prelado con los cinco sacerdotes. Estuvieron unos días juntos y luego, tres de ellos, salieron a diversas zonas de la prelatura. Les comunicó que, aunque al principio no era posible hacerlo así, ningún sacerdote estaría solo.

También les dijo que una vez al mes, se reunirían en Yauyos, donde tendrían un día de vida de familia y descanso y otro día de retiro espiritual. Que eso era un asunto muy importante para ellos.

En el territorio de Yauyos, los pobladores no tenían una imagen muy positiva del sacerdote porque, desde muchos años atrás, cuando celebraban sus fiestas patronales, una comisión viajaba a Lima a contratar sacerdotes que, en algunos casos, les exigían cantidades poco asequibles para ellos y su comportamiento, algunas veces, no era muy sacerdotal. Eso creó en los pobladores la idea de que los sacerdotes se movían por un afán de dinero. El prelado, meditó bien esta situación, la consultó con sus sacerdotes y juntos tomaron una decisión generosa y arriesgada: ellos no cobrarían estipendios por las misas que celebren o por los demás actos sacerdotales, todo sería un servicio gratuito. Cuando fuesen a atender a los diferentes pueblos, el sacerdote solo pediría que le pusiesen la mula o el caballo necesario para trasladarse y que le diesen alojamiento y comida.

Sabían que se exponían a pasar hambre y dormir mal, como efectivamente sucedió, pero deseaban dejar bien claro que venían a darse, a entregarse a sus fieles, que eran uno más entre ellos, que formaban parte de sus comunidades y que las gentes podían confiar plenamente en los

sacerdotes. Quizás cambiar su mentalidad iba a costar, pero estaban decididos a hacerlo y a ganarse su confianza y su cariño.

Los primeros tiempos fueron especialmente duros, pero el buen corazón de las gentes respondió con cariño al cariño. Los frutos espirituales llegaron pronto y fueron abundantes.

El prelado les hizo saber que su apertura a los pobladores sería total, atenderían a todas las personas, aunque no fuesen católicos, ni creyentes. También les dijo que él estaba siempre a disposición de los sacerdotes y que ellos eran su primera prioridad. Podían y debían llamarlo siempre que lo viesen conveniente. De hecho, poco tiempo después, se enteró por uno de los pobladores que uno de los sacerdotes estaba algo enfermo. Tomó la iniciativa de ir a verlo, un viaje de varias horas a caballo. Estuvo con él los días necesarios, hasta dejarlo reconfortado.

12. Por las alturas andinas

El prelado y los cinco primeros sacerdotes, estaban en su nuevo territorio. Los tres que quedaron en Yauyos, en los primeros días, hicieron de todo: arreglos elementales en la casa, barrer, limpiar, cocinar y empezar a cumplir con su tarea sacerdotal en Yauyos, la nueva sede prelatía. Mejoraron lo que pudieron la iglesia parroquial, que había estado casi sin uso. Los recién llegados se integraron pronto en la vida ciudadana. Visitaron a las autoridades y, si salía natural, entablaban conversación con cualquier persona que se encontraban por la calle. Les llamó la atención la cordialidad y el afecto con que eran recibidos y que, en muchos casos, les pedían su bendición. Lo hacían con todo gusto. Procuraron aprender el modo propio de hablar, ir captando las expresiones más comunes y asimilar sus costumbres. Venían decididos a ser uno más entre las gentes de su territorio.

Pusieron una imagen de la Virgen en la habitación principal de la casa, que hacía de sitio de estar, comedor y despacho del prelado. A Ella encomendaron todo su trabajo pastoral y humano en la prelatía.

Comenzaron a planear su trabajo sacerdotal en la prelatía. Como los tres eran hombres de acción, decidieron que lo mejor era conocerla

sobre el terreno. El prelado y su vicario planearon el primer viaje y el padre Frutos, que era el párroco, se quedaría en Yauyos.

Para decidir el itinerario del primer viaje pidieron consejo a diversos pobladores y a las autoridades locales. Decidieron comenzar por el lugar más lejano, la otra provincia, la de Huarochirí, donde estaba uno de los cinco sacerdotes, Jesús Mari Sada. Les informaron que no era fácil el viaje, pues debían volver otra vez a Lima y desde allí tomar una carretera de tierra que les llevaría a Huarochirí, pasando por alturas de 4.600 metros. Para visitar los pueblos de la provincia, el viaje sería casi siempre a caballo por senderos que subían y bajaban por los cerros. Debían ir preparados tanto para el frío como para el fuerte sol de la sierra, para la lluvia y para la nieve. Les informaron también que en los pueblos encontrarían buenas iglesias, aunque cerradas desde hace tiempo, pero no encontrarían casas parroquiales, puesto que no había sacerdotes. Los alojamientos y la alimentación se los proporcionarían en los pueblos. Lo importante, les dijeron, “son los caballos”. Escucharon todos los consejos, los asimilaron bien, prepararon lo necesario y salieron para su primer viaje, que duraría veinte días. Solo llevaban tres semanas en Yauyos.

La disposición con que Enrique emprendió este viaje queda reflejada en lo que escribió a su familia de Girona:

“Mañana saldré con el prelado a visitar una comarca lejana. Las alegrías y sorpresas que nos esperan solo Dios las sabe. Sin duda tendremos muchas satisfacciones apostólicas, aunque no faltarán oportunidades de ofrecer cosas que nos harán participar de la santa Cruz de Jesucristo. Pero ¡viva la Pepa!, porque al lado de mi prelado se ríe uno mucho y no hay penas que duren”.³⁶

Esas frases se consideran muy importantes porque expresan su actitud ante los largos años de aventura misionera que tiene por delante. Está dispuesto a ofrecerlos a Dios con alegría y, además, a hacer todo lo posible por pasárselo bien. Esa expresión “¡viva la Pepa!”, de su argot personal, manifiesta su disposición de no dar mayor importancia a las dificultades que se va a encontrar. No se va a desanimar por ningún tipo de dificultades, como podremos comprobar en el relato de los sucesos que vienen por delante. La razón de esa actitud hay que buscarla muy adentro, si no, nada se entiende.

En Huarochirí les esperaba Jesús Mari Sada, conocido como “Pitillas”, por haber nacido en ese pueblo de Navarra, en España. Es un sacerdote

³⁶ Carta, 29-X-1957.

joven, animoso, optimista, siempre sonriente, amigüero y que sabía a qué venía. Un todo terreno. Caía bien a todo el mundo. En ese lugar estuvo muchos años, y también muchos en Imperial, otro lugar de la prelatura, muy cerca de san Vicente de Cañete.

La carta que escribe Enrique tiene cinco folios. Tarda en escribirla varios días. Se mezclan las alusiones familiares personales, cariñosas y divertidas, con el relato del viaje y con sus impresiones personales. Todo, con muchos detalles de buen humor. Les dice que, durante el viaje, el prelado y él han participado en todo de la forma de vida de las gentes de la sierra, han comido su comida, han dormido en sus precarias viviendas, hechas de adobes de barro y techadas con calamina, han cantado con ellos, han rezado, han predicado el evangelio y, sobre todo, han administrado sacramentos, bautismos, matrimonios, confesiones, comuniones, unción de enfermos. Enrique les ha preparado antes de los sacramentos, procurando que valorasen y conociesen, lo mejor posible, el sacramento que iban a recibir.

En la carta se le nota muy agradecido con sus gentes de Yauyos, porque, pese a que no se conocían, los han recibido muy bien en todos los pueblos y caseríos, los han alojado en sus casas, han comido con ellos. El prelado y él se han

volcado en atenciones y afecto con la gente. En muchos lugares, hacía años, en alguno incluso más de cien años, que no recibían la visita del sacerdote. Les pedían, con mucha fuerza, que regresen. A los dos les quedó especialmente grabada la mirada y el tono de unas personas, cuando salían de un pueblo, que les decían: “vuelvan pronto, no nos dejen”.

Sabían que corrían el riesgo del “soroche” o mal de altura, que afecta a quienes superan los 3.500 o 4.000 metros de altura. Llegaron a los 4.600 metros y, a pesar de que llevaron un ritmo intenso de actividad sacerdotal, no sintieron los síntomas de la altura. Dieron gracias a Dios por eso.

Quizá la clave de su “éxito”, de su caer bien entre gentes de un país lejano, con mentalidad y cultura tan diversa, es el cariño que ellos demostraron y que sus gentes correspondieron. El lenguaje del cariño lo entiende todo el mundo. En la carta lo dice: “Nosotros ya queremos a nuestras gentes, aunque todavía no los conocemos. Rezamos por ellos.” Ésa puede ser la clave. Y otra razón más: han ido a Yauyos dispuestos a pasárselo bien, aunque saben que tendrán que sufrir. Las dificultades, dice que las tiene “previstas”. Está dispuesto a ellas y no lo van a sorprender. El sentido del humor y la actitud positiva ante la vida son factores muy

importantes. Por eso dice: “mientras cabalgamos, durante horas y horas, nos lo pasamos bien. A veces, vamos por caminos que bordean abismos, aunque nos impresionan, nos sentimos acompañados por Jesús y la Virgen, por eso nada puede quitarnos nuestra alegría. Por las alturas de la cordillera, el silencio es total y no se ve ningún signo de vida en todo el horizonte. Solo se oyen las avemarías del rosario. En aquellas inmensas soledades, me acuerdo de todos vosotros y os siento cerca, porque sé que rezáis por mí.” Enrique tiene alma de poeta. Aprecia de modo especial la grandiosidad de los majestuosos nevados, la luminosidad que hay en las alturas, el cielo muy azul durante el día y la multitud de estrellas por las noches, los diversos colores de la cordillera andina. Este escenario le lleva a Dios, le facilita hacer oración. Ignacio, el prelado, es muy distinto. Quizá también es poeta en el fondo, pero su actitud es más realista, aparentemente no le impresiona tanto la belleza y grandiosidad del entorno, simplemente va a lo que tiene que hacer, lo hace con toda su alma, pero él desea llegar a casa cuanto antes y, en todo caso, le llama la atención cazar los patos que revolotean por las lagunas y pescar truchas. También todo lo hace para Dios y con Dios, en un estilo distinto.

Hacia el final de la carta de Enrique, hay un párrafo que podría ser una síntesis de lo que van a

ser sus cincuenta años de vida por los Andes peruanos. Dice: “Esta es mi vida misionera. Bien plena y bien bonita. Ayudadme a hacerla eficaz. No se os ocurra compadecerme, ya que soy muy feliz. Junto a las dificultades, que las tengo previstas, vienen también, como regalos divinos, constantes satisfacciones humanas y sacerdotales.”

No quiere terminar sus cinco folios sin dedicar un recuerdo a sus seminaristas de Gerona: “Yo pienso mucho en vosotros. ¿Y vosotros os acordáis de este misionero, perdido entre las montañas, por encima de las nubes? Cuento con vuestras oraciones y sacrificios, que supongo me enviáis desde Girona”.

Los seminaristas también le recuerdan porque Enrique ha dejado una huella en ellos. Al poco de llegar a Yauyos ha recibido una carta de ellos. Le han contado que en esos días harían su retiro espiritual anual. Enrique se refiere al retiro, que ya han hecho: “Después de esos días de retiro pondréis atención especial a todas las cosas que interesan a Jesús y María. Ayer, mientras el prelado celebraba la misa en un poblado, yo explicaba las ceremonias y ayudaba a rezar a la gente, que llenaba la iglesia. No era pequeña, era muy larga. ¡Con qué fervor repetían las oraciones! Os cuento que les he hecho rezar por vosotros, los seminaristas de Gerona, y ¡bien que lo hacían! A

ver si alguno se anima a ser uno de los refuerzos que tanto necesitamos. Para todos una gran bendición.”³⁷

El prelado y su vicario regresaron cansados y contentos a Yauyos y le contaron las peripecias de su viaje al padre Frutos. Fue motivo de conversación varios días. Él les contó lo que había hecho en Yauyos. Se movió bastante. Fue visitando casa por casa a sus nuevos feligreses y entablando muy fácilmente una amistad con ellos. Pronto se enteró de que el equipo de fútbol de Yauyos participaba en una liga comarcal y se ofreció a entrenar con ellos. Como era buen deportista y le gustaba el fútbol, se hizo un titular indiscutible en el equipo. Con sus veintiséis años, corría toda la cancha. Y hacía goles porque golpeaba fuerte la pelota. No siempre podía estar en el equipo por sus obligaciones sacerdotales y entonces lo echaban en falta. Alguna vez ocurrió que el equipo local iba perdiendo y no estaba el padre Frutos. La gente pidió que fueran a buscarlo y vinieron con él.

También el prelado era un buen jugador de fútbol, de fino estilo, pero vio que no era prudente mostrarse en público. Sí lo hizo en los infaltables partidos de fulbito que tendrían en las reuniones

³⁷ Carta, 3-XI-5, fecha inicio; 9-XI-57, fecha de final.

mensuales con los sacerdotes. Era el principal animador. Le gustaba ganar, aunque sus sacerdotes no se lo ponían fácil. En la cancha no había jerarquías y, a veces, los ánimos se caldeaban un poco. Luego los incidentes eran motivos de bromas, sobre todo por parte del prelado, que gozaba de un magnífico sentido del humor y sabía divertir de verdad a sus sacerdotes. Enrique no era aficionado al fútbol, pero disfrutaba viendo jugar a los demás y también participaba con gusto de las bromas de después. El fútbol daba tema para largo.

13. Otro viaje lleno de sorpresas

Con la experiencia del primer viaje, de acuerdo con el prelado, Enrique empezó a planear el segundo. Esta vez iría el solo y recorrería buena parte de la provincia de Yauyos. Lo acompañó un guía de la zona. El viaje comenzó con susto. Lo relata en una carta, también extensa, que escribe a Gerona, nada más regresar:

“Hoy hago fiesta. He llegado esta mañana de una larga y bellísima correría y me toca descansar. Ha sido la más divertida, la más llena y la más variada en emociones.”³⁸

Cuenta que salió de Yauyos en un rústico ómnibus, hacia la costa, cinco horas de viaje, porque el vehículo era viejo y de andar muy lento. En un cruce, bajó del ómnibus y allí vio al guía que lo esperaba con una mula; él iba en otra. Se presentaron, Enrique subió a la mula y entraron por un camino estrecho que trepaba por los cerros. Sigue Enrique:

“No habríamos hecho ni 500 metros, cuando decidimos arreglar mejor las alforjas. Nos detuvimos y, antes de bajarme, me quité el sombrero que me protegía del fuerte sol serrano, para evitar que volase, porque había mucho viento. La mula vio algo blanco que se movía, se

³⁸ Carta, 20-I-1958.

asustó, se espantó y empezó a dar unos saltos cada vez más fuertes. Yo me agarré fuerte, procurando dominarla y, por lo menos, apartarla del barranco, que era bastante profundo. Conseguí esto, pero aquietarla, no lo conseguí, no había manera. Era clara su mala intención de deshacerse de todo lo que llevaba encima y de tirarme al suelo. Yo seguía agarrado firme en los saltos. Dio dos vueltas en redondo a la derecha y luego, sin previo aviso y rápido, una a la izquierda. Caí y me encontré de espaldas al suelo, debajo de su blanquiñoso vientre, con juego de patas de mula que volaban sobre mí. Ahí pensé que la cosa podía acabar mal. Me quedé quieto y encogido, hasta que la mula dio un salto y salió corriendo. Me palpé bien a ver si me había roto algo y nada me hacía daño. Di gracias a Dios pensando que este viaje, que así se iniciaba, sería bien fructuoso porque he comprobado que cuando la paso difícil, hago más y mejor labor, porque Cristo nos redimió sufriendo mucho y, como dice san Pablo, nosotros hemos de poner lo que falta a la Pasión de Cristo. No olvidéis vosotros el valor del sacrificio y no queráis perder nada de ese tesoro que, en mayor o menor escala, habrá también en vuestra vida.”³⁹

³⁹ Carta, 20-I-1958.

El muchacho, quedó asustadísimo, pensando lo peor. Correteó a la mula y la trajo.

“Volví a subirme –continúa Enrique-, aunque sin sombrero. Seguimos camino adelante y arriba, por cierto, bellissimo, grandioso. Un cielo claro y despejado. Debíamos andar ya por los tres mil metros, cuando el valle comenzó a cerrarse y las dos laderas se acercaban. Llegó un punto en que casi se tocaban. El río las ha ido cortando en vertical. Todo es roca. Dos paredes muy altas, pura piedra, separadas unos veinte metros una de otra, y el río al fondo, que suena, retumba más bien, y pone la nota sonora a ese escenario dramático. El camino estrecho corta la pared casi vertical. Al llegar a este punto, el guía se bajó de su mula y me dijo que yo hiciese lo mismo. Pasé con una mezcla de temor y de gozo por la grandiosidad y belleza de ese escenario. Cuando salimos de ahí, el valle se fue ensanchando y comenzamos a ver los pueblos que eran nuestro destino. Primero, encontraba pequeñas casitas, dispersas por la ladera. Yo bajaba de la mula, entraba a la casa, los saludaba y les avisaba que estaría en el pueblo, tendríamos misa y atendería lo que necesitasen. ¡Con qué alegría y respeto recibían el aviso!”

La carta es larga. Va relatando con detalle cómo se desarrolla su vida en esos días, que puede resumirse diciendo que come con ellos, reza con

ellos, escucha todo lo que desean contarle, se hace uno de ellos y, por la noche, le llevan a un alojamiento previsto que es la casa de una de las familias del pueblo. Siempre hay una catequesis previa sobre las verdades de fe y una explicación sobre los sacramentos que van a recibir. Eso lo consideran, tanto el prelado como los sacerdotes, muy importante. Celebra la Misa, bendice matrimonios, bautiza, confiesa, visita enfermos. Y, en la iglesia hecha de adobe, muy rústica, alargada, grande, canta con ellos. A Enrique le gusta cantar, sabe hacer cantar y les enseña canciones populares sencillas. La gente responde muy bien. Enrique se emociona al oír como toda la iglesia canta y reza. Y a ellos los nota felices.

Va de un pueblo a otro. Llega a la zona alta de la cordillera, alrededor de los cuatro mil metros, donde hay unas extensiones planas que se llaman “la puna”. Muy cerca están los grandes nevados. En esas extensiones prácticamente no hay vida. Crece una hierba fuerte, “ichu”. Pueden verse grupos de llamas y alpacas. Cabalgan Enrique y el guía, cada uno sobre su mula. La de Enrique no ha dado más problemas.

Cuando salió de un pueblo, le avisaron que en el camino le esperarían para atender un enfermo grave. Tomó la eucaristía, en una bolsita, para poder darle la comunión. “Fui con mi mejor Amigo durante cuatro horas”, escribe Enrique.

Cuenta que llegó hasta la casita del enfermo, habló con él, lo atendió y le dio la comunión y la unción de los enfermos. Lo agradeció muchísimo.

En un determinado punto, el guía le explicó que había la opción de elegir entre dos caminos. Uno de ellos más corto, que cruza la cordillera por las alturas, el otro da un rodeo para eludir el nevado. Enrique eligió el primero porque, “me hacía ilusión pasar por lo alto de la cordillera, a más de cinco mil metros. Fue mi primera experiencia en las cumbres andinas. Una experiencia fuerte. Cuando trepábamos, empezó a llover. Pronto se convirtió en nieve. Hacía mucho frío. Fueron unas tres horas. Del paisaje no puedo decir nada porque estaba tapado por las nubes. Por momentos, cabalgábamos por encima de ellas y las veíamos desde arriba. Al empezar la bajada, nos detuvimos para arreglar las monturas y ajustar las cinchas. Aproveché para hacer unas cuentas bolas de nieve y tirarlas al cerro. ¿Quién de vosotros ha tirado bolas de nieve a cinco mil metros?”

Disfruta Enrique contando su labor misional por los pueblos, quizá por eso la carta es bastante extensa. Termina la carta con unas frases que dicen mucho:

“¿Qué he hecho? Sembrar el bien por todos los lados, divertirme soberanamente. ¿No os decía que cuando la mula me mandó por los aires, eso

era presagio de un viaje lleno de frutos? ¡Que se encabrite la mula si quiere, si así voy a ser más eficaz! Lo que importa es vitalizar esta parcela de la Iglesia santa; hacer que la vida cristiana siga floreciendo entre esta gente sencilla y buena.”⁴⁰

⁴⁰ Carta, 20-I-1958.

14. El Moro y el Canelo

El prelado y el vicario general se plantearon la conveniencia de hacer una inversión: comprar buenos caballos, para ellos y para cada uno de los sacerdotes que estaban y que vendrían. Hasta ahora los alquilaban o se los prestaban, pero no funcionaba el sistema, porque los traían fuera de hora, o no llegaban, o eran mulas resabiadas y peligrosas. Decidieron comprar caballos y buenos.

Para el prelado compraron un caballo negro, bueno y fuerte. Lo llamaron el “Moro”. Para Enrique, uno color canela, el “Canelo”, de bonita planta y mejores hechos. Cada uno estaba feliz con su caballo. Los cuidaban, les daban sus terroncitos de azúcar al regresar de los viajes, doble ración de pienso, unas palmaditas en el lomo y, de vez en cuando, unas buenas cachetadas en el morro, como esa vez que el Moro, se plantó, se sentó en el piso y se declaró en franca rebeldía. Sus motivos tenía, porque llevaba horas caminando, casi siempre cuesta arriba, estaban por los cuatro mil metros y llegó un momento en que el caballo dijo “basta”. Pero su dueño, el prelado, quiso demostrar quién era el que mandaba, y le aplicó, unas buenas cachetadas en el morro, que es donde duele. Ante lenguaje tan expresivo, el Moro decidió levantarse y seguir el

camino. Ya no volvió a plantear conflictos de autoridad. El prelado interpretó el suceso, con buen humor, diciendo: “seguramente tenía frío en el morro”. Al llegar, tuvo doble ración de pienso, terroncitos de azúcar y palmadas en el lomo, que agradeció con un sonoro relincho.

Tanto el prelado como Enrique y los sacerdotes, se hicieron buenos jinetes. Enrique conocía bien, no solo el arte de cabalgar, sino la “psicología” del caballo: “Un caballo –explicaba a los sacerdotes- percibe enseguida si lleva encima un jinete o un costal de papas. Hay que dominarlo, corregirlo, pues esto le da seguridad. Es muy sensible al buen trato y le encantan los terrones de azúcar; si es tu amigo, se acerca a comerlos en la mano. Han sido mis mejores compañeros de viaje en los varios miles de kilómetros que he hecho por las alturas andinas.”

41

Y así trascurrieron los meses y los años hasta que un día, todo cambió. ¡Enrique enfermo!. Los fríos, las malas noches, los continuos viajes y lo ocurrido cuando era niño, pasó factura. ¿Qué pasó de niño? Lo relata con toda viveza su hermana Remei:

“Cuando Enrique tenía dos o tres años de edad, en un descuido, cayó a un estanque de agua

⁴¹ Cfr. Enrique Pélach, ob. cit., p. 31

y nadie se percató. Providencialmente pasaba por ahí, uno de los trabajadores de la hacienda y vio en el estanque como unas ropitas de niño, las levantó con su trinche, sacando también a Enrique, que estaba ya casi ahogado. Rápidamente lo llevaron a la casa, luego a la posta del pueblo y de ahí al hospital. Gracias a Dios, el niño se recuperó. Fue un gran susto para los padres y los hermanos. Estaba más muerto que vivo. Siempre hemos entendido este suceso como una protección de la Virgen, que lo salvó de morir ahogado. Dejó sus consecuencias: una salud no muy buena, unos bronquios debilitados, por lo que tenía frecuentes catarros y dificultades pulmonares.”⁴²

Con las lluvias y nieves, se declaró una pleuritis. Lo internaron en una buena clínica de Lima. Ahí salió el corazón maternal del prelado, que lo cuidó a fondo.

Los médicos tomaron la medida al problema, se informaron del suceso ocurrido en su infancia y se plantearon si ahí terminaba la aventura andina de Enrique. Él defendió bien su causa. Les dijo que en los primeros años todo fue bien, que se cuidaría más en adelante y, además, que confiaba en la ayuda que venía de lo alto, más alto todavía

⁴² Conversación con Jorge Putnam, en Arequipa, agosto 2015.

que las cumbres andinas. Y ganó su pleito. Podría continuar en Yauyos, con precauciones. En una carta a los de Girona, le dedicó al suceso unas breves líneas. No le dio importancia:

“Caí con una pleuritis. El prelado enseguida se ocupó de mí, me internó en una clínica de Lima donde me atendieron muy bien y me recuperé totalmente. Nunca me sentí solo.”⁴³ Y de eso, no dice más. Siguieron los viajes, los nevados, las malas noches. Y los bronquios, no se sabe cómo, pero resistieron.

⁴³ Enrique Pélach, ob., cit., p. 73

15. Una navidad a golpe de caballo

Llevaban pocos años en Yauyos, cuando sucedió lo que voy a contar. Faltaban pocos días para la Nochebuena. Enrique estaba preparando una nueva correría para celebrar la Navidad en el mayor número de pueblos posible. Su proyecto no tenía mucha lógica, porque se trataba de estar unas pocas horas en cada pueblo, salir al siguiente y allí celebrar la navidad. Y todo por alturas andinas, en época de lluvias, con los caminos embarrados. Dejemos que Enrique lo relate:

“Estaba preparando las alforjas para salir hacia el norte de Yauyos a atender pueblos. El programa de viaje era bien intenso. Yo pasaba una y otra vez delante del prelado, mientras preparaba las cosas. Veía que él me miraba de una manera especial y que algo estaba pensando. Hasta que por fin dijo:

-¿Y si te acompañara?...

-Como quieras. Hay que atender algunos pueblos; van a ser varios días. Si quieres prepara tus alforjas, porque tenemos que salir temprano, a las dos de la madrugada. Hay que poner más pienso para los caballos.

El prelado se levantó, aumentó el pienso y comenzó a preparar sus cosas.”⁴⁴

⁴⁴ Enrique Pélach, ob.cit., p.24-25

En las primeras horas del 24 de diciembre, salieron de Yauyos. Los cascos de los caballos, en el silencio de la noche, resonaban fuerte sobre las calles empedradas. Un guía los acompañaba. Treparon por caminos de herradura, muchas horas. Al medio día, llegaron a la Huacha, cumbre de 5.300 metros de altura. Dejaron comer un poco a los caballos y también descansaron ellos. Siguieron viaje a Yauricocha, que es un asiento minero, con unos dos mil habitantes, a 4.700 m. de altitud. Caían copos de nieve y el frío era inmisericorde. Entregaron los caballos a un obrero de la mina, para que les diera buena cena. En el pueblo estaban avisados de su viaje.

“Nosotros nos fuimos a la iglesia –relata Enrique- que estaba caldeada por la gente, porque llevaba largo rato en ella. Los oíamos cantar, casi siempre en quechua. Un cantor ya estaba acostumbrado a dirigir los cantos al pueblo. Hice la catequesis, como siempre, y luego el prelado y yo nos pusimos a confesar. A media noche, él celebró la Misa de Navidad. Yo fui bautizando un montón de niños, de diferentes edades, todos tostaditos, por el frío, el aire y el sol de la altura. Terminamos casi juntos, él la Misa y yo de bautizar. Ahí vino la sorpresa, muy agradable por cierto. Delante de la iglesia, de pie, entre abrazos y felicitaciones navideñas, nos sirvieron un

pocillo de chocolate muy caliente, con un par de panecillos dulces, que nos supieron a gloria.”

Se despidieron de la gente, descansaron unas horas sobre unos pellejos y continuaron viaje. Llegaron a Laraos, recién amanecido el día de navidad. Serían las seis de la mañana. El pueblo estaba desierto. Enrique subió a la torre y tocó con ganas las campanas. Algo hizo mal, las campanas tienen su lenguaje y salió la gente de sus casas asustada. Entendieron que las campanas avisaban algún peligro. Subió el campanero a la torre; él sí conocía y tocó a Misa. Una campaneada distinta. Hacía muchísimos años que no tenían Misa en Navidad y la alegría y la expectativa eran grandes. Días antes les había llegado el aviso, pero no los esperaban tan temprano. Hubo bautizos, confesiones. Luego Misa, en la que hubo matrimonios. La dijo Enrique, mientras, el prelado seguía bautizando y confesando. Cantaron villancicos, unos universales, en castellano, y otros en quechua. Al acabar, saludaron a la gente del pueblo, descansaron un rato y partieron hacia otro pueblo, Alis, a unas tres horas.

Llegaron a Alis al media día. La iglesia estaba repleta de gente esperando, cantando villancicos. Volvieron a repetir el programa, con la Misa de navidad. Cuando terminaron, aunque intentaban ocultarlo, estaban agotados. Enrique cuenta un

detalle bonito: “Los maestros eran nuestros grandes amigos en los pueblos. Uno de ellos nos vio muy cansados y nos dijo: mientras preparan el almuerzo, vienen a mi casa y descansan un rato. Aceptamos la propuesta y dormimos casi tres horas. Luego nos avisaron para el almuerzo: cuyes rellenos, papa sancochada, rocoto picante, choclo tierno, queso y un tazón de hierbabuena bien caliente. El prelado nos divirtió con su buen humor contando diversas historias. El descanso lo había revivido a él y a mí. Llegó el momento de despedirnos y salimos para otro pueblo, Tomas (así se llama), que estaba a un par de horas. Una carretera, siempre junto al río, que baja de las alturas por una estrechísima quebrada. Ya era el atardecer del día de navidad. El espectáculo del sol ocultándose tras los nevados era grandioso. Llegamos a Tomas sobre las siete de la tarde. Nos esperaba la gente. Tenían montado un monumental pesebre en el centro del presbiterio, porque nunca habían tenido misa el día de navidad. Les ayudamos a colocarlo a un lado para dejar libre el altar. Mientras terminaban de arreglarlo, les hice la catequesis y nos pusimos a confesar. Por ser un pueblo de pastores, la juventud representó tres danzas pastoriles bellísimas, durante la Misa. La primera en el ofertorio, presentando corderos adornados con cintas rojas y blancas, los colores de la bandera

peruana. La segunda, después de la consagración, como un acto de adoración. La tercera, al final de la misa, con acompañamiento de todo el pueblo. El prelado los felicitó emocionado. Pocas veces he visto a don Ignacio tan emocionado. Después de la Misa, a cenar y a dormir largo y bien.⁴⁵

Cuando despertaron, era bien entrado el día veintiséis. Al atardecer, llegaron a Yauyos. Muy cansados, muy contentos. No pudieron atender varios pueblos por los que pasaron. En uno de ellos, observaron algo que se les clavó en el corazón. En la puerta de la iglesia, estaba escrito, con letras grandes y desiguales:

“Triste es mi pueblo,
la iglesia siempre cerrada,
sin velas sin flores, siempre cerrada,
triste es mi pueblo.”

“Los dos lo leímos –escribe Enrique-, y nos quedamos pensativos. Lo interpretamos como un clamor de nuestros Andes pidiendo sacerdotes.”

⁴⁵ Enrique Pélach, ob. cit., pp. 24-29

16. El prelado y su vicario

Ignacio María de Orbegozo y Enrique Pélach se complementaban muy bien pero eran bien distintos.

Enrique soñaba desde niño con ser sacerdote y andar lejos, a misionar por el mundo. Ignacio soñaba con la medicina, la cirugía y las aficiones corrientes en un chico de su edad; los oficios eclesiásticos no entraban en sus planes.

Enrique tenía alma de poeta, se extasiaba ante la grandiosidad de un paisaje en las alturas andinas, desiertas, era capaz de bajar de su caballo “para escuchar el silencio de la puna”. Ignacio veía el paisaje, también le sobrecogían los grandes cerros, pero “el silencio de la puna” no le interesaba demasiado.

Enrique había vivido su infancia y sus años jóvenes en el campo, en la bonita hacienda de sus padres, entre prados y árboles, había correteado por ellos, pero no había practicado ningún deporte. Ignacio había vivido en Bilbao, una buena ciudad al norte de España, había practicado deportes, especialmente el fútbol, llegando a jugar incluso en un filial del Athletic de Bilbao. El campo lo recorrió persiguiendo perdices, porque le gustaba la caza.

Enrique era catalán, Ignacio era vasco, cada uno con sus características genéticas muy marcadas.

Siendo tan distintos, había algo que fluía de uno al otro: se tenían una gran confianza y se daban seguridad. Se entendían rápidamente y muy bien. El prelado confiaba totalmente en su vicario general, por su experiencia en los años de seminario y de atención a sacerdotes. Y el vicario confiaba en su prelado, por su capacidad de gobierno, su visión de futuro, su sentido práctico de la vida y su gran simpatía personal. Eran amigos y se profesaban un cariño entrañable.

En el aspecto humano, los dos eran hombres de acción, audaces y decididos. No se echaban atrás ante los peligros. En el aspecto sobrenatural, los dos manifestaban una actitud firme de servicio a la Iglesia y a las gentes que tuviesen a su alrededor, sin medir los sacrificios que eso pudiese comportar.

Quizá, la escena que voy a relatar exprese algo de esa seguridad que mutuamente se daban, y, especialmente, de su audacia y valentía.

Una tarde, cabalgaban los dos solos, por las alturas andinas. Sucedió algo que Enrique relata así: “Cuando estábamos a poca distancia de una cumbre, de 5.300 metros, de repente se cubrió el cielo de espesos nubarrones y en la cumbre, que era una cresta de peñascos, comenzaron a caer

rayos, uno tras otro. Durante un buen rato, oíamos los chasquidos del impacto de los rayos en la roca, y un tronar pavoroso. El silencio en esas alturas era total. Solo lo rompía el estallido de los truenos y de los relámpagos. Se puso todo muy oscuro. Los relámpagos hacían brillar los nevados que teníamos al frente. Me asusté mucho. Yo iba delante con el “Canelo” y el prelado seguía detrás con el “Moro”. Yo pensé: si Ignacio quiere que paremos, ya avisará. No dijo nada. Mi caballo movía constantemente las orejas. De repente, un fuerte ventarrón, empujó la tempestad y pasó a otra cumbre. Volvió el sol y la luminosidad de las alturas. Nos tomamos un respiro y desmontamos. Los dos nos miramos. El prelado se sentó sobre una piedra y me dijo:

-“¡He pasado un miedo!” Y explotó en una gran carcajada...

Nos reímos juntos y le dije que yo también lo pasé y que me tranquilizaba pensar que detrás de mí venía él.

Los caballos dieron unos sonoros resoplidos. Les dimos unas palmadas para tranquilizarlos.

Luego, como si nada, seguimos nuestro recorrido.”⁴⁶

⁴⁶ Cfr. Enrique Péllich, ob.cit. p. 30

17. Las reuniones mensuales

El ritmo y las circunstancias tan duras gastaban el cuerpo y el alma. Era preciso reponer fuerzas. El prelado, desde el comienzo, les había comunicado que cada mes se reunirían dos días en Yauyos: el primer día era recogimiento y meditación, atención del alma, desde la tarde y el día siguiente, descanso y vida de familia. Uno de los sacerdotes, Samuel Valero, que se incorporó pronto al equipo de Yauyos, era un gran experto en el deporte de la pesca. El primer mes, después de incorporarse a su parroquia, asistió al día de retiro sacerdotal y luego participó con gran ilusión de su deporte favorito. Además, es buen escritor. Tuvo mucho éxito un libro en que relata con gracia y espontaneidad sus aventuras en Yauyos. En el libro cuenta su primera experiencia de pesca y la cuenta así:

“Antes de salir, cuando vi el material preparado para la pesca, manifesté:

-Con eso es imposible pescar truchas.

-Pues con esto las pescamos, dijo uno.

Muchas tiene que haber, pensé.

En efecto, había muchas. Bajamos al río, todos se dispersaron por las orillas, llevaban una caña cualquiera y debajo de las piedras encontraban lombrices, que empleaban como anzuelo. Yo me fui solo río arriba, con una caña de pescar de

carrete fijo. A las tres horas nos reunimos. Ellos habían pescado algunas, pocas y pequeñas. Yo saqué más que todos juntos. Esto me dio autoridad para explicar las técnicas de la pesca de la trucha y el material adecuado. El prelado escuchó atentamente y no dijo nada. En su primer viaje a Lima adquirió los carretes y las cañas que servían. A partir de entonces, la pesca de truchas fue abundante y divertida.”⁴⁷

Las truchas eran un motivo de diversión y deporte pero, además, resultaron de gran ayuda en la reducida economía doméstica de Yauyos. Frutos Berzal, el párroco de Yauyos, y al que correspondía la tarea de alimentar cada mes al creciente grupo de sacerdotes que llegaba de los pueblos, vio con interés el buen montón de truchas. Como la necesidad excita el ingenio, aprendió el arte de conservarlas, de modo que se convirtió en uno de los platos favoritos y un buen recurso para el insaciable apetito del grupo de sacerdotes jóvenes.

Samuel Valero era también buen cazador. En la pesca, era sin duda el más hábil pero en la caza le aventajaba el prelado. En los relatos de su libro, se adivina la admiración que tiene al prelado como persona y como buen cazador. Cuenta

⁴⁷ Samuel Valero, “Yauyos, una aventura en los Andes”, Rialp, Madrid, 4ª ed., p. 88

Samuel: “La caza era también una ocasión de diversión, y a veces de algo más, como aquel día en que los dos íbamos por las alturas y la lluvia se había convertido en nieve. A lo lejos, en una vaguada, se veía una laguna. Un pato que de ella venía, revoloteó por delante de nosotros y se posó a unos cien metros. El prelado detuvo el jeep, que él manejaba, preparó la escopeta, se bajó con precaución, apuntó, disparó y dijo:

-Ya tenemos la cena.

Efectivamente, aquella noche cenamos pato.”⁴⁸

En las reuniones mensuales, el plato fuerte de la diversión eran los partidos de fulbito. Las caminatas por la sierra y la juventud daban un estado físico extraordinario a los jugadores. Los partidos duraban dos o tres o hasta más horas. El prelado era su principal animador y le gustaba ganar, aunque no siempre lo conseguía. Al terminar, los comentarios divertidos, las risas y la chispa del prelado prolongaban largamente la sobremesa en la que había de todo: las experiencias de cada uno en sus parroquias, los recuerdos personales y mil preguntas o asuntos que se les ocurrían.

¿Y Enrique?. A pesar de que no le interesaba mucho el deporte, ni la caza ni la pesca, disfrutaba

⁴⁸ Samuel Valero, ob. cit., p. 91.

viendo la alegría de los demás y la fomentaba. Siempre que se presentaba la ocasión, tenía a flor de labios una canción y surgía enseguida un potente coro de voces.

18. Sacerdotes del lugar

Los sacerdotes que llegaron a Yauyos, al principio fueron cinco y, en pocos años, pasaron de veinte. Sin embargo, tenían claro que ellos no iban a estar ahí siempre y su objetivo más importante era buscar sacerdotes propios de la zona, que pudiesen atender de modo permanente a los miles de personas que vivían en las alturas andinas. Esa tarea no se veía fácil. Al poco tiempo de llegar, alguien les dijo: “ahí no encontrarán ustedes ni una vocación.”

No se desanimaron por eso. Eran conscientes de que estaban ante un reto difícil. Metieron cabeza y oración en el asunto. Para empezar, decidieron hacer una asociación de acólitos en cada parroquia, formada por chicos de once a catorce años. A esos chicos, les darían una formación cristiana básica, apropiada a su edad. Les decía el prelado: “Los chicos se irán ilusionando con la figura del sacerdote, al ver vuestra alegría, vuestra piedad, vuestra generosidad; y al ver que habéis venido de tan lejos para entregaros con toda el alma a ellos mismos y a la gente. Vuestro ejemplo y la gracia de Dios pondrá en ellos inquietudes de algo grande.”

Y así fue. Cada sacerdote comenzó con ilusión en sus pueblos la Asociación de Acólitos.

Al principio no fue fácil, luego consiguió cada párroco apoyarse en tres o cuatro y el grupo fue creciendo. Encontraron chicos con buena cabeza y corazón grande, capaz de ilusionarse por una entrega a los demás. Les hablaban de la necesidad de sacerdotes en la Iglesia. También les hablaban de la maravilla que era formar una familia con sentido cristiano, que podían santificarse en ella y en su propio trabajo, y que así cristianizarían la sociedad. Les decían que, para cada uno, Dios tenía un camino y que ellos decidían con libertad.

Rezaron mucho por el seminario. En las parroquias, los jueves se tenía exposición del Santísimo Sacramento. En las Misas se explicaba la importancia y necesidad del sacerdocio. Los sábados se rezaba el Santo Rosario en la iglesia, fomentando la devoción a la Virgen y pidiendo por los sacerdotes.

En esta tarea, los animaba mucho el fundador del Opus Dei. En uno de los primeros viajes a Roma, el prelado le contó lo que estaban haciendo para conseguir vocaciones de sacerdotes. Lo escuchó muy atentamente y le dijo: “seguid con lo que estáis haciendo, rezad y, en veinte años, tendréis sacerdotes.” Esto dio mucha seguridad al prelado y a los sacerdotes. Muchos años después, en 1974, san Josemaría viajó al Perú, y ya empezaban a verse los frutos. Había un seminario con un buen grupo de seminaristas. Cuando fue a

Cañete, conversó con ellos, los saludó uno a uno con mucho afecto y les dio su bendición. Cuatro años después, en 1978, se ordenaron los cuatro primeros sacerdotes, José María y Ángel Ortega, Víctor Quispe y Luis Ubillús. Habían pasado veinte años de aquella conversación en Roma con el prelado Ignacio de Orbegozo.

Para el prelado y sus sacerdotes, la formación de muchachos que pudiesen dar esperanzas de vocación sacerdotal era tarea prioritaria. Lo veían como el mejor servicio al territorio en el que estaban trabajando: dejarles sacerdotes suyos, salidos de sus mismos pueblos.

El prelado y el vicario general decidieron nombrar un promotor de vocaciones que impulsase este trabajo y orientase a los párrocos. El elegido fue Esteban Puig, un sacerdote catalán, que había llegado de Gerona. Así lo relata Esteban:

“Yo asistía a uno de los retiros mensuales que organizaba Enrique. Poco antes de salir para Yauyos, me dijo sin rodeos: Esteban, ¿por qué no te vienes a Perú?

-¿A Perú?...

Di a entender que no quería saber nada con la idea. No insistió y no volví a verle más, porque él se fue a Perú.

Me pareció que todo quedaba ahí, pero ese diálogo tan rápido y directo no se me olvidaba. Me

dejó el “bicho” dentro. Un años después, seguía dándole vueltas; luego me planteé: ¿por qué no?... Y decidí que sí. Lo consulté con mi obispo, me dio su aprobación y me fui al Perú.

En Gerona trabajaba como promotor de vocaciones y era profesor en el seminario menor. Cuando llegué a Yauyos, me propusieron hacer lo mismo, ser promotor de vocaciones. Estaba todo por hacer. Me ilusionó mucho. Les daba material visual y escrito a los párrocos. Les decía que conociesen y trataran a las familias de los chicos.”⁴⁹

Los sacerdotes hicieron lo que les iba diciendo Esteban y lo que ellos mismos proponían. Y añadieron algo importante: trataron mucho a los maestros, primero porque sintonizaban bien con ellos, hacían deporte juntos, se alojaban en sus casas cuando viajaban a sus pueblos, y segundo porque los chicos estudiaban en la escuela y podían colaborar mucho en las futuras vocaciones de sacerdotes. De hecho, fueron una ayuda mutua, el sacerdote para los maestros y los maestros para el sacerdote.

Las Asociaciones de Acólitos fueron creciendo y llegó el momento de comenzar con un colegio internado para que los chicos estudiaran

⁴⁹ Esteban Puig, Recuerdos personales.

sus años de media, en un clima favorable a una posible vocación sacerdotal.

Para entonces, la prelatura ya se había extendido a la provincia costera de Cañete y había trasladado allí su sede. En el valle, había un edificio que durante unos años había funcionado como colegio y estaba en desuso. El prelado y el vicario hicieron las gestiones necesarias para conseguirlo. Ningún paso fue fácil, pero se consiguió. Se llama colegio Nuestra Señora del Valle.

A los siete años de comenzar la prelatura comenzó el colegio. A los siete años, en 1971, comenzó el Seminario Mayor. Y a los siete años, en 1978, se ordenaron los cuatro primeros sacerdotes. Tres etapas muy importantes.

Como veremos, la vida cambió el rumbo del prelado y de Enrique. La última gestión, en Yauyos, que los dos han recordado siempre con gran cariño, fue la imagen de la Virgen del Amor Hermoso.

19. La Virgen del Amor Hermoso

El fundador del Opus Dei, que seguía con mucho afecto los pasos de la prelatura de Yauyos, ofreció regalar una imagen de la Virgen. Deseaba que tuviese los rasgos propios de una mujer nativa. El ofrecimiento fue acogido con entusiasmo. Enviaron a Roma unas cuantas fotografías de mujeres de la zona, para que sirviesen como inspiración al escultor que iba a realizarla.

Pasaron los meses y se anunció la llegada de la imagen. Se decidió emplazarla en una pequeña ermita, construida en la entrada del colegio Nuestra Señora del Valle, al borde de la carretera que sale de Cañete hacia Yauyos. Enrique fue al puerto del Callao, en Lima. Se consiguió un camión para trasladarla a Cañete. En la aduana se presentaron algunas dificultades que Enrique superó con habilidad. En una gran caja de madera estaba acomodada cuidadosamente la escultura. Al llegar a Cañete, abrieron la caja y la vieron, por primera vez. Era preciosa. Esteban Puig la describe así: “está vestida con una túnica, adornada con dibujos de colores como lleva la gente de la sierra. Dos trenzas caen de los hombros ante el pecho. El Niño Jesús está sentado en el regazo de su Madre, con una manzana en su

mano izquierda, mientras bendice con la derecha.”⁵⁰

Unos meses estuvo en Cañete hasta que se terminaba la ermita. Cuando se terminó, se organizó el traslado con un cortejo festivo. Iba escoltada por chalanos cabalgando sobre caballos de paso, ataviados con el poncho típico. La acompañaba una multitud de fieles. Bandas de música ambientaban el largo recorrido de unos nueve kilómetros, que separan la catedral de Cañete de la ermita. Allí estuvo varios años. Se hizo costumbre que los choferes, en gran parte ómnibus y camiones, la saludaban al pasar tocando el claxon.

Años después, se pensó darle una sede más importante, y se construyó el Santuario de Nuestra Señora del Amor Hermoso, en Cañete. El presbiterio mide unos cuarenta metros, con un amplio retablo, presidido por la imagen de la Virgen, y una sillería de madera trabajada. Al frente, una gradería semicircular da capacidad a unas dos mil personas y la rodea una galería cubierta, por donde se pueden rezar y contemplar los misterios del rosario.

En el santuario se realizan las ceremonias de ordenación de nuevos sacerdotes y las

⁵⁰ Esteban Puig. “Nuestra Señora del Valle”, pp. 135-136

celebraciones importantes. En los días de la Semana Santa, el retablo se oculta y queda un amplio escenario donde se representa la Pasión de Jesús. Los actores son vecinos de Cañete. Las graderías se repletan. Con los años, se ha hecho tradicional, desde los pueblos vecinos y hasta de Lima, ir a ver “la Pasión de Cañete”.

20. Obispo de Abancay

Una llamada de la Nunciatura siempre inquieta a un sacerdote. La Nunciatura eclesiástica es la embajada del Vaticano en cada país. Un día de junio, de 1968, Enrique recibió una llamada para que acudiese cuanto antes. Fue enseguida. La entrevista con el señor Nuncio fue corta y directa. Le comunicó que el Santo Padre lo había nombrado Obispo de Abancay. El nombramiento estaba supeditado a su aceptación y el plazo para responder era corto. Enrique se conmovió por la responsabilidad que eso suponía, pero no tuvo mucho que pensar: “lo que Dios me hizo entender –cuenta Enrique- es que yo debía seguir siendo instrumento en sus manos. Eso me tranquilizó totalmente”⁵¹

Cuando pudo dar la noticia, escribió a su familia y amigos de Girona. Puso toda su alma en la carta, pidiendo ayuda, sobre todo de la oración:

“A este pobre sacerdote de Gerona lo han hecho Obispo de Abancay. Cuando me han dado la noticia, me he quedado como petrificado. Lo que más quiero y os pido es vuestra oración, por mí y por la diócesis de Abancay. Os lo vuelvo a suplicar con toda el alma, rezad por este pobre hombre. Además de rezar, os ruego que ofrezcáis

⁵¹ Enrique Pélach, recuerdo personales en video.

algo de vuestro trabajo diario.” Se dirige con afecto a los enfermos y a las religiosas, para que “sepa entregarme –les dice Enrique- a estos nuevos hijos, que el cielo me encomienda, y a los que quiero mucho antes de conocerlos. Y vosotros sacerdotes, mis compañeros y amigos, acordaos de mí a la hora de ofrecer el Santo Sacrificio en el altar.”⁵²

A Enrique le costó poner fin a once años de trabajo en la prelatura de Yauyos y a la compañía de su querido Prelado, Ignacio María de Orbegozo, con quien había hecho tan buena dupla. Hay que pensar que aunque el corazón de cualquier sacerdote sea universal, toma cariño a sus gentes. Un cambio de diócesis, o de parroquia, supone sacrificio porque es dejar algo que se conoce bien, para afrontar un panorama incierto. Comenzar a ser obispo es más, es toda una aventura.

Enrique sabía que le esperaba otra zona de los Andes peruanos, tan difícil como Yauyos, en la que habría que volver a comenzar casi de cero.

Por otro lado, también pensó que en los once años de Yauyos, adquirió un conocimiento de las gentes, de la zona andina y una experiencia que le iba a ser muy útil. El sacerdote que bajó del “Marco Polo” y besó el suelo del puerto del

⁵² Carta, 25-VI-1968.

Callao, era un hombre pleno de ilusiones, abierto al mundo, pero realmente no sabía dónde iba ni qué tenía que hacer. Ahora, es todo distinto, sabe dónde está y sabe lo que tiene que hacer. Y sabe bien que va a necesitar el apoyo de su ciudad natal, Girona, porque su nueva diócesis, el departamento de Apurímac cuya capital es Abancay, es uno de las más pobres del Perú.

El señor Nuncio le informó que hacía cuatro años que, por razones de salud, el obispo anterior tuvo que salir de Abancay. Lo animó a llegar a Abancay cuanto antes.

Abancay es una bonita ciudad que se encuentra en el fondo de un precioso valle, a 2.400 metros. Cerca está el majestuoso nevado Ampay, de cinco mil metros de altura. En 1968, tenía unos 20.000 habitantes. El territorio es similar al de Yauyos, aunque de mayor belleza. El clima también es similar: lluvias en los meses de enero a marzo que, por la verticalidad de los cerros y la ausencia de bosques, provocan huaycos que arrastran toneladas de tierra y grandes piedras, llevándose por delante lo que encuentran.

A partir de los 4.000 metros hay, como en Yauyos, unas extensas mesetas, muy frías, conocidas como “punas”, coronadas por los nevados. En estos lugares el paisaje impresiona por su grandiosidad. Enrique lo recorrerá algunas veces a caballo, como lo ha hecho por las punas

de Yauyos. Pero en su nueva diócesis, hay algunas carreteras, todas de tierra, que permiten trasladarse de un sitio a otro con camionetas adecuadas al terreno, aunque la mayoría de las zonas solo pueden transitarse a caballo .

En toda la diócesis es difícil encontrar cien metros planos. Por eso, alguien lo describió como un papel arrugado. Son frecuentes los cortados profundos, donde se ve al fondo el río, como un hilo de plata, y hay que acostumbrarse a los miles de curvas.

En el momento de escribirse este libro, el departamento se ha desarrollado. La ciudad de Abancay ha triplicado su población. En algunas carreteras, el asfalto ha ido sustituyendo a la tierra, lo que ha permitido dar entrada a ómnibus de pasajeros, cómodos y modernos, incluso de dos pisos. Sigue habiendo grandes zonas de pobreza extrema, pueblos por los que no pasa el tiempo, y a los que solo se llega por estrechos senderos de montaña.

En Abancay, aunque usó más la camioneta, el caballo siguió siendo su compañero de largos viajes pastorales. Era “alguien” más de la familia. En esos años, yo recuerdo haber visto en la casa del prelado, en un pequeño jardín posterior, al caballo, mordisqueando tranquilamente la hierba. Y a nadie le extrañaba, solo a mí, verlo atravesar el living y el pasillo de la casa para salir a la calle,

haciendo sonar rítmicamente sus cascos sobre el pavimento.

Enrique aceleró lo que pudo. En pocas semanas hizo los preparativos necesarios y se celebró la Consagración Episcopal en Cañete, con asistencia masiva y gran entusiasmo. El maestro de ceremonias era Mario Busquets, el niño que Enrique recibió en la puerta del seminario de Gerona. Cuenta Mario que, en ese momento, no sabe por qué, la imaginación voló al huerto de manzanas de Can Pèlach por donde correteaban cuando eran chicos y se le ocurría pensar, “qué ricas estaban las manzanas”. Dice que era una manera de darle gracias a Dios por tantos beneficios, grandes y pequeños. De Gerona vino una buena delegación de hermanos, sobrinos y su gran amigo desde el Seminario, Damià Stella. También había alguien muy importante, su tía Lluïsa de Cerda, quien fue su madrina de bautismo, su madrina en su ordenación sacerdotal, y ahora asistía emocionada a su ordenación episcopal. Destacaban, con sus vestimentas propias, su hermana Remey y un grupo grande de religiosas franciscanas. Y ahí estaba el pueblo de Cañete que lo quería de verdad y se notó.

21. Abancay, 21 Julio, 1968.

“A los pocos días –recuerda Mario Busquets-, nos trasladamos con los que habían venido de Girona hasta Abancay. Hicieron noche en un modesto hospedaje de sierra. Contemplaban asombrados los paisajes andinos.”⁵³

El domingo 21, fue la entrada en Abancay. La población estaba feliz de tener por fin obispo. Una multitud fue a recibirlo en la parte alta de la ciudad y lo acompañaron hasta la iglesia catedral, en la plaza de principal de Abancay.

Los que vinieron de Gerona, se quedaron varios días disfrutando la belleza del paisaje, conociendo a las gentes y acompañando a Enrique. Los ojos de los visitantes se fijaban en todo. Eso fue el comienzo de una ayuda importante que se iba a prolongar en los años. Así lo relata Enrique:

“Me dijeron: hemos visto mucha gente pobre, niños mal alimentados y ancianos dispersos por la ciudad. Eso no puede continuar así, sobre todo siendo tú el obispo. Piénsalo y verás lo que haces. Cuenta por supuesto con nuestra ayuda. Yo aproveché enseguida el ofrecimiento y así nació

⁵³ Mario Busquets, conversación personal, 14.VI.2017

una asociación en Gerona, “*Los Amics d’Abancay*” (los amigos de Abancay). Yo les escribía unas cartas contándoles lo que hacía y hablándoles de mi gente.. Creo que Dios me inspiró las palabras adecuadas que movieron sus corazones. Les planteé de entrada una necesidad: un comedor para ancianos, lo cual supone local, mesas, bancas y unos recursos para poder alimentarlos en el día a día. Es una necesidad que ellos vieron con sus propios ojos. Me dijeron que se comprometían a sacarlo adelante.”⁵⁴ Las cartas que escribía Enrique se fotocopiaban y corrían de mano en mano por Girona.

Ahí empezó a salir la fibra ejecutiva del nuevo obispo y su gran corazón que ve cuerpos y almas. A esta iniciativa, seguirían muchas. Algunos las llamarían “obras sociales”, yo no las voy a llamar así, porque son mucho más que eso, son fruto de la virtud de la caridad, del amor, son auténticas obras de Misericordia, tanto corporales como espirituales.

“A los tres meses –cuenta Enrique- abríamos un comedor para 40 ancianos, con mesas y bancas sencillas en un local que nos prestaron las religiosas Carmelitas Descalzas. Una religiosa, la madre Celina fue la primera directora. La menciono con agradecimiento porque fue una

⁵⁴ Enrique Pélach, ob. cit., p. 37.

persona eficacísima. El amor a Dios agranda los corazones y agranda también las obras. Hizo bien a muchísima gente y tendrá una recompensa grande en el cielo.”⁵⁵

Otra novedad importante fue la llegada de su hermana Remei. Le sería de mucha ayuda. Lo cuenta ella misma:

“Estoy muy agradecida a las superiores de mi Congregación Religiosa porque, cuando llegó mi hermano a Abancay, me trasladaron al convento de Curahuasi, a una hora de Abancay, para que pudiese ayudar en algo a mi hermano. Cuando me vine al Perú, yo era la héroe de la familia. Luego, cuando vino mi hermano Enrique, el héroe pasó a ser él. Aquellos juegos y sueños de niño en la hacienda de Girona, en *Can Pélach*, se hicieron realidad. Jugar era fácil. Ahora no eran juegos, todo iba muy en serio.”⁵⁶

Aunque ella no lo dice, es de justicia dejar constancia de que lo ayudó de muchas maneras y muy bien. Pero sí menciona un detalle de delicadeza humana y prudencia que tuvo su hermano y que ella, a veces, no lo entendía muy bien:

“Recuerdo que mi hermano tuvo mucho cuidado de no dar la impresión de preferencias

⁵⁵ Enrique Pélach, ob. cit., p. 37.

⁵⁶ Conversación personal, Lima, 25-XII-2014

hacia mí. Por ejemplo, cuando yo tenía que buscarlo, en los días de reunión diocesana, para consultarle algún asunto de mi convento, ya que yo era la superiora, mi hermano me dejaba para el final y me atendía bien pero con cierta frialdad. En cambio, fue muy distinta su actitud cuando dejó de ser obispo de Abancay. Entonces, que ya no había ese riesgo de preferencias, me trató con el mismo cariño con que nos tratamos siempre de niños en Girona.”⁵⁷

⁵⁷ Conversación personal, Lima, 25-XII-2014

22. Aprender a ser obispo

Enrique se encontró con algo nuevo en su vida y tuvo que aprender a realizarlo. Había tenido un buen maestro: Ignacio María de Orbegozo, su prelado en Yauyos. En los once años, en los que estuvo muy cerca de él aprendió, casi sin darse cuenta, cómo debe ser un obispo.

Lo primero que observó en su prelado fue un trato amigable y cordial con los sacerdotes. Lo vio ponerse a su altura y, al mismo tiempo, supo estar en su sitio como prelado. Aprendió a dar seguridad a sus sacerdotes, aumentar la confianza en sí mismos. Vio que el prelado, en las reuniones, los animaba, los divertía y ellos se sentían con confianza para dar sus ideas y decir con total libertad lo que pensaban. Orbegozo escuchaba siempre, entre otras cosas, porque sabía que tenían más experiencia pastoral que él. Y, además, porque quería que se sintiesen sueltos y espontáneos. Se preocupaba de que estuviesen unidos entre sí y se quisiesen unos a otros. Enrique también observó el espíritu de servicio de su prelado. Decidió ser así: primero los sacerdotes. Luego, todas las personas de su diócesis, empezando por los más necesitados, los pobres, sean católicos o no. Este era un primer criterio de acción que Enrique siempre ha tenido claro.

Al poco de ser nombrado obispo, en agosto de 1968, pudo asistir al Congreso Eucarístico de Bogotá, que iba a presidir san Pablo VI, a quien conoció en aquella recordada conversación en Grottaferrata. No conocía a ninguno de los otros obispos, pero entró en confianza con un obispo español, el de Ciudad Real (España), un hombre de experiencia. Le consultó esa primera decisión suya de colocar la atención a los sacerdotes como su primera prioridad; su colega le escuchó y le dijo que estaba totalmente en lo cierto, que fuese por ahí. Esto le dio tranquilidad. Al día siguiente, Pablo VI dio el discurso inaugural del Congreso. Cuenta en una carta a su familia:

“Imagínense la alegría que tuve al oírle decir *que si un Obispo concentrase sus cuidados en escuchar y cuidar a su clero, habría empleado bien su tiempo, su corazón y su actividad. Aplaudí con todas mis fuerzas y reafirmé mi propósito de cuidar y querer a mis sacerdotes, con la plena seguridad de que éste es el buen camino. Rogad para que no me aparte de él.*”⁵⁸

Regresó al Perú. Durante las pocas horas de vuelo de Bogotá a Lima, Enrique vino dando vueltas a sus primeras gestiones prácticas, en línea con sus prioridades. Decidió acomodar, como pudiese, unas cuantas camas en su casa de

⁵⁸ Carta, 2-IX-1968

Abancay, para que, desde el primer día, los sacerdotes que llegasen a Abancay desde sus pueblos, puedan alojarse en la casa del obispo, que a partir de ese momento, también será la suya. Decidió decírselo así, con estas palabras. Pensó que, además, podrían disponer de su oratorio para rezar con tranquilidad ante el Sagrario y celebrar con paz la Santa Misa. Hasta ahora, los sacerdotes que llegaban a Abancay dormían donde podían y celebraban la Misa donde podían. También les dirá que podrán sentarse a su mesa, siempre que lo deseen. Basta con que lo avisen, si pueden, unas horas antes. Más adelante, se propuso construir una residencia para sacerdotes, donde puedan tener lo necesario y estar con independencia. Así lo hizo. Dijo todo esto a sus sacerdotes y, en cuanto puso, inauguró junto al obispado, una residencia sacerdotal, con las necesarias habitaciones individuales para los sacerdotes.

Enrique unía siempre lo material y lo espiritual, una cosa detrás de la otra. “Primero el cuerpo y después el alma”, acostumbraba a decir, y así se lo explicó con más detalle a un periodista que le hizo una entrevista en Gerona.⁵⁹ Se ocupó de ellos en su descanso físico, en su comida y

⁵⁹ Conversación personal con Maria del Carmen Pélach, Gerona, España.
octubre, 2015

también cuidó el alma de sus sacerdotes. Para esto, planeó tener en Abancay las mismas reuniones mensuales que tenían en la prelatura de Yauyos. Sabía que habría problemas. La diócesis de Abancay es tan montañosa como Yauyos, pero más extensa y, por tanto, iba a ser más difícil.

Convocó a sus sacerdotes para tener la primera reunión con ellos. Venían con expectativa porque no sabían cómo sería su nuevo obispo. Se mostró familiar, porque le salía espontáneo, les dijo que, a partir de ese momento, su casa es la suya. Les sorprendió y les agradó. Luego añadió algo que los sorprendió más porque lo vieron difícil de realizar: les dijo que tenía el proyecto de visitarlos a cada uno en su propio pueblo y en su casa para estar con ellos. “No va a ser una visita pastoral, con confirmaciones y otras actividades, sino que voy a verlos a ustedes y a conversar tranquilo con cada uno.” Esto les resultó totalmente nuevo. Tenían sus dudas sobre si podría hacerlo.

Lo hizo. Varios meses después, los había visitado a todos y, de paso, conoció la diócesis de Abancay. A partir de esa visita, había una relación de proximidad entre el obispo y cada sacerdote.

23. Retiros mensuales a votación

Durante un tiempo, Enrique siguió pensando lo de las reuniones mensuales. Cada vez se afirmaba más en su necesidad. Recordaba su experiencia de Gerona: “los seminaristas llegaban a su ordenación sacerdotal con una ilusión visible de ser sacerdotes muy eficaces y de apoyarse en una sólida vida espiritual. Sucedió que, con el tiempo, en muchos casos, iban perdiendo aquella ilusión. Yo me lo explico porque si la piedad sacerdotal no se alimenta se va apagando”⁶⁰

Fue conversando su proyecto, uno a uno. Le decían que nunca lo habían hecho, que algunos viajes eran largos y que sería una gran pérdida de tiempo. Más o menos esperaba esas respuestas. Hizo lo siguiente:

“Yo no quería imponer mi voluntad. Entonces les hice esta contrapropuesta: que, durante seis meses seguidos, aceptaran acudir mensualmente a Abancay, donde tendríamos el retiro y un día de reunión sacerdotal y descanso, por el único motivo de que yo se lo pedía. Al acabar los seis meses, tendríamos una votación secreta para conocer su parecer y yo me sometería a lo que ellos decidan. Respetaría totalmente su libertad. Antes, recé mucho para que aceptaran esta

⁶⁰ Cfr. Enrique Pélach, ob., cit., p. 73.

primera propuesta. La aceptaron. Llegó el primer mes y vinieron todos. Se sorprendieron de que todos podían alojarse en la casa del obispo, aunque en habitaciones colectivas. Cenaron juntos y tuvimos una sobremesa breve porque estaban cansados. Al día siguiente, hubo el retiro espiritual, que terminó antes del almuerzo. Después, en las primeras horas de la tarde, tuvimos una reunión de intercambio de experiencias. Se soltaron y hablaron de dificultades, iniciativas. Se encontraron a gusto. Les quedó tiempo libre para hacer algunas gestiones en Abancay o lo que quisieron. Algunos armaron un partido de fulbito, otros compraron algo o hicieron alguna visita.

Al mes siguiente, también llegaron todos. Encontraron algunas mejoras en la casa, para que pudieran acomodarse mejor. Volvió a repetirse el plan.

Llegó el sexto mes, término del compromiso. Les dije que, de acuerdo a mi compromiso, había una votación secreta. Ya no la querían, pero la exigí. Todos los papeles decían: reunión cada mes, menos dos, que decían reunión cada dos meses y un signo interrogante. Eran los que venían de más lejos. Hablé con ellos, les dije que los comprendía perfectamente y que vinieran

cuando pudieran. De hecho, han venido todos los meses.”⁶¹

Pasaron más de veinte años. Era 1990. Entonces Enrique grabó un video contando su experiencia en la diócesis. Entre muchas otras cosas, dice: “hace veintidós años que vienen los sacerdotes, cada mes. Lo pasan bien, descansan, siempre se habla de la marcha del seminario y de los chicos que pueden venir. Y se tratan asuntos de tipo social, como la atención médica, niños en las escuelas, catequesis diocesana. Y sobre todo, saben que no están solos cada uno en la punta de un cerro o en el fondo de una quebrada.”

¿Y siguen realizándose esas reuniones mensuales, cuando esto se escribe, en el año 2018, casi treinta años después? He tenido oportunidad de preguntarle esto a un sacerdote de la diócesis de Abancay, Johny Costilla. Me dice: “yo vivía lejos, en Huancabamba y los segundos miércoles de cada mes, menos los tres meses de lluvias, viajaba a Abancay. Llegaba por la tarde, infaltable mi partido de fulbito; luego, la cena con todos. Al día siguiente, retiro y reunión de pastoral. A veces tenemos un invitado que habla de temas actuales. Nos reunimos unos treinta. Ahora vivo en

⁶¹ Enrique Pèlach, ob. cit., pp. 75-76

Abancay, me resulta más fácil asistir y lo hago siempre.”⁶²

⁶² Conversación personal, Lima, febrero 2018.

24. Asilo para ancianos

El comedor para ancianos ya funcionaba, pero hacía falta el Asilo porque algunos de ellos no tenían donde dormir. El problema realmente correspondía al Estado, por eso Enrique se fijó en un edificio de una dependencia oficial que había quedado en desuso. Así lo cuenta:

“Vi un edificio que había sido el hospital de Beneficencia. Pertenecía al Ministerio de Salud y quedaba una parte disponible. Estaba sin uso. Pedí permiso a la Beneficencia y al hospital para acomodar en ese espacio unas camas para que una docena de ancianos pudiesen pasar ahí la noche. Era una solución de emergencia. Yo deseaba construir en ese terreno un Asilo de ancianos, con un mínimo de dignidad. Para eso necesitaba la propiedad. Toqué puertas en la Beneficencia y me dijeron: “la propiedad es nuestra pero el usufructo lo tiene el Ministerio de Salud.” Fui a las dependencias del Ministerio de Salud y allí me dijeron: “no podemos cederlo porque la propiedad corresponde a la Beneficencia”. Intenté poner de acuerdo a las dos instituciones. Convencido de que en Abancay no estaba la solución, decidí viajar a Lima. Hablé, y me daban la razón pero no había resoluciones prácticas. Fui una y otra vez, no me cansé de insistir.

Al cabo de un año y siete de meses, cansado de buenas palabras, un día subí las escaleras del Ministerio de Salud, en Lima.” Ya se ha relatado al comienzo de este libro que llegó al despacho del doctor Zapata, un director general, que consiguió viajar a Abancay con un funcionario del Ministerio y registrar, por fin, la propiedad del terreno. Ahora faltaba hacer los planos. Para eso se puso en comunicación con el arquitecto Velaochaga, buen amigo suyo. Vivía en Lima y lo animó a ir a Abancay. Aceptó. Llevó al Cuzco al funcionario para que regresara a Lima en avión y en el mismo avión recogió al arquitecto. En el viaje de Cuzco a Abancay, le expuso cómo tenían pensado el Asilo. Así lo relata Enrique:

“La madre Celina me había pedido dos pabellones para hombres y uno para mujeres. Según su experiencia, los ancianos quedaban más fácilmente desprotegidos que las mujeres. La capacidad total del asilo se proyectó para 60 personas. También me dio unas referencias sobre el diseño de la cocina, el comedor, los servicios higiénicos, la capilla, una gran sala de estar y un solárium para tomar el sol. Y un pequeño dispensario de salud. Quedaba terreno para tener una pequeña huerta, donde los ancianos podían ocuparse y sentirse útiles. Reservamos un espacio para un establo donde había tres o cuatro vacas, veinte ovejas, una docena de chanchos, gallinas,

pavos. Algunos de los ancianos todavía estarían en capacidad de salir al campo, con vacas y ovejas, para encontrar pastos, como habían hecho toda su vida; eso, les ayuda a conservarse “jóvenes” y a contribuir algo al sostenimiento del Asilo. Todas estas peticiones se las trasladé al arquitecto en nuestro viaje de Cuzco a Abancay.”⁶³

El arquitecto fue muy bien atendido en Abancay. Vio el terreno, se hizo una idea de las necesidades y se volvió a Lima. En tres semanas llegaron desarrollados los planos del Asilo y Enrique contrató y dirigió personalmente los albañiles para comenzar su construcción. Lo financió, en gran parte, gracias a *Los amics d'Abancay*. En ocho meses se terminó una primera parte y pudieron instalarse allí un grupo de ancianos. El resto de las instalaciones se fue terminando poco a poco, conforme llegaban los recursos. La huerta y el pequeño establo fue una magnífica experiencia que animó la vida de muchos de los ancianos: rejuvenecían en esas actividades que habían hecho toda su vida y ahora las realizaban de acuerdo a sus posibilidades. Enrique los visitaba con frecuencia, disfrutaba conversando con los ancianos y ellos con él.

⁶³ Cfr. Enrique Pélach, ob. cit., p. 42

25. Los niños de la calle

Desde que Enrique llegó a Abancay, la ciudad y el departamento han cambiado mucho. Los índices de pobreza se han reducido, salvo algunas zonas que siguen estancadas. Lo que no ha cambiado es que la cumbre más alta sigue estando a 5,330 metros y la quebrada más baja a 1,700. En un determinado lugar entre Cuzco y Abancay, hay una sima de tres mil metros que, según dicen, bate records mundiales, porque se ve un nevado de más de cinco mil metros y, mirando al fondo, el río Apurímac, a dos mil. Más de tres mil metros de desnivel.

En las páginas que abren este libro se relatan dos escenas. Una se acaba de mencionar. La otra ocurrió cuando el Prefecto de Apurímac, entonces la máxima autoridad política, llamó, al obispo para mostrarle los niños que dormían en las rendijas de un edificio. Pasaban la noche donde podían, porque venían a la escuela los lunes, de caseríos cercanos a la ciudad, y regresaban a su casa los viernes. Esto impresionó profundamente a Enrique. “Aquella noche -comentaba- fue una de las pocas, siendo obispo, que casi no dormí.”

Decidió hacer algo rápido y buscó soluciones de emergencia. Escribió a Girona, movilizó nuevamente a los “*Amics D’Abancay*” y tocó todas las puertas que pudo. En la primera reunión

que tuvo con sacerdotes y religiosas contó el problema. Hubo un silencio intenso, que rompió una de las madres Dominicanas:

“-Estamos vendiendo el terreno del antiguo colegio; se han vendido ya dos lotes y quedan tres. Podríamos consultar a Alemania donar ese terreno.”

Por supuesto que Enrique aceptó el ofrecimiento. Hubo que hacer gestiones, no sencillas, pero finalmente se consiguió el terreno. Faltaba la construcción y la instalación. Se logró. Un año y unos meses después los niños tenían dónde dormir. Se inauguró el Hogar de Estudiantes “San Martín de Porres”, para sesenta estudiantes pobres. En otras ciudades de la diócesis había un problema parecido y también se abordó con fuerza. Llegaron a hacerse hasta doce hogares para niños. Uno de los sobrinos de Enrique, Francesc Pélach, lo relata así:

“Fui a visitarlo a Abancay, en varias ocasiones y en una de ellas Enrique me dijo: ven que te voy a enseñar una cosa. Y me llevó hacia un lugar en el que había en el suelo como unos arcos, de unos cincuenta centímetros de alto, con unas rejas. Eran respiraderos por donde salía aire un poco más cálido:

-Aquí vi a los niños protegiéndose del frío por la noche. Ahora tenemos un Hogar para sesenta estudiantes.

-¿Cómo haces para financiar el día a día de tantas actividades?, le pregunté.

-Mira, hay veces que me levanto y veo que no tengo para darles de comer. Entonces, me voy delante del Sagrario y le digo: Señor, son tus hijos. Yo ya no puedo hacer más. ¡Tú verás lo que haces! Y siempre lo resuelve. Te cuento algo: una vez le pedí a un comerciante unos sacos de papas y de arroz. Y no me los dio. Cuando me levanté por la mañana me dijeron que los había traído muy temprano. Tiempo después, este señor me contó lo que había ocurrido. Por la noche no podía dormir pensando en los sacos de papas que me había negado. Tomó la decisión de dármelos y pudo dormir. A la mañana siguiente, lo primero que hizo fue traer los sacos. Nos reímos los dos juntos, -cuenta Francesc-, pero todo eso que me contó Enrique de los niños durmiendo en la calle y la historia de los sacos no se me olvidará nunca”⁶⁴

⁶⁴ Conversación personal con Francesch Pèlach, Gerona, 17-X-2015

26. Un amanecer con sorpresa

En las visitas pastorales, Enrique se propuso llegar hasta los más pequeños poblados y caseríos. En cada lugar estaba un día. Llegaban a media tarde, se reunía la gente en la iglesia o en algún local y los preparaba, con cantos y rezos, para los sacramentos del bautismo, del matrimonio y la confirmación, que recibirían al día siguiente, en la Misa. Los pobladores llenaban la iglesia. La Misa se celebraba por los difuntos del pueblo del último año y se los nombraba. Al acabar, Enrique y los que lo acompañaban se quedaban conversando con la gente en la puerta de la iglesia, y saludándolos uno a uno. Enrique se detenía especialmente con los maestros y, si podía, acudía un rato a la escuela para hablar a los chicos y las chicas. Al mediodía partía para el caserío siguiente. Las autoridades de cada lugar se encargaban del alojamiento, durante la noche. Un amanecer resultó especialmente divertido; dejemos que Enrique lo cuente:

“Una de aquellas noches, nos esperaba con su lamparín de kerosene, uno de los vecinos, para acompañarnos a su casa, en donde nos alojaríamos. Abrió un portón, que daba acceso a un corral. Pasamos entre el ganado que estaba echado: media docena de vacas, unas pocas ovejas, unas cabras y varios chanchos. Entramos

en la casa, que era una sola habitación cuadrada. La habían dejado libre para nosotros. El techo era de paja brava, llamada ichu, sostenido por un palo plantado en medio de la habitación. El piso era de tierra, pero bien regado y barrido, que tenía la misma inclinación que la ladera del cerro. En el suelo, estaban extendidos cuatro pellejos para nosotros.

-Este -dijo nuestro anfitrión, señalándolo con su linterna- es para el obispo; aquellos dos, para los sacerdotes, aquél para el catequista.

Sacó la media vela que guardaba en su bolsillo, la encendió, hizo caer cera líquida en algún hueco de la pared de adobe, pegó la vela a la cera y la dejó prendida. Dando una mirada a su entorno, nos dijo:

-Tienen las cuatro camas y la luz de la velita. Si mañana quieren lavarse tienen la acequia en la puerta de la casa. ¿Les falta algo más?

-No, muchas gracias -contestamos los cuatro-

-Pues buenas noches, *pajarincama* (hasta mañana)

-*Pajarincama*, buenas noches, dijimos nosotros.

Como la entrada a la habitación no tenía puerta, al salir, como simbólica separación, puso tres palos, en forma de aspa, entre nosotros y el ganado. Y se fue.

Cada uno de nosotros nos metimos en nuestro saco de dormir y nos deseamos las buenas noches.

Al amanecer, entraron algunas cabras a curiosear a los nuevos huéspedes. Mi saco de dormir era de color verde lo que debió confundir a una de las cabras y empezó a mordisquearlo, acertando con el dedo gordo de mi pie y me dio un pequeño mordisco. Me incorporé asustado y debí gritar, porque la cabra también se asustó, dio un salto hacia atrás y cayó sobre uno de mis acompañantes, que dormía plácidamente y también gritó, con lo cual la cabra aumentó su susto, y de un gran salto, se volvió al corral, llevándose por delante los tres palos de la puerta de entrada. El alboroto inquietó a todo el ganado y cada cual prorrumpió con fuerza en sus sonidos característicos, formando una especie de orquesta animal. Al poco rato se tranquilizó todo y volvió el silencio característico de los pueblos andinos. Así fue como terminó una noche que hasta ese momento había resultado bastante tranquila.”⁶⁵

⁶⁵ Enrique Péllach, ob., cit., pp. 56-58.

27. En busca de sacerdotes

Ya tenía 65 años y seguía sus correrías andinas. En carta a un sacerdote amigo le decía: “Estuve de visita pastoral –diez días- cabalgando de un pueblo a otro, subiendo y bajando cerros entre los 3.000 y 4.500 metros de altura.”⁶⁶ En alguna fotografía, se ve a Enrique a caballo por los cerros, con el pelo cano, quizás cansado, pero sonriente. Era evidente que hacían falta más sacerdotes. Habían ido llegando algunos, pero no bastaban. Uno de los que llegó pronto, de Gerona, fue Miguel Guitart. Dejó su vida en Abancay y Enrique lo recordaba siempre con gran afecto:

“Poco después de llegar lo nombré vicario general y me ayudó mucho en todo. Luego, fue párroco de la catedral que comprendía la ciudad de Abancay y muchos pueblos y caseríos próximos. Era admirable su “alma popular”. Quería a la gente y se hacía querer. Fue capellán de las madres Carmelitas. Promovió tantas vocaciones que llegaron las religiosas a más de cuarenta, teniendo que fundar nuevos conventos.”⁶⁷

Llegaron también otros, que hicieron un trabajo magnífico y sacrificado. Es de justicia

⁶⁶ Carta, 26-VIII-1982

⁶⁷ Cfr. Enrique Pélach, ob., cit., p. 133-135.

mencionar a Isidro Sala, que fue su sucesor como obispo de Abancay, a un sobrino suyo del mismo nombre, a Jesús Alonso, a Demetrio Molloy y algunos más. Pero hacían falta más sacerdotes y Enrique se fue a buscarlos. Visitaba a obispos que ofrecían posibilidad de prestar sacerdotes. Les hablaba de Abancay y conversaban la posibilidad de que pudiese ir alguno de sus sacerdotes. Si la respuesta era afirmativa, se reunía con ellos. Les explicaba bien cómo era la geografía de Abancay y las condiciones del territorio. Les decía que buscaba sacerdotes con tres características: la primera, que fuesen sacerdotes cien por ciento, porque aunque iban a hacer mucha labor de ayuda social, por tratarse de zonas de extrema pobreza, lo más importante era su labor sacerdotal, catequesis, sacramentos, predicación. Y les haría falta tener un trato acogedor, paternal, con todas las personas, lo cual es muy propio del sacerdote. En segundo lugar, que tuviesen una salud adecuada al lugar donde iban a vivir, porque era clima frío, la alimentación sería distinta y la atención médica sería muy escasa. Les decía que no hacía falta ser excepcionalmente fuertes —él mismo no lo era- pero sí personas que se adaptasen a esas circunstancias. Y tercero que supiesen enfrentar circunstancias incómodas, con espíritu positivo y sentido del humor.

Precisamente esta última característica fue la que decidió a un sacerdote, cuando le oyó contar a Enrique la anécdota de la cabra. Entre las grandes risas de los presentes, él sintonizó con Abancay y se dijo a sí mismo: “ahí quiero estar yo”. Es evidente que su decisión no fue por eso, sino por el afán de ayudar a la Iglesia en una zona de misión muy necesitada de ayuda espiritual y material, pero le animó la alegría y sencillez con que el obispo relataba aquél ambiente. Estuvo varios años en Abancay, fue rector del seminario y canciller. Luego su obispo de Vigo, lo reclamó. Vigo es una ciudad al norte de España, lindando con Portugal, que está sobre una de las rías gallegas, en las que el océano Atlántico entra varios kilómetros en tierra. Son famosas por su belleza. En esa ciudad Enrique conversó también con un joven seminarista y lo invitó a ir a Abancay. No se interesó mucho por el proyecto. La vida da muchas vueltas y ocurrió lo que él mismo relata:

“Vi por primera vez a Monseñor Enrique el año 1971 o 1972. Visitó el Seminario donde yo estudiaba Teología. Recuerdo que nos dio una charla en el oratorio. Lo volví a ver un par de veces más por los años 80. En la primera ocasión me preguntó si estaba dispuesto a ir a misiones y trabajar en Abancay. No me interesé mucho. Años después, volví a verlo en una reunión de

sacerdotes y me preguntó dónde trabajaba. Al responderle que en el seminario, me dijo: quédate dónde estás, hace mucha falta trabajar bien en el seminario. Sin embargo, pocos años después, pedí permiso a mi obispo y viajé a Abancay. Monseñor Enrique me recibió con gran alegría y me encargó el seminario menor. Cuando yo llegué a Abancay, él bordeaba ya los 70 años y su salud no era buena, pero me llamó la atención su gran actividad. Además de su trabajo intenso como obispo, impulsaba las construcciones de templos y capillas. Se puede decir que su segunda vocación era de arquitecto.”⁶⁸ Luego, Dios quiso que ese sacerdote fuese el actual obispo de la diócesis, Gilberto Gómez.

La historia de Demetrio Molloy es interesante. Es irlandés. Se manejaba mejor en quechua que en castellano. Con otro sacerdote de habla quechua, tradujo el Nuevo Testamento a este idioma, lo cual facilitó a muchos sacerdotes de Abancay y de otras diócesis su trabajo en zonas en las que este idioma es habitual. Demetrio era un hombre alto y “gringo”, muy alegre, con fácil llegada para la gente, especialmente los más jóvenes. Formó un buen grupo de monaguillos. Se había traído de Irlanda videos de partidos de su equipo de fútbol preferido, el Celtic. Cuando

⁶⁸ Testimonio personal. Abancay. Sin fecha

regresaba más cansado de sus viajes o sentía nostalgias de su lejana patria, miraba y remiraba sus videos, a veces en compañía del grupo de monaguillos de su parroquia. Los goles se repiten desde diferentes ángulos, para que el televidente disfrute más de la jugada. Los monaguillos no estaban acostumbrados a estos medios técnicos y cantaban cada repetición como un gol, de modo que el Celtic ganaba siempre por ocho o nueve goles. Demetrio lo contaba con su peculiar castellano en las reuniones de sacerdotes, con gran éxito. Años después, en 1976, fue nombrado obispo de Huancavelica, una zona todavía más pobre que Abancay y más alta, en las punas andinas, y allí estuvo más de veinte años. Realizó una extraordinaria labor con los pobladores, en todos los sentidos. En los años del terrorismo, incrementó las ayudas sociales, que fueron muchas. Por ejemplo, organizó un centro para la atención de las mujeres que quedaban en situación de pobreza extrema. En quechua, el centro se llama “Ccori Soncco”, que significa “Corazón de oro”. Con ayuda de “Manos Unidas”, se construyó un edificio de dos pisos en que se les enseñó medios de vida, y se las ayudó en muchos aspectos, también en el aspecto médico.⁶⁹ Aquello

⁶⁹ Cfr. “Huancavelica en los Andes”, Mariano Hermida, pp. 67-68

era un hervidero de mujeres y siguió funcionando después del terrorismo. Demetrio Molloy dio gran importancia a los sacerdotes. Los atendía a cada uno. Formó un seminario en el que se ordenaron unos cuantos sacerdotes de la zona. Cuando este libro se escribe, sigue funcionando y siguen ordenándose sacerdotes en Huancavelica.

28. “Caritas” de Abancay

“Cáritas” es una asociación internacional católica, con base en Estados Unidos, pensada para dar ayuda económica, alimenticia y de ropa dedicada a países pobres en vía de desarrollo. Durante muchos años, ha hecho bien a millones de personas. Su eficacia depende, en gran parte, a la buena administración de la oficina de “Cáritas” en cada diócesis.

Cuando Enrique llegó a Abancay, puso especial interés en organizar bien esa oficina. La encargó a un sacerdote, con buenas cualidades para ese puesto, Jesús Alonso. Enrique conocía bien el tema porque en Yauyos, el prelado le había dado mucha importancia y había dado mucho juego en construcción de obras civiles, con el trabajo de los propios pobladores, en distribución de alimentos básicos para los niños y de ropas de abrigo en las zonas más frías. A veces se producen situaciones de emergencia, como desbordes de ríos por las lluvias, que originan los “huaycos”. Enrique relata la experiencia:

“Organicé en la diócesis el servicio de “Cáritas”, que no existía. Designé al padre Jesús Alonso como responsable diocesano. Su trabajo constante, ordenado y puntual supuso una ayuda importante, tanto en momentos de normalidad

como en situaciones de emergencia.”⁷⁰ La oficina funcionó con eficacia. Los directivos nacionales de “Cáritas” en Perú se fijaron en la oficina de Abancay y la tomaron como punto de referencia para otras diócesis. El aspecto más novedoso consistía en armonizar el trabajo de los pobladores con la ayuda de “Cáritas”, que aportaba materiales y dirección técnica. Por este sistema, se construyeron reservorios de agua para riego, carreteras vecinales, instalaciones de agua potable, además de la habitual distribución de alimentos y ropa, muy necesaria en estas zonas.

⁷⁰ Cfr. Enrique Pèlach, ob., cit., p. 131.

29. Viajes a Lima

Enrique ha dado muchas vueltas por la sierra, en sentido literal, porque para subir y bajar cerros hay que dar muchas vueltas. Cada viaje a Lima, desde Yauyos o desde Abancay supone dar varios miles de vueltas. Para ir desde Yauyos, se bajan ciento cincuenta kilómetros hasta la costa y allí se toma la carretera panamericana y otros ciento cincuenta planos y sin problema hasta Lima. En cambio, ir de Abancay a Lima era bastante más complicado porque son casi mil kilómetros. De ellos, unos quinientos son de tierra, hasta la costa, subiendo y bajando, y los restantes, por la carretera Panamericana, son buenos. En la actualidad, los kilómetros de sierra están asfaltados. En los tiempos en los que transitaba Enrique eran de tierra y en época de lluvias (diciembre a abril), se convertían en un barrizal. Los camiones hacían dos surcos profundos que dificultaban mucho a los automóviles (jeeps y camionetas). Algunos Volkswagen de aquella época se aventuraban por esas carreteras.

En sus viajes a Lima, Enrique salía a media tarde de Abancay hasta Chalhuanca, que está a unas dos horas. Chalhuanca significa en quechua “el paraíso del pescador”, porque se encuentra junto a un río muy truchero y sus orillas son

fáciles para la pesca. En esa parroquia visitaba a los sacerdotes y dormía allí. Al día siguiente, celebraba la Misa y reanudaba viaje. Subía a cuatro mil seiscientos metros de altura y, desde allí, bajaba hasta la costa. El paisaje es grandioso, normalmente hay un sol fuerte y un cielo muy azul. En la puna el silencio es total y se pueden ver rebaños de vicuñas y alpacas.

En los viajes no tenía problema para llenar las horas. No necesitaba radio o música. Charlaban, su conversación era muy variada y agradable, rezaban varios rosarios distribuidos entre las largas horas del viaje hacían unos ratos de oración y, por ratos, cantaban. Manejaba rápido, pero seguro. Iba rápido, porque desde joven, les gustaba ir rápidos a los hermanos Pélach. En los años posteriores a la guerra civil, uno de sus hermanos mayores tuvo el encargo profesional de trasladar automóviles nuevos, para su venta, de Barcelona a Girona. Pedía ayuda a sus otros hermanos y, según cuenta su hermana Remey, trasportaban los automóviles muy rápido. “Cuando se los conocía, -dice Remey- se les veía tranquilos, como mansas palomas, pero al timón de un automóvil o sobre una moto se trasformaban”.

Manejaba seguro porque se conocía las carreteras de sierra como la palma de la mano. En las carreteras de sierra, el peligro es el automóvil

que viene enfrente. Alguna compañía minera había puesto carteles que decían: “Desconfíe del otro conductor”.

Alguna vez, los que viajaban con él por primera vez, se inquietaban algo, como sucedió en este viaje que cuenta su hermana Remei:

“Venía un sacerdote que acababa de llegar a Abancay. A media tarde, Enrique propuso hacer un rato de oración; la comenzamos y él siguió haciendo su oración, por momentos en voz alta, sobre el evangelio del día, que contaba la parábola del hombre que tenía muchos bienes, había llenado sus graneros y se decía a sí mismo: come, bebe, date buena vida. Escuchó una voz interior que le dijo: necio, esta misma noche te pedirán el alma. El sacerdote debió sentir miedo por la velocidad y las curvas y dijo:

-No nos vaya a pasar a nosotros lo del hombre de la parábola.

Nos reímos los demás y procuramos tranquilizarlo”⁷¹

El padre Manuel Tamayo, que durante un tiempo viajaba con regularidad a Abancay, cuenta la experiencia de esos viajes:

“Cuando llegué a Abancay por primera vez me hizo lo que él llamaba *el recorrido turístico*.

⁷¹ Conversación con Remei Pélach, setiembre, 2016.

Lo llamaba así para quitarle importancia, a las obras sociales y pastorales que había en Abancay, que impactaban al visitante: Hogar del Estudiante, Asilo de Ancianos, Posta médica Santa Teresa, Clubes de madres, Seminario, iglesias remodeladas etc. Realmente impresionaba todo aquello, pero él le quitaba importancia con sus bromas. Era un excelente anfitrión. Muchas veces viajé con él a Lima. Estaba pendiente del que lo acompañaba para que el viaje le resultase agradable. En el trayecto contaba las historias de los pueblos por los que pasábamos y anécdotas edificantes que le habían ocurrido a él o a sus sacerdotes. La camioneta en la que viajábamos era grande, aprovechaba los viajes para llevar carga: unos muebles, colchones, etc. Me di cuenta de que la camioneta no tenía radio, ni casetera para ir escuchando música. Al llegar a Lima, alguien me ofreció regalarla. Cuando se lo comuniqué, en el viaje siguiente, me lo agradeció pero me dijo que no lo necesitaba, que él ya estaba muy bien acompañado en los viajes con el Señor y la Virgen y, además, se sentía muy acompañado con los que viajaban con él.”⁷²

Al llegar a Lima, no dejaba pasar las oportunidades para acercar las personas a Dios.

⁷² Manuel Tamayo, recuerdos personales, julio 2017.

Vale la pena relatar un suceso importante que ocurrió en uno de los viajes que hizo desde Yauyos, cuando llevaba allí poco tiempo. Un día, entró a rezar a una iglesia y se le acercó un muchacho. Dejemos que lo relate él mismo:

“Me llamo Víctor Morales. Era el mes de noviembre de 1959. Un mes antes había fallecido mi madre. Yo entré a la iglesia de la Merced para confesarme. No había ningún sacerdote en los confesonarios, pero había uno rezando en las bancas. Me acerqué a él y le dije: deseo confesarme. Me contestó que no era de esa iglesia y que tenía que pedir permiso para entrar a un confesonario. La sacristía estaba cerrada. Me dijo: si quieres te confieso aquí mismo, en la banca. Así lo hicimos. Me sentí a gusto con aquel sacerdote. Al acabar me habló de una residencia de universitarios que dirigía el Opus Dei, donde encontraría un ambiente de buenos amigos, deporte y orientación para mis estudios. No me interesó lo de los amigos, porque yo pertenecía a los *boy scouts* y allí tenía bastantes. No era nada deportista. En cuanto a mis estudios, tenía bien decidido seguir medicina en la universidad de San Marcos. Entonces él me dijo que vivía en Yauyos y no conocía bien Lima. Me pidió el favor de que lo guiase a la residencia de universitarios, que estaba en la avenida España. Quedaba cerca. Lo acompañé con mucho gusto. Allí me atendió un

ingeniero joven que trabajaba en las Empresas Eléctricas de Lima. Se presentó como Rafael Estartús y me explicó las actividades culturales del centro universitario. Me resultó interesante. Luego me presentó al sacerdote que atendía la residencia, quien me invitó el sábado siguiente a una charla que se daba en el oratorio, seguida de la bendición con el Santísimo Sacramento y el canto de la salve a la Virgen. Todo aquello me sonó a novedad. Fui el sábado y seguí asistiendo a diferentes actividades. Al año siguiente, pedí la admisión en el Opus Dei.”⁷³

Víctor Morales estudió medicina en San Marcos. Años después, fue miembro de la Academia peruana de Medicina y rector de la Universidad de Piura. Guarda un reconocido afecto por aquel sacerdote, Enrique Pélach.

⁷³ Conversación personal, Víctor Morales, noviembre, 2016.

30. Así nació el Seminario

La gran ilusión de Enrique era contar con sacerdotes originarios de su diócesis. Se apoyaba en la experiencia de Yauyos, donde habían conseguido tenerlos.

Sabía que era difícil pero no imposible, así que hizo el proyecto del seminario. En aquellos años posteriores al Concilio Vaticano II, la Iglesia entró a un período de crisis y los seminarios se vaciaban o se cerraban. Crear uno era como intentar un imposible. Enrique contaba la anécdota del “tonto” del pueblo que tiraba piedras a la Luna, con intención de alcanzarla. En el pueblo se reían de él. Ciertamente nunca alcanzó la Luna pero fue el hombre del pueblo que tiraba las piedras más lejos.

Comenzó el seminario en una casa alquilada, en Abancay, pero aquello no funcionaba. Llegaron a pensar que lo conveniente era desistir del intento y llevar los pocos chicos que tenían a otro seminario que ya funcionase. En estas ideas estaba, cuando le llegó la noticia de que el fundador del Opus Dei, Josemaría Escrivá, iba a venir al Perú. Le dio gran alegría. Pocos días después de su llegada, el 9 de julio de 1974, viajó a Lima para verlo:

“Tuve oportunidad de hablar a solas con él y le hice la consulta del seminario. Siempre me he

sentido muy querido por él y también mi cariño hacia él ha ido creciendo y acercándome más a Dios. Me escuchó atentamente lo del seminario y, como respuesta, me hizo una pregunta:

-¿Rezáis?

-Sí, mucho.

Y le conté cuánto se rezaba en la diócesis: que los primeros domingos de cada mes se dedicaban a pedir vocaciones, que los jueves pedíamos vocaciones en la Exposición del Santísimo, y que se ofrecían horas de trabajo y se pedía a los enfermos ofrecer sus sufrimientos, etc.

Me escuchó en silencio y luego me dijo con seguridad y firmeza:

-Muy bien, continuad rezando y tendréis muchas vocaciones para el seminario.

Había tanta firmeza en su respuesta, que con esta idea me regresé a Abancay. Continuamos rezando.

Casi un año después, falleció en Roma. Me causó una profunda conmoción. Pronto me di cuenta de que tenía un gran intercesor en el cielo. En la primera reunión con los sacerdotes, el párroco de Andahuaylas, comunicó:

-Hay dos chicos en mi parroquia que quieren venir al seminario.

Otro párroco dijo:

-Yo también tengo uno que quiere ser sacerdote

-En mi parroquia hay tres, añadió otro.

En la reunión estaba frente a mí Miguel Guitart. Nos miramos y pensamos lo mismo: Ya está san Josemaría actuando desde el cielo.

A esos se sumaron luego otros. En total, eran doce. Acordamos ir preparándolos en las mismas parroquias. Al mes siguiente, llegaron noticias de más y tomamos tres acuerdos: el primero programar un curso de formación y selección. El segundo encargar al obispo buscar un terreno para construir un seminario. Y tercero, después de tener el terreno, encargar a arquitectos de Lima los planos.

Al curso previo vinieron más de cuarenta chicos. Esto nos animó a buscar el terreno. Un día, vino el señor Jiménez y me ofreció su huerta a cincuenta soles metro cuadrado. Me dijo: Está aquí cerca, a dos cuadras. Podríamos ir a verla.

Me pareció el terreno ideal. Tenía más de dos hectáreas y había árboles frutales, bien cuidados. Aunque yo intentaba disimular, creo que se me notaba en la cara mi satisfacción.

-¿Me la compra?

-Bueno. A cincuenta soles metro cuadrado.

-No, monseñor; aquello fue una broma. A cien soles metro cuadrado.

Regateé un poco, pero el señor Jiménez había visto mis ojos, que se habían puesto grandes como

las naranjas de huerta, y ya no quiso rebajarme nada.

Acepté. Había una “pequeña” dificultad: el señor Jiménez pedía ochenta mil soles, como primer pago y yo solo tenía cuatro mil. Y lo quería urgente.

No sabía qué hacer. Recé e hice rezar. Llamé por teléfono a Girona, a mi hermano Lluís y le expliqué el asunto. El padre Miguel Guitart también movió a sus familiares y amigos en Girona. Ambos llevaban, con otros, la asociación “*los Amics d’Abancay*”. Ochenta mil soles era mucho dinero pero asumieron el reto.

El señor Jiménez urgía porque debía hacer un viaje. Una vez más me lancé. Fuimos juntos a la notaría y allí le entregué un cheque por 80.000 soles, sin tenerlos. Le comunicué que estaría sin fondos hasta el dos de enero. Mientras tanto, en Abancay rezábamos y en Girona hacían las gestiones. El dos de enero no pudo ser pero el diez sí, los ochenta mil. El terreno era nuestro. Aunque faltaba pagar doscientos cuarenta mil más y luego, financiar la construcción.

Encargué los planos a la compañía Haaker-Velaochaga, dándoles un diseño esquemático de lo que queríamos y una lista de necesidades. Deseábamos dos edificios separados, el seminario mayor y menor, en medio de jardines y frutales.

Les dije que deseaba una construcción sencilla, con mucha luz.”⁷⁴

Hasta aquí el relato de Enrique. Pasaron tres meses y llegaron los planos de la construcción. Faltaba pagar tres cuartas partes del terreno y no tenía cómo. En abril se realizó la primera reunión del año con los sacerdotes y ocurrió esto, que sigue relatando Enrique:

“Llegaron los sacerdotes para el retiro mensual y la reunión de pastoral. Les mostré el título de propiedad del terreno y nos fuimos a recorrerlo. Vinieron también algunas religiosas de las que hay en Abancay, que rezaban muchísimo por el seminario y los sacerdotes. Todos estaban entusiasmados. Mientras recorríamos el terreno, probando la fruta de aquí y de allá, con el plano general abierto, les iba mostrando donde iría cada edificio: el seminario menor aquí, el mayor allá; los comedores en la parte alta del terreno, las capillas, la zona deportiva. El entusiasmo iba en aumento.

Al terminar la descripción, como si ya estuviera hecho, hubo aplauso general.

-Ahora ¡a comenzar las obras!-dijo uno

-¡No! -dije yo- Primero tenemos que conseguir dinero. Ahora, no puedo pedir más a Gerona.

⁷⁴ Cfr. Enrique Pélach, ob., cit., pp. 103-106

-Entre todos, podremos darle para comenzar.

Ahí intervinieron unas religiosas alemanas:

-Sí, monseñor. Comience el seminario, lo necesitamos; rezaremos y pediremos ayuda a Alemania.

Insistieron todos y por fin cedí. Pocas semanas después, un lunes comenzaron las obras con veintitrés obreros, que teníamos que pagar cada sábado. A pocos iban llegando ayudas hasta que llegó una fuerte de “Adveniat”, una institución alemana, y en algo más de un año se completó la construcción. Cuando acabó, yo no sabría explicar ni cómo pagamos el terreno ni cómo habíamos hecho los edificios, pero ahí estaban”⁷⁵

⁷⁵ Cfr. Enrique Pélach, ob. cit., pp. 107-108

31. El Seminario menor

Sucedió que el seminario mayor ocupó todo lo construido y dejó sin espacio al menor. Había que volver a empezar. Enrique cuenta:

“Viajé a Lima y fui a ver al Provincial de los franciscanos en el Perú. Ellos tenían en Abancay un terreno de casi una hectárea. Habían construido la primera planta de un convento y no habían seguido.

Le pedí que me dejara construir tres salas dormitorio sobre la primera planta construida, para así poder aceptar las nuevas vocaciones sacerdotales; y a la vez les cuidaríamos la propiedad. Muy comprensivo, me dijo que sí, pero que lo que construyera, a los cinco años quedaba para los religiosos franciscanos.

No me gustó la idea pero tuve que aceptar. Construí y puse camas para treinta chicos. Se llenó. Al año siguiente, vinieron más chicos y tuve que pedir nuevo permiso para construir otras tres habitaciones. Viajé a Lima, busqué al padre Provincial, puso la misma condición y tuve que aceptar.

Cuando se acercaba el tercer año, no quería que sucediese lo mismo. Había que lograr soluciones más definitivas. Entonces pensé un plan distinto. Viajé a Lima y me presenté al Provincial con tres propuestas. La primera, le dije,

que me alquilara aquella propiedad a un precio que yo pudiera pagar, y por largo tiempo, ya que era para el Seminario Menor.

No dijo nada y esperó la segunda.

La segunda, que me lo vendieran. Lo iría pagando, poco a poco, cuando pudiera.

Tampoco dijo nada. Yo también guardé silencio. Fue él quien preguntó:

-¿Y la tercera?, preguntó sonriendo el padre Provincial.

Pues, que si ustedes no necesitan aquel terreno, ni les urge el dinero, que me lo regalen y harán un gran servicio a la diócesis y a la Iglesia, porque es para formar futuros sacerdotes.

Ahora, el que se quedó callado fue él. Hasta que me dijo:

-Póngame las tres propuestas por escrito.

-Se las llevé ese mismo día, nos despedimos amablemente y me volví a Abancay, rezando por el Seminario Menor. Las religiosas y los sacerdotes rezaron mucho por lo mismo. Solo cabía esperar.

Pasaron varias semanas y el mismo padre Provincial me comunicó que, habiendo hecho la consulta a todos los conventos de la provincia franciscana, la respuesta había sido:

-Nosotros no lo necesitamos y el obispo de Abancay lo necesita para formar vocaciones sacerdotales; pues que se le dé.

Tuvimos una gran alegría.

En agradecimiento y recuerdo de los padres franciscanos, el seminario menor se llama san Francisco Solano.”⁷⁶

⁷⁶ Cfr. Enrique Pélach, ob. cit., pp. 112-113.

32. Leprosos en el siglo XX

Por aquellos años, en Abancay había un hospital público, con pocos recursos y pocos médicos. Por eso, se instaló en el asilo de ancianos un tópico para atender urgencias médicas y asuntos menores. Cada día acudían más personas. Un día se presentaron allí tres leprosos. La Madre Celina hizo lo que pudo y los atendió con alimentos y medicinas. Estos pasaron la voz a otros y pronto fueron doce y luego más de cincuenta los enfermos de lepra, que acudían al tópico del asilo. Enrique estaba al tanto de todo y pensaba qué podía hacer. Trató el problema en la reunión con los sacerdotes. Decidieron acometer la construcción de un Centro Médico, sabiendo que eso eran palabras mayores porque suponía médicos, enfermeras, una implementación costosa, además del terreno y la edificación.

Ya se había metido en iniciativas difíciles de mantener. Pero ahí estaban los enfermos. Sin ver el panorama claro, comenzó la construcción del Centro Médico, pidiendo diversas ayudas. Fue despacio. Tocó puertas en diversos países y diversas instituciones. Dos años después, consiguió que una institución alemana de prestigio, se interesase en el proyecto, aportando ayuda económica y becas para personal médico. Se sumó otra institución, la Mission Medeor, que

envió especialmente medicinas. También se consiguió interesar al Ministerio de Salud del Perú, con el que se firmaron algunos convenios. Poco a poco se fue implementando el Centro Médico, que se denominó Santa Teresa. No solo se atendía a enfermos de lepra, sino otras enfermedades frecuentes en la zona como tuberculosis y Hepatitis B. Llegaban también de pueblos de la provincia. Algunos podían pagar algo por el servicio, pero otros no. Enrique indicó que se atendía a todo el que llegaba, pudiese pagar algo o nada.

La principal dificultad era conseguir médicos y enfermeras. Enrique siempre ha dejado constancia de la generosidad del doctor José Lizárraga, uno de los primeros médicos que trabajaron allí y lo hizo durante muchos años. A veces, se desplazaba a caballo hasta lejanas comunidades para atender enfermos. También recuerda con afecto y agradecimiento al doctor Javier Cárdenas, que se ordenó más tarde sacerdote en la diócesis de Arequipa. Y nunca puede olvidarse de Hugo Esquivel y Lucía Bobbio, que tienen su propia historia que contar.

33. Lucía Bobbio y Hugo Esquivel

Paucartambo es un bello distrito cuzqueño, alejado de la capital del departamento. Ahí estaban Hugo y Lucía, cumpliendo sus años de residentado médico. Vivían en Lima. Los dos habían terminado medicina. Habían contraído matrimonio hacía poco y se trasladaron a Paucartambo. Se hicieron muy amigos de un sacerdote, Jaime Payeras, que cumplía allí su labor sacerdotal. En uno de los viajes a Abancay, Enrique le enseñó el centro médico. Al terminar la visita, Jaime le dijo: “tú necesitas a Hugo y Lucía”, y le contó quienes eran. Por lo que dijo de ellos, Enrique se interesó mucho. Un día que los dos fueron a Abancay, los buscó. Dejemos que Hugo cuente el encuentro con el obispo:

“Por el anillo y la cruz pectoral dedujimos que se trataba de un obispo. Nos preguntó si nosotros éramos Lucía y Hugo Esquivel. Lo hizo en un tono muy familiar, nos resultó agradable. Le dijimos que sí. Acto seguido nos dijo, directamente y sin preámbulos, que deseaba que trabajásemos en el dispensario médico del obispado de Abancay.

-Pero si usted no nos conoce

-Bueno, eso tiene arreglo, nos dijo.

Así iniciamos una conversación, que fue larga y que recordamos, con agrado. Al acabar, nos

invitó a cenar con otros sacerdotes que vivían en el obispado. La cena nos sorprendió. Se les veía alegres, se hacían bromas entre ellos de las que participaba con toda naturalidad el obispo. Parecían y eran una familia.

Al día siguiente, nos invitó a conocer las obras de acción social y sacerdotal en Abancay. El recorrido nos dejó impactados. Incluyó una visita al convento de las madres Carmelitas. Nos imaginamos mujeres tristes, poco habladoras; nada más alejado de la realidad, eran alegres, bromistas. Enrique les habló de la posibilidad de que trabajáramos en el Centro Médico y ellas se alegraron, pensando en el Centro Médico y también pensando en que Lucía las atiende a ellas. Al despedirnos, el obispo, muy ‘pillo’, les pidió que rezaran para que nos quedásemos.

Fuimos al asilo de ancianos. Nos llamó la atención, el afecto y la cercanía con que el obispo trataba a los que estaban allí, cómo se interesaba en el trabajo que hacían en la pequeña chacra, les bromeaba, levantaba su ánimo. Luego pasamos por el comedor infantil, que comenzó con cien raciones diarias y se incrementó a doscientas. Era una de las actividades que daba más dolores de cabeza al obispo, por la exigencia del día a día. Recorrimos el Hogar de la Madre. Luego fuimos al Seminario. Notamos que trataba a los chicos por su nombre. Al atardecer, nos invitó a asistir a

la Misa que iba a celebrar en la catedral. Lo vimos totalmente metido en lo que estaba haciendo. Al salir, nos miró a los dos sonriendo y nos dijo:

-Bien, y...?

Nosotros estábamos acabando lo que se llama el Serum, el servicio médico nacional y pensábamos regresar a Lima. Quedarnos en Abancay suponía un retraso considerable. Nos miramos Lucy y yo. Lucy me animó con su mirada. Creo que fue la primera vez en que sentí que nuestros pasos no nos pertenecían, que había alguien moviéndolos desde arriba. Será lo que Dios quiera, pensamos. Decidimos quedarnos. Era octubre de 1990, todavía en la época terrorista y Abancay era uno de los lugares más afectados.

El obispo nos habilitó una pequeña casita dentro del terreno del comedor infantil, para que viviésemos mientras estuviésemos en Abancay. Algunas tardes, don Enrique pasaba por nuestra casa. Quería saber cómo estábamos, cómo percibíamos la realidad y si necesitábamos algo. Recuerdo que se preocupaba por nuestra seguridad y nos recomendaba no salir de Abancay. Él nos relataba sus años de Yauyos, sus viajes misionales, cosas de su vida. Sin darnos cuenta, nos iba catequizando y formando. A veces le hacíamos preguntas un poco difíciles: monseñor ¿no piensa que le podrían estar engañando, en el centro médico cuando la gente

se hace pasar como indigente y que no puede pagar? Me impresionaba su respuesta, con total paz y serenidad; nos decía: prefiero confiar, sabiendo que me pueden engañar, que vivir desconfiando, o cometer una injusticia.

Cada vez venían más personas al Centro Médico. Desde las cinco de la mañana se formaba una cola en la puerta. Si iban es porque sabían que allí los atendían bien y los consideraban. La gente de la sierra es poco expresiva y no manifestaban sus sentimientos, pero lo más elocuente es su actitud: iban y confiaban en nosotros.

Abancay crecía cada vez más. La violencia causada por “Sendero Luminoso” hacía que muchos buscaran refugio en Abancay. Nos enteramos de que algunos de los que atendíamos en el Centro Médico eran familiares de terroristas. Nos decía monseñor Enrique que los atendiéramos lo mismo. Cada vez crecía más el grupo. Había también un biólogo, el doctor Walter Holgado, encargado del laboratorio y nos ayudaban estudiantes de Medicina de la Universidad de Navarra, de España, que venían a hacer sus prácticas y a conocer nuevos ambientes. Su experiencia en Abancay les cambiaba la cabeza y su vida.”⁷⁷

⁷⁷ Conversación personal, Lucía y Hugo Esquivel, Lima, febrero, 2017.

Hasta aquí el testimonio de Lucía y Hugo Esquivel.

Pero hay otros. Entre ellos, merece incluirse el de Elena Varillas, quien viajó desde Lima, con un grupo de chicas jóvenes para conocer las actividades de ayuda social de Enrique. Él mismo las acompañó a visitar el Centro Médico. A Elena le impactó especialmente esta escena, muy expresiva del afecto con que trataba a los enfermos, sin temer para nada su contagio. “Llegó una señora, vestida con sus polleras multicolores, y con señales evidentes de la lepra. Don Enrique se dirigió con afecto hacia ella, la llamó por su nombre, le tomó sus manos, muy deterioradas por la enfermedad, le preguntó si mejoraba con el tratamiento. Luego ella inclinó su cabeza al pecho del obispo, él la abrazó y le dio la bendición, luego le hizo la señal de la cruz en la frente y la acompañó al consultorio.”⁷⁸

Eso era el Centro Médico por los años 1990. Fue creciendo poco a poco. El año 2006, dio un paso muy importante, gracias al apoyo de una institución italiana, el Instituto de Cooperación Universitaria de Palermo. Enrique, ya acercándose a los noventa años, tuvo la alegría de asistir a la inauguración de unas modernas instalaciones adecuadas a los tiempos y mucho

⁷⁸ Testimonio personal, Lima, noviembre 2018.

más amplias. A ellas se añadió el Centro oftalmológico Enrique Pèlach. Forman un complejo importante. La calle donde se encuentran la Clínica y el Centro Oftalmológico se llama actualmente calle Enrique Pèlach.

34. “Mi amigo impresor”

En las reuniones mensuales, los sacerdotes vieron la necesidad de hacer publicaciones sencillas, adecuadas a la mentalidad de las gentes, de modo que pudieran dejarles algo para leer, porque las visitas a los pueblos eran rápidas.

Enrique recogió la idea y fue pensándola despacio. Con un pequeño grupo se puso a trabajar. El resultado fue un buen número de publicaciones, que interesaron en otras diócesis y se difundieron con muchos miles de ejemplares. No se hubieran podido hacer sin la amistad que tenía Enrique con un impresor. Una historia que no comenzó bien. Así la relata Enrique:

“Cuando estaba en la Prelatura de Yauyos, en 1962, publicábamos semanalmente la Hoja Dominical, en plan muy informal. El prelado, Ignacio Orbezo, había lanzado el reto a los sacerdotes, en su estilo peculiar. Nos decía: “poca cosa serían ustedes si no fueran capaces de hacer una Hoja Dominical, por lo menos de cuatro páginas.” El reto fue acogido, la Hoja empezó a vivir, luego a crecer y los sacerdotes se animaron a hacer una revista. Tengo que reconocer que yo fui el principal impulsor de la revista. Además, quería que estuviese bien impresa, porque así interesaría a más gente y podríamos hacer mucho bien. Ilusión no nos faltaba. Yo deseaba llegar

preferentemente a los maestros, primero porque eran nuestros buenos amigos y, luego, porque, formándolos a ellos se llega a la juventud, que son el futuro. Cuando tuve la revista bien diseñada, me dirigí a una de las mejores imprentas de Lima. Entonces solo había dos o tres de calidad. Fui una tarde, al filo de las seis. La puerta estaba ya cerrada, pero había luz dentro. Toqué la puerta. Se acercó un joven y le manifesté que deseaba ver al propietario y gerente de la imprenta. Fue a buscarlo. Esperé rezando unas avemarías.

Tiempo después, el mismo joven me contó divertido, que cuando esa tarde me anunció al dueño y gerente, dijo:

-¿Un cura? Querrá que le regale mil estampitas.

El mismo dueño me abrió la puerta, con cara de pocos amigos. Nos saludamos y me dijo fríamente:

-¿Qué desea?

Le expliqué que deseaba editar seis mil ejemplares de una revista.

-No me interesa, respondió secamente.

-Pero a mí, sí –le contesté en tono amable- y acostumbro a pagar lo justo.

-Con los curas no se puede hacer negocio, me dijo.

-Según como lo mire, de tejas para abajo quizá no, pero de tejas para arriba, le aseguro que sí.

Cambió la expresión de su cara, me tomó del brazo y me llevó para su despacho.

Nos sentamos en unos sillones y comenzamos a conversar de temas personales que le interesaban mucho. De la revista no hablamos nada. La conversación duró dos horas largas.

Al despedirme, me dijo:

-No se preocupe de la revista. La imprimiremos y le regalo los primeros seis mil ejemplares.

-¡No por favor!, le dije

-Algún negocio tengo que hacer de tejas para arriba, me dijo muy convencido.

Así comenzó nuestra amistad. Su nombre es Raymundo Susaeta, un hombre conocido en el mundo editorial. Me fui para casa, rezando por aquel hombre que Dios había puesto en mi camino. También recé por la bendita revista. Nuestra amistad fue creciendo con los años. De la revista, llegamos a editar 30.000 ejemplares por número.

En la imprenta fui conociendo a todos los trabajadores. Mi amigo se interesaba por los problemas humanos de todos sus empleados, cosa que no sucedía antes. Un día me dijo:

-Le ruego que se acerque a aquél, sé que tiene problemas en su familia.

Otro día entré a un cuarto oscuro para ver una composición de fotos, tal como se hacía en aquella

época. El que estaba dedicado a este trabajo me preguntó directo:

-¿Qué le ha hecho usted al patrón?

-Nada. ¿Por qué?

-¡Cómo que nada! ¡Es otra gente!.

Me reí de su comentario, pero él dijo algo más:

-Yo quisiera que usted me cambiara a mí, pero le será difícil.

-No exageres; dime qué te pasa.

Y allí mismo, a la tenue luz del foco rojo, comenzó a contarme su vida. Más tarde, fuera de su trabajo, continuamos la conversación.

Un día, al salir de la imprenta, me detuvo otro empleado.

-Quiero pedirle un favor.

-¿De qué se trata?

-Tengo un problemón con mi esposa, y el señor Susaeta me ha dicho que usted me lo puede resolver.

Aquella noche fuimos a su casa, que estaba un poco alejada. Esa historia fue larga pero terminó bien.”⁷⁹

En la revista, Enrique tenía dos públicos preferidos: los maestros y los enfermos, que – como él decía- “necesitan siempre un cariño y atención especial.” Había una columna que

⁷⁹ Cfr Enrique Pélach, ob., cit., pp. 126-129

titulaba “Carta abierta a los enfermos”. Les escribía con cariño, y les hablaba “de ese tesoro de vuestro dolor”. Les contó en uno de sus artículos que “santa Teresa de Lisieux es la gran patrona de las misiones, no por haber ido a tierras de misión, que no fue nunca, sino por haber ofrecido con amor por todo el mundo las pequeñas cosas de cada día, su mortificación y su enfermedad. Fue la gran misionera desde su cama.” Y les animó a los enfermos a hacer lo mismo. Les decía en una columna: “da sentido positivo a tus dolencias, vive con afanes de redención y serás feliz. Si quieres, escíbeme, cuéntame tu estado de ánimo, dime lo que te pasa y así me das la oportunidad de contestarte, de rezar por ti y de hacerte un bien.”

En estas gestiones estaba Enrique, cuando fue nombrado obispo de Abancay. Allí, siguió con su talante de escritor y su afán por difundir la doctrina católica en ambientes populares. Cuando llevaba muy poco tiempo de obispo, se embarcó en una aventura que lo iba a llevar mucho más lejos de lo que él pensaba. Con su grupo de trabajo, lo pensaron bien, hicieron una buena selección de doctrina y rezos, que lo entendía todo el mundo. No estaba ni siquiera encuadernado, solo engrampado. Lo llamaron “*Guía Cristiana*”. Enrique decidió ofrecerlo a todas las diócesis del Perú, con esta peculiar carta:

“... Les ofrecemos, al precio de un caramelo, un texto breve de oraciones, puntos doctrinales y prácticas de piedad, que puede ser un compendio para chicos y adultos. Los pedidos tendrán que ser a partir de 500 ejemplares. El precio de venta al público lo dejamos a su criterio. En Abancay lo venderemos a diez soles que es lo que cuesta un caramelo (equivalente actual sería unos 30 céntimos de sol, unos diez céntimos de dólar)”⁸⁰ Llegaron a los dos millones de ejemplares y se difundió en varios países.

Siguieron las publicaciones. A Enrique le gustaba acompañar la catequesis con canciones populares. Le gustaba cantar y lo hacía bien. Procuraba que esas canciones, en los actos de culto, no se extendiesen demasiado y que ayudasen a rezar. De ahí salió otra publicación muy difundida, “*Rezar y cantar*”, que contenía oraciones y canciones, y que le mostró un vez a san Juan Pablo II.

⁸⁰ Carta a obispos del Perú, 22-VIII-1970.

35. Entrevistas con san Juan Pablo II

La conferencia episcopal peruana encargó a Enrique y al obispo de Huánuco, monseñor Kuhner, un catecismo sencillo que pudiese recoger la doctrina de la Iglesia Católica, con las aportaciones del Concilio Vaticano II. La primera edición se publicó en 1975 y durante muchos años tuvo gran difusión en el Perú y en otros países. Se hicieron unos 100.000 ejemplares.

Dejó de difundirse cuando se publicó el Catecismo de la Iglesia Católica, en 1992, especialmente cuando se publicó el Compendio de ese Catecismo, de tamaño más reducido.

Como es sabido, los obispos van a Roma cada cinco años en sus visitas llamadas “*ad limina*”. En aquellos años, cada obispo disponía de unos pocos minutos de entrevista personal con el Papa. Enrique se entrevistó varias veces con san Juan Pablo II. En una de las primeras, quiso expresar gráficamente la geografía de su diócesis y entró con un papel arrugado en la mano, que simulaba el perfil de la cordillera de Los Andes. Le contó de sus viajes y sus visitas pastorales a pueblos y caseríos en los que raramente llegaba un sacerdote y puso de relieve la bondad y el agradecimiento de sus habitantes.

En otra visita le habló del seminario de Abancay y de las ordenaciones sacerdotales. Eran

años difíciles para las vocaciones sacerdotales y religiosas, años difíciles que todavía continúan. Se alegró el Papa, lo animó a seguir y le dijo: “ése es un seminario floreciente”.

En otra entrevista, le mostró alguna de sus publicaciones. Eligió las tres que consideraba más importantes: la *Guía Cristiana*, *Rezar y Cantar* y el *Catecismo*. El Papa se fijó en una de ellas. Así lo cuenta:

“Le mostré las tres publicaciones. Tomó el ejemplar de *Guía Cristiana* y la ojeó página por página, mientras hacía algún comentario del texto. Al cerrar la Guía, me dijo:

-Esto es lo que interesa; ¡conviene que la gente sepa rezar y que rece! Se la voy a bendecir.

Juntó las manos, se recogió un momento y trazó devotamente la señal de la cruz sobre la Guía Cristiana. Me quedé emocionado y feliz por tan augusta bendición. ¡Qué duda cabe que bendecía también a los lectores! Luego, me animó a seguir publicando libros buenos.”⁸¹

⁸¹ Enrique Pélach, ob., cit., pp. 130-131

36. Quince años de obispo

Enrique se hizo un personaje conocido en Gerona. Las cartas de sus correrías por los Andes del Perú circulaban de mano en mano. Se hacían copias y copias de copias. Enrique, cuando podía, viajaba a Girona.

En uno de sus viajes, cuando ya había cumplido quince años de obispo, le pidió una entrevista el diario “Los Sitios”, que salió a página completa el domingo 13 de mayo de 1984.

En su conversación con la periodista, da una mirada de conjunto a los años pasados. De entrada, la entrevistadora deja constancia de que “sus días en Gerona no son exactamente de vacaciones”, porque se dio cuenta del ritmo de acción de Enrique, tanto en Gerona como en otras ciudades, para sacar adelante “unos proyectos, ideas y trabajos que lleva entre manos, que parecen muy bien preparados”.

En sus primeras palabras, Enrique presenta su objetivo principal que es la ayuda a las personas: “Tenemos una diócesis con muchas dificultades y muchas necesidades. Nuestra misión pasa por la acción social, por la ayuda a las gentes.”

Luego destaca que entre los veintisiete sacerdotes de la diócesis hay tres procedentes de Girona. Y se va a un tema muy querido para él, que es la preocupación por la salud. Menciona que

la atención del Estado es escasa, “hay solo dos hospitales en todo el departamento.” Cuenta que ha instalado la Posta Médica Santa Teresa, que atiende a enfermos de una dolencia ya casi desaparecida del universo: la lepra, pero hay enfermos de lepra en Abancay. Dice que además de combatir esa enfermedad, desea que la Posta Médica se extienda a todos los campos de salud y añade que hay otros cinco puestos asistenciales médicos en la diócesis.

Agradece muy vivamente la ayuda de las religiosas, a las que dedica palabras entrañables: “una actividad pastoral sin religiosas es como un hogar sin madre”. Y manifiesta su alegría por la cantidad de vocaciones religiosas que hay en la diócesis.

“¿Y los sacerdotes?”, pregunta la periodista. “Hemos rezado mucho. Nos ha costado mucho. El pasado mes de diciembre se han ordenado los dos primeros y otros dos se ordenarán próximamente.”

Manifiesta su cariño al Perú. Enrique lleva ya veinticinco años y, sin dejar de ser catalán, se ha hecho un peruano más: “mi agradecimiento al Perú por haberme concedido la nacionalidad y estimo al país con toda mi alma.”

También le preguntan sobre la relación entre la Iglesia y el Estado: “Tenemos excelentes relaciones con el Estado, pero cada uno en su

puesto respectivo. Hay convenios, especialmente en el campo médico, en la acción contra la lepra.”

Mari Carmen Pélach, sobrina de Enrique, es quien me muestra la entrevista, mientras me la va comentando. Es bien visible el cariño hacia su tío. Me dice que desearía mostrar otra entrevista distinta, que no la tiene, pero me la cuenta. Recuerda que en esa entrevista, el periodista no estaba muy a favor porque lo encontraba a Enrique demasiado “espiritual”. Era la primera vez que lo veía. Me dice que su tío se dio cuenta rápido y cambió la situación. Le dijo: “mira, cuando llego a un sitio, lo primero que me preocupa es el cuerpo de las personas, su situación material, luego, cuando ya he comenzado a ayudarles en eso, me preocupo del alma.” Le detalló las distintas actividades sociales y de ayuda que tiene en Abancay. Cuando terminó de contarle el “recorrido social”, el periodista había cambiado completamente su opinión inicial.⁸² Era evidente que, como obispo, se ocupaba también del alma de las personas desde el primer momento. En concreto, puso los sacerdotes como primera prioridad, cuya misión es cuidar de la vida espiritual de las personas, al mismo tiempo

⁸² Conversación personal con Maria del Carmen Pélach, Gerona, España.
octubre, 2015

que su vida material. Lo que Enrique le dijo al periodista era un modo de hacerle entender esto, que le interesaban tanto las necesidades espirituales, como las materiales.

37. Los años del terrorismo

Ya llevaba Enrique más de diez años de obispo, cuando explotó en el Perú, en 1980, la violencia terrorista, “Sendero Luminoso”. Fueron años muy duros, especialmente en el sur del país, donde está Abancay. El lector se preguntará qué pretendía “Sendero Luminoso”.

En su estilo sencillo, lo explica la Enciclopedia Wikipedia, “la meta de Sendero Luminoso es reemplazar las instituciones peruanas, que considera burguesas, por un régimen revolucionario campesino comunista.” Su actividad “incluye violencia contra campesinos, dirigentes sindicales, autoridades elegidas popularmente, así como ataques a los bienes privados e infraestructura nacional (voladura de torres de alta tensión, destrucción con explosivos de carreteras, puentes, ferrocarriles, refinerías, etc.) y a la población civil más pobre. Durante este período se ocasionaron pérdidas económicas de más de 42.000 millones de dólares.⁸³ Las pérdidas de vidas se calculan entre cincuenta y sesenta mil⁷ y más de un millón de personas salieron huyendo

⁸³ Enciclopedia Wikipedia, voz “Sendero Luminoso”.

de sus pueblos y caseríos, hacia poblaciones importantes, buscando mayor seguridad.”

Esa es una descripción que una gran mayoría de habitantes adultos del Perú de aquella época, dará por buena. Pero acudiendo a fuentes informadas con mayor profundidad, cito algunos breves párrafos de un artículo muy completo, titulado “la ideología de Sendero Luminoso” de Krehoff:

“Guzmán reclamaba para sí nada menos que la verdad universal. Él se creía poseedor de la verdad que, como tal, no permitía críticas ni alternativas. Ser senderista implicaba renunciar incluso a la propia individualidad y aceptar la sumisión absoluta a la doctrina y jerarquía del partido. Incluso la propia muerte debía ser aceptada como una “cuota” para la revolución. Los senderistas se referían a Abimael Guzmán como “el más grande marxista viviente del mundo. Desde fines de 1983, Guzmán se hacía llamar “presidente Gonzalo” y estableció el “pensamiento Gonzalo” como “pensamiento guía”. Sendero nunca creyó en la democracia. Más bien, creyó en la “fecundidad de la violencia”. Una muestra de ello es lo que refiere el informe de la Comisión de la Verdad y Reconciliación. El tres de abril de 1983, alrededor de 60 senderistas ingresaron al pueblo de Lucanamarca armados con hachas, machetes, cuchillos y armas de fuego. Asesinaron a 69

campesinos, hombres, mujeres y niños, por haberse rebelado contra Sendero Luminoso (Informe final, VII, 43-52).”⁸⁴

En los pueblos, la vida de los campesinos era muy difícil. Algunas veces, además de la violencia y los asesinatos, los terroristas quemaban las cosechas. También, se llevaban niños de trece o catorce años para integrarlos en la guerrilla.

Por los pueblos pasaban patrullas de terroristas y patrullas del ejército, que interrogaban a los pobladores para obtener información sobre los lugares por donde se movían los terroristas. Los campesinos estaban enterados pero temían hablar porque sabían que Sendero amenazaba a los “soplones” con la muerte. Algunas patrullas del ejército, en su afán por obtener información, cometieron abusos. Los pobladores, sobre todo mujeres y niños, huían de sus pueblos hacia las ciudades, donde se sentían más protegidos.

Y en este escenario violento, ¿qué actitud tuvo Enrique? Primero dio personalmente un buen ejemplo de serenidad y de seguridad. Dijo a los sacerdotes que seguirían su trabajo como antes, atendiendo espiritualmente a todas las personas,

⁸⁴ B. Krehoff, “La ideología de Sendero Luminoso”, 28.XI.2006.

sin preguntar de qué lado estaban, y haciendo los viajes necesarios. Y además, ante las nuevas circunstancias, fortaleció las ayudas de tipo social que ya existían y comenzó algunas nuevas, como la Casa de Promoción de la Mujer, de la que se habla más adelante.

Los sacerdotes comprobaron que las patrullas terroristas los trataron con respeto, quizá porque algún familiar recibía apoyo en alguno de los centros de la diócesis y porque reconocían la ayuda material y espiritual que prestaban a la población. Dos sucesos reales, expresan bien esta actitud. El primero de ellos lo relata su protagonista.

“Yo tenía 26 años. Entonces todavía era diácono. Estaba en la puerta de la iglesia, en un pueblo al que había viajado con un sacerdote, y ví que salían de una calle dos terroristas, encapuchados, armados. Lógicamente me intranquilité. Los dos llevaban colgado su fusil ametrallador y uno de ellos un largavistas. Se dirigieron hacia mí. Con normalidad, se pusieron a conversar conmigo. En la conversación, me pidieron medicinas y vendas de Cáritas para un compañero herido. Les dije que yo era diácono y que dentro de la iglesia estaba el sacerdote celebrando la misa. Que cuando saliese que hablasen con él. Mientras esperábamos, noté que tenían confianza conmigo. Quizá incluso nos

conocíamos, porque yo soy de un pueblo cercano. Por la voz, me parecieron muy jóvenes. Entre otras cosas, me dijeron: “estamos luchando por los pobres”. Yo les dije que yo también daba mi vida por los pobres y por todos, también por ellos. Noté que aceptaban lo que les decía. Me había desaparecido la intranquilidad y me encontraba cómodo. Cuando terminó la misa salió la gente. Los miraron con susto, se apartaron y se fueron rápido a sus casas. También salió el sacerdote y le pidieron lo que querían. Les dijo que si querían esas medicinas, fueran a verlo a la parroquia. Se despidieron y se fueron. Recuerdo que era el mes de diciembre y había lluvia. Que yo sepa, nunca fueron a ver al sacerdote a la parroquia.”⁸⁵

El otro suceso ocurrió un día que un sacerdote visitaba un pueblo. Encontró una situación difícil. Había llegado horas antes una patrulla terrorista y tenían a parte de la población reunida en la plaza. En el centro estaba una autoridad. Lo sometían a juicio popular realizado por ellos mismos y muy probablemente se lo llevarían para matarlo. El sacerdote conocía a esa persona y habló con la patrulla. Les dijo que trabajaba en beneficio del pueblo, que podía preguntarles a los pobladores. Le costó horas convencer a los terroristas, hasta

⁸⁵ Conversación personal, Lima, febrero, 2018

que logró que lo dejaran en libertad. Poco después se fueron. Con el sacerdote no hubo problema.

Hubo un sacerdote que sí tuvo problemas, aunque no con los terroristas. Puedo poner su nombre, Esteban Plaza, porque falleció hace años. Viajaba de noche a un pueblo. En la carretera encontró uno que le pidió que lo llevara. En la sierra, es costumbre aceptarlo y más si es un sacerdote el que conduce. Cuando se acercaron al pueblo encontraron unos soldados del ejército, revisando los vehículos que pasaban. Resultó que el que había recogido en el camino iba cargado de explosivos. Los detuvieron a los dos. El sacerdote no tenía modo de demostrar que no sabía nada. En aquellos tiempos y en aquellas circunstancias no era nada fácil comunicarse por teléfono y llamar al obispado. Estuvo más de un día detenido y a punto de ser conducido a prisión. Por fin, logró realizar alguna llamada y convencer a la patrulla del ejército de que no sabía quién era el acompañante. Agravaba su situación el hecho de no ser peruano. Lo destacable es que, cuando lo liberaron, no dudó en seguir su trabajo sacerdotal como antes, viajando por los pueblos.

38. Comisión de la Verdad y la Reconciliación

Unos veinte años después de haber terminado la violencia terrorista, se nombró una comisión nacional, con ánimo de investigar a fondo lo que había sucedido en los años del terrorismo y con un deseo de conocer la verdad de y de cerrar heridas. Por eso se denominó “Comisión de la Verdad y Reconciliación”. Estaba conformada por personas de tendencias variadas. Elaboraron un informe que se publicó el 28 de agosto del 2003 y que resultó sesgado hacia una ideología de corte marxista. Por esta razón, algunos de los integrantes de la comisión no quisieron firmarlo. Con los años, ha perdido credibilidad en el país, sin embargo, es el documento que queda escrito.

En las conclusiones de ese informe se critica negativamente a la diócesis de Abancay, junto con las de Ayacucho y Huancavelica, afirmando que no se seguían las líneas de una “pastoral social”, lo cual resultaba totalmente falso. Bastaba recorrer la ciudad de Abancay y el resto de la diócesis para comprobar lo contrario. Como hemos visto, las mismas autoridades civiles de Apurímac confiaban en el obispo para resolver problemas urgentes de tipo social que ellos no podían resolver.

Al publicarse el informe, monseñor Isidro Sala protestó con fuerza, escribiendo una carta a la Comisión. Entre otras cosas, le dice:

“He leído con asombro que en el número 142, de las Conclusiones Finales, dice “algunas autoridades eclesíásticas de Ayacucho, Huancavelica y Abancay no han cumplido con su compromiso pastoral.” Soy obispo de Abancay desde 1992 y he sucedido a un santo pastor – monseñor Enrique Péllach- quien, con más de ocho mil horas a caballo, ha desarrollado una ingente labor pastoral y ha destacado por sus obras sociales y humanitarias, como todos los ciudadanos de esta región conocen: el centro médico, hogares para estudiantes campesinos, asilos de ancianos, comedores populares, clubes de madres, la Casa de Promoción de la Mujer, además de los dos seminarios y ochenta templos restaurados o construidos por toda la diócesis. Yo mismo fui su obispo auxiliar, desde 1986, y antes fui párroco en Andahuaylas y no dejé de visitar todas las comunidades campesinas durante los años del terrorismo, llevando la palabra de Dios, los sacramentos, el consuelo y la ayuda a todos. ... Varios hogares para niños pobres acogieron a docenas de hijos de víctimas del terrorismo y aún de terroristas. ... Algunos párrocos presentaron denuncias ante la Comisión de derechos humanos

del Congreso de la República y se condenó valientemente la violencia desde las iglesias.”

Isidro Sala acompañó desde el comienzo, como sacerdote, a Enrique en Abancay y conoce bien la pastoral social de la diócesis, en la que colaboró de cerca. En muchas de las obras sociales emprendidas, fue su eficaz colaborador. Sabe el esfuerzo que supuso sacarlas adelante y el bien que hicieron a las personas más necesitadas de la diócesis. Hay algo que le extraña profundamente: que nunca aparecieron por Abancay personas enviadas por la Comisión, que hubieran visto ellos mismos la pastoral social de la diócesis y hubiesen podido hablar con los ciudadanos. Por eso, escribe en su carta de protesta:

“Me pregunto: ¿de dónde sacó usted sus informaciones? No recuerdo haber sido visitado por nadie de la Comisión de la Verdad y Reconciliación. (Tampoco visitaron las diócesis de Ayacucho y Huancavelica, aludidas en el informe). Decir que las autoridades eclesiásticas no cumplieron sus compromisos pastorales es mucho decir. ¿A qué autoridades eclesiásticas se puede referir el informe? Supone conocer a esas autoridades eclesiásticas y saber cuáles son sus deberes pastorales. La autoridad eclesiástica de Abancay, como todos los obispos del mundo, presenta sus informes quinquenales ante quien

debe hacerlo y se somete día a día al juicio de sus propios feligreses. ... Me apena comprobar la desinformación de lo que se supone es un informe. Me apena el juicio sesgado, apriorístico e injusto que se emite en nombre de la verdad. Quiera Dios iluminar las mentes y tocar los corazones de todos los peruanos, para llevarnos a una verdadera reconciliación nacional.”⁸⁶

La Comisión no contestó nunca a esta carta. Pero un tiempo después, los obispos del Perú concedieron una medalla al obispo de Abancay. En un artículo de Aciprensa, que reseña el acto de entrega se lee:

“La Conferencia Episcopal Peruana concedió este viernes la Medalla de Oro de Santo Toribio de Mogrovejo a monseñor Isidro Sala Ribera, obispo emérito de Abancay; uno de los Pastores andinos difamados en el pasado por la controvertida Comisión de la Verdad y Reconciliación”⁸⁷

⁸⁶ Carta del obispo de Abancay a la Comisión de la Verdad y Reconciliación. (No se conoce la fecha exacta)

⁸⁷ Aciprensa, 29 de enero, 2010.

39. Casa de promoción de la Mujer

En aquellos años, Abancay comenzó a recibir madres, con sus hijos, que huían de sus pueblos. Venían en busca de seguridad y de algún medio de vida. Muchas de ellas circulaban por las calles de Abancay pidiendo limosna o vendiendo algún producto que le permitiese ganar unos soles.

Enrique acometió una iniciativa de grandes proporciones: la “Casa de Promoción de la Mujer”. Había que ayudarlas en todo. Se estudió cómo hacerlo en estos cuatro aspectos: económico, nutricional, socio-cultural y religioso.

Para ello, convenía observar las posibilidades y habilidades de cada persona, para capacitarlas en aquello. Algunas tenían potencial para desarrollar pequeños negocios, otras habilidades artesanales que les podrían proporcionar un ingreso y levantarles la confianza en sí mismas. Hubo casos en los que había que empezar casi desde cero, por ejemplo, cuando no sabían leer o escribir. Miguel Ángel Domínguez, sacerdote de la diócesis, cuenta con emoción una escena:

“La señora Guillermina, de sesenta y cinco años, está delante de mí, saca un cuaderno y escribe su nombre. Luego, radiante de alegría exclama: ¡ya sé firmar, ya sé firmar, ya sé firmar!”

Para la señora Guillermina, ese paso que había dado era muy importante.

Otras tenían mayores posibilidades y se les capacitó en actividades productivas muy diversas, como fabricar artesanías, organizar un carrito de frutas, hacer dulces, confeccionar tejidos de tipo inca, comprar y vender diversos productos, incluso establecer un pequeño servicio de comidas. Resultó que tenían más habilidades de las que creían y sus productos tenían buena salida. Actualizaron potencialidades ocultas.

En casi todos los casos, era el primer dinero que ganaban en su vida y esto las estimulaba mucho. Era necesario enseñarles a llevar una contabilidad elemental de sus actividades.

Algunas más jóvenes aprendieron mecanografía, que en aquella época resultaba de gran utilidad, y les habría la puerta para conseguir trabajos de oficina.

Todas necesitaban, además, clases de higiene personal y familiar, sesiones prácticas de cocina para aprovechar mejor los alimentos, conocimientos sobre el cuidado de la casa y cómo tratar y educar a los niños, sobre todo en temas de salud y nutrición infantil.

Tuvieron un rol fundamental las religiosas de la diócesis, tanto en el aspecto operativo como en la sugerencia de las diversas actividades y departamentos que se organizaron.

Un modo de llegar a más señoras fue visitarlas en los lugares en que vivían para asesorarlas en temas de salud, de cocina, de ahorro, de nutrición infantil y otros. Se capacitó un equipo de señoras que se movilizó por todo Abancay, estableciendo una relación humana de amistad y confianza, que las permitía ayudarlas en muchos aspectos.

Las que lo deseaban, recibían charlas de formación católica o de preparación para los sacramentos.

Desde el comienzo, Enrique estableció una pauta general: se las atendía en cualquier caso, aunque pudiese ser madre o esposa de algún terrorista, aunque tuviese alguna religión distinta de la católica o no tuviese ninguna. Importaba ayudar a la persona, fuese quien fuese.

40. Paz en medio del fuego

El actual obispo, monseñor Gilberto Gómez, relata algo muy expresivo de la actitud de Enrique, de dar serenidad y de sufrir él solo los problemas: “Cuando murió monseñor Enrique, yo me ocupé de revisar su despacho. Encontré una llave, con una etiqueta que decía *Archivo Secreto*. Era un cajón metálico. Lo abrí. Dentro había un solo papel. Estaba escrito por un comando terrorista. En ese papel, en pocas líneas, le exigían que les entregara su camioneta y la dejara en determinado lugar. Para mí fue sorpresa, porque de esto nunca nos dijo nada a nadie. No entregó su camioneta ni ningún otro vehículo. Seguro que debió temer represalias, ya que todos sabemos cómo actuaban los terroristas. Pero se pasó el miedo él solo y no quiso intranquilizar a ninguno. De hecho, no sucedió nada.”⁸⁸

Es de justicia dejar constancia del trabajo y la ayuda de las religiosas. Fueron heroicas. Sacaron adelante el Asilo de ancianos, el Centro Médico, la Casa de Promoción de la Mujer, atendieron unos cuantos comedores populares. El actual obispo cuenta:

⁸⁸ Gilberto Gómez, Abancay, julio 2018.

“Se abrieron múltiples comedores parroquiales que estaban a cargo fundamentalmente de religiosas. El de la parroquia del sagrario, de Abancay, llegó a dar de comer a ochocientos niños al día. Las Hermanas de la Divina Providencia dirigían un hogar para niños huérfanos, en Huancarama y otros lugares y atendían la Casa de Promoción de la Mujer. Existían también hogares de niños en Andahuaylas, Ocobamba y otras poblaciones. Las Hermanas Lauritas dirigían el Hogar Santa María para niñas, en Abancay. Diversas actividades realizaron la religiosas Salesianas en Andahuaylas, las de san José de Cluny en Talavera, las Franciscanas Misioneras de María en Curahuasi. Las Madres Carmelitas Descalzas, en Abancay, tenían un externado con una veintena de chicas jóvenes que, mientras estudiaban, atendían a los ancianos del Asilo.

Puedo atestiguar que monseñor Enrique, se preocupó de que las religiosas corriesen los menores riesgos posibles. Sin embargo, él y los sacerdotes íbamos por todas partes. Era valiente pero no temerario, y nos aconsejaba que, al atender a la gente, fuésemos prudentes. Su firmeza nos contagiaba a todos. Recuerdo a un sacerdote mayor, el padre Juan Luis Alvares, que era un ejemplo para los sacerdotes. Hacía salidas a lugares lejanos y difíciles, donde se desplazaba

a caballo. En una ocasión estuvo retenido, durante muchas horas por los terroristas. Pero no se acobardó por eso. Siguió moviéndose por los pueblos de la zona.”⁸⁹

No deja de sorprender que, en años tan difíciles, el seminario estaba lleno. Algo más, los dos primeros sacerdotes salidos del seminario se ordenaron en diciembre de 1983, en pleno terrorismo. Y siguieron de modo regular las promociones de sacerdotes. Hasta el momento de escribir este libro, se han ordenado más de cien sacerdotes procedentes del seminario de Abancay.

⁸⁹ Gilberto Gómez, Abancay, julio 2018.

41. Devoción a la Virgen

La devoción a la Virgen fue una constante en su vida. Se pueden destacar cinco momentos especiales.

El primero fue en su ordenación sacerdotal. Tuvo muy presente a la Virgen en ese momento. Y recogió cuidadosamente sus recuerdos de la ceremonia, los enmarcó en un cuadro que tenía por fondo un paño azul.

El segundo momento ocurrió unos veinte años después, en Perú, cuando estaba en la prelatura de Yauyos. En otro lugar del libro se ha relatado la llegada de una imagen de la Virgen, que venía de Roma, con la advocación de Nuestra Señora del Amor Hermoso, y era regalo del fundador del Opus Dei. Todos notaron el amor y la ilusión con que organizó todo, fue a recibirla al puerto de El Callao, organizó su traslado a la primera ermita y fue para él siempre muy importante la Virgen del Amor Hermoso.

El tercero se sitúa en Abancay. Como se ha dicho, su primera prioridad fue doble: los sacerdotes y las necesidades materiales y espirituales de la población. Los primeros años los invirtió totalmente en ese doble objetivo. Pero siempre estaba en su corazón el deseo de tener un santuario de la Virgen, próximo a Abancay. Un día, mayo de 1978, cuando llevaba algo más de

nueve años de obispo, sucedió que fue a visitarlo el alcalde y los vecinos de un pequeño pueblo, situado a ocho kilómetros de Abancay. Le pidieron construir una iglesita, porque no tenían ninguna. Fue enseguida. Le enseñaron el lugar. El terreno tenía más de dos hectáreas, en un sitio muy agradable y con una buena panorámica que alcanzaba hasta la ciudad de Abancay. Enseguida pensó que ése podía ser el lugar para el santuario. Lo conversó con otros sacerdotes y regresó al pequeño pueblo a exponerles el proyecto de construir no solo una iglesita sino un santuario a la Virgen. La gente del lugar estuvo entusiasmada. Les dijo que ellos podían elegir la advocación y les dio varias posibilidades. Eligieron el de “Virgen de la Piedad”. Lo aceptó. Encargó la imagen a un buen escultor de Lima, Julián Alangua, dándole los datos necesarios y siguiendo de cerca su ejecución. Enrique quiso terminarla bien y revestirla con pan de oro auténtico, aunque no tenía los medios para financiarlo. Un sacerdote de su diócesis, que era norteamericano y párroco de Andahuaylas, se ofreció a conseguir el dinero en su país. Así lo hizo. Luego Enrique se informó de qué artesano sabría bruñir bien el pan de oro. Fue al taller de Luis Sánchez, en “Barrios altos”, de Lima, y conversó el asunto. Le llevó la imagen de la Virgen cuando la terminó el escultor. La revistieron cuidadosamente con pan de oro. Y

cuando estuvo terminada, trasladó la imagen a Abancay y la entronizaron en su Santuario. En la homilía de la misa, Enrique le dijo a la Virgen:

“Queremos que este Santuario sea tu casa y nuestra casa, donde encontremos el perdón de tu Hijo Jesús, y encontremos también el amor a nuestros hermanos, que son también tus hijos.” Era el 14 de diciembre de 1980. El pequeño pueblo se llama san Antonio. Allí está la imagen y es muy visitada, especialmente en el mes de mayo. En carta escrita al prelado del Opus Dei, monseñor Álvaro del Portillo, le cuenta su gran alegría y le adjunta unas fotografías de la inauguración, en la que se ve una gran multitud.⁹⁰

El cuarto momento también se sitúa en Abancay. Enrique deseaba que los futuros sacerdotes tuviesen muy arraigado el amor a la Virgen. Para esto, construyó en el seminario menor una ermita, en la que volcó lo mejor de su talante constructor. Le escribía una carta al prelado del Opus Dei. “Me ilusiona terminar con primor una ermita que estamos construyendo en el Seminario Menor, para que nuestros alumnos se acostumbren a tratar a Nuestra Señora y a contar con Ella.”⁹¹ Adquirió en Madrid, en

⁹⁰ Carta, 4-I-1981.

⁹¹ Carta, 26-VI-1982.

Talleres Granda, una imagen de la Virgen, con el Niño en brazos, quien tiene en su mano una pequeña barca, símbolo de la Iglesia. Enmarca la imagen un retablo dorado, obra del escultor Alangua. Pocos meses después la terminó. Ahí está, desde 1983, la que es de modo especial madre de los sacerdotes.

Y el quinto momento es el más expresivo de su amor a la Virgen: Nuestra Señora de Cocharcas, patrona de Abancay. El santuario está en un lugar casi inaccesible de los Andes. Para llegar allí hay que atreverse por una estrecha carretera de tierra. En tres tramos es preciso rebasar los cuatro mil metros de altitud; entre Abancay y Andahuaylas, entre Andahuaylas y Uripa y entre Uripa y Cocharcas. Desde la altura, se contempla el santuario. Todo el trayecto es una exhibición de paisaje andino. Al fondo, serpentea el río Pampas. Donde menos el visitante lo espera, se encuentra una grandiosa construcción, en un lugar deshabitado, en el fondo de un valle. Tiene su origen en el siglo XVII. La fachada es de piedra labrada; el interior, muy amplio, lo preside un gran retablo de madera tallada y dorada en pan de oro, con cinco bajo relieves, que reproducen escenas de la vida de la Virgen. Hay ciento once ángeles distribuidos por el retablo. Delante del santuario hay una gran explanada par las concentraciones de peregrinos.

Enrique recorrió muchas veces la difícil carretera para rezar a la Virgen y llevarle visitantes. Alguna vez acompañaba a un ilustre visitante, poco acostumbrado a carreteras andinas. En alguno de los tramos más difíciles, notó que el visitante iba asustado y le sugirió, para tranquilizarlo, que podrían rezar el rosario. “No, Enrique, solo jaculatorias”. Enrique procuró contarle cosas que lo tuviesen distraído.

Cuando llevaba cinco años de obispo, en 1973, se le ocurrió algo poco lógico: organizar en Cocharcas un gran Congreso Eucarístico-Mariano. Consiguió que lo presidiese el cardenal Landázuri, arzobispo de Lima. Invitó a unos cuantos obispos y logró la asistencia de seis. Unos cuarenta sacerdotes atendían las confesiones. Los campesinos fueron miles. El día de comienzo, desde el santuario se veía la carretera en un gran zig-zag repleta de peregrinos, la mayoría a pie, o en caballerías, o en los más diversos carruajes. Por la noche seguían llegando; un zig-zag de luces marcaba el camino hasta la gran explanada del santuario. Enrique recordaba muchas veces aquellos días del Congreso. Acostumbraba a decir que “las misas eran una fiesta de canciones, rezos y fervor popular.” Como anécdota, relataba que “la Guardia Civil, que fue a Cocharcas en cumplimiento de sus deberes, se contagió del ambiente y participó de los actos. El propio

comandante me decía: monseñor, un poco hacia afuera y un mucho hacia adentro, todos hemos llorado algo.”

42. Obispo emérito

Después de veinticuatro años de obispo, Enrique cumplió los setenta y cinco y llegó la hora del relevo. Cuando cesó en su servicio de obispo, no regresó a Gerona, sino que se quedó en Abancay, como un sacerdote más, ayudando todo lo que pudo, en diferentes lugares, durante catorce años. Escribió en carta al prelado del Opus Dei, monseñor Álvaro del Portillo: “me quedo en Abancay, con verdadera alegría, ayudando en todo lo que pueda al nuevo obispo.”⁹² Un sacerdote de su diócesis, también catalán, Isidro Sala, fue nombrado obispo de Abancay.

Se hizo la ceremonia oficial de toma de posesión, con la catedral llena de fieles. Ese día ocurrió un suceso simpático, en su casa. Al entrar al comedor, Enrique se dirigió a ocupar un asiento cualquiera en la mesa, dejando la cabecera para el nuevo obispo, pero éste no lo consintió. Enrique le dijo: “tú ahora eres el que mandas y te toca presidir la mesa”. Isidro Sala, con rapidez le contestó: “pues si soy el que manda, te mando que te sientes aquí, presidiendo la mesa, como siempre.” Enrique no tuvo más remedio que obedecer.

⁹² Carta, 10-XII-1992.

Luego el nuevo obispo comentó que en el gobierno de la diócesis, él tendría que asumir la responsabilidad del mando, pero en el ambiente de familia sacerdotal, Enrique merecía el respeto y la primacía de todos. A todos les pareció muy bien que así fuese.

Para los fieles de toda la diócesis, especialmente en la ciudad de Abancay, pesaba mucho la figura del obispo Pélach, que durante veinte y cuatro años se había ganado el cariño de todos, y al que lo seguían viendo igual que antes. Tanto Enrique como el nuevo obispo se dieron cuenta de que el común de las gentes no habían tomado conciencia del cambio. Ellos dos no sabían qué hacer y se “inventaron” una ceremonia, muy expresiva y solemne. Se convocó a los fieles, un día domingo, y se llenó a tope la catedral. Los dos obispos salieron juntos de la sacristía, precedidos de una larga procesión de sacerdotes, seminaristas y acólitos, mientras un coro llenaba de voces la iglesia. El báculo lo llevaba monseñor Enrique. Al llegar al presbiterio, el antiguo obispo, con el báculo, se dirigió al ambón y dijo unas breves palabras en las que daba noticia del nombramiento del nuevo obispo. Luego, fue hacia él, se dieron un abrazo, le entregó el báculo, lo acompañó a ocupar la sede principal, le hizo una inclinación de cabeza y se retiró a un lado. El aplauso fue atronador. El

nuevo obispo dijo unas breves palabras y dio comienzo a la Misa, presidiendo la concelebración, teniendo a su derecha al obispo anterior. Quedó claro que era el nuevo obispo.

Al año siguiente, llegaron sus veinticinco años de obispo. En la celebración se volcó todo el cariño y agradecimiento del pueblo y las autoridades de Abancay. Lo llenaron de homenajes: la municipalidad le dedicó una calle, la universidad le dio un título académico, hubo festejos populares, música, danzas y, por supuesto, hubo una Misa solemne en la catedral. Enrique lo agradeció mucho, porque era hombre sensible al cariño, pero le quitó importancia a todo aquello. En carta al Prelado del Opus Dei, monseñor Álvaro del Portillo, le contó con sencillez los diversos actos y los resumió en esta frase: “nuestra gente es celebrante y celebrar se le da muy bien.”⁹³

Un trabajo importante que hizo siendo obispo emérito fue redactar, junto con el equipo de profesores del seminario, un catecismo, basado en el Catecismo Oficial de la Iglesia católica, en un lenguaje que pudiesen entender lectores de formación cultural sencilla.

Tiempo después, se fue a un pueblo alejado de Abancay, Chincheros, para refaccionar la casa

⁹³ Carta, 21-VIII-1993.

parroquial, construir una iglesia y atender como sacerdote a la población. Ya tenía ochenta años. Celebró su 31 aniversario de ordenación episcopal inaugurando la nueva iglesia, con gran alegría y agradecimiento de toda la población de Chincheros, que había sido testigo del esfuerzo de su obispo emérito para dejarles este gran regalo.

Algo muy destacable es que, durante estos años, fue visible su crecimiento en vida espiritual. Su actitud como obispo emérito, causó especial impacto en los sacerdotes jóvenes, a los que había animado y orientado en sus años de seminario. Uno de los que lo visitaba cuando estaba en Chincheros, escribió así sus impresiones:

“Se alegraba mucho al verme y lo primero que me pedía era la dirección espiritual. Yo consideraba que era un servicio que pedía un santo a un inexperto, como era yo. Al escucharlo, palpé la profundidad y la limpieza de su alma de niño. Su preocupación consistía en decir cortas oraciones durante el día, que lo mantenían en presencia de Dios. Disfrutaba tratando a nuestro Padre Dios. Esto era el deporte de su vida: quería amar a Dios y decírselo tantas veces como el latir de su corazón.”

Enrique disfrutaba con lo que hacía, primero porque le gustaba su trabajo de constructor, segundo porque lo hacía para Dios y tercero

porque también era para beneficio del pueblo, al que servía con verdadero afecto.

El actual obispo de Abancay, monseñor Gilberto Gómez, resume así los catorce años como obispo emérito. Es un testimonio que recoge varios aspectos de su vida:

“Dedicó muchas horas al confesonario y, también, a la dirección espiritual con sacerdotes, religiosos y religiosas, y laicos. Celebraba la misa dominical de los jóvenes, en la noche del domingo, con mucha afluencia de gente. Pese a los años, no dejó de lado su trabajo de obispo-constructor, una tarea que llegó a ser para él algo más que un hobby, casi una segunda vocación, y una manifestación más de su deseo de servir, en lo espiritual y en lo material. Con más de ochenta años, se le vio a la cabeza de su cuadrilla de obreros, dirigiendo la construcción de templos, conventos, ampliaciones del seminario, de casas parroquiales. Y no dejó de diseñar los planos que los sacerdotes le pedían.

Escribió mucho, con ese estilo sencillo, inconfundible, siempre positivo, casi ingenuo y poético. Aparte de lo que ya había escrito anteriormente, estos años escribió y publicó *Los novios*, una exposición de la doctrina sobre el matrimonio y la vida, expuesta en forma de diálogo; *La Pasión de Nuestro Señor Jesucristo*, un resumen muy sencillo y coordinado de los

cuatro evangelios para gente muy sencilla; otro resumen en preguntas y respuestas del *Catecismo de la Iglesia Católica*, que ha tenido y tiene gran difusión; varias pequeñas obras de teatro basadas en la Sagrada Escritura que eran representadas por los seminaristas en veladas especiales (*“El Hijo Pródigo”*, *“El paciente Job”*, *“San Pedro Apóstol”*...) y cantidad de cartas a sus amigos de Gerona y a los muchos amigos que tenía por el mundo.

Rezaba cada día un rosario por cada uno de los cinco continentes y cuidaba de manera muy especial la celebración de la Santa Misa. A todos impresionaba verle celebrar la Misa. Trabajaba, se movía, hacía más de lo que podía. En realidad, su espíritu tiraba del cuerpo. Nunca dejaba sus horarios de confesión en la iglesia catedral. Los últimos años, conmovía verlo atravesar la calle, lentamente, con su bastón. Muchos se acercaban a saludarlo, con gran afecto.

En todos los años en que le he conocido, le he visto con una gran confianza en Dios, siempre alegre y con una gran paz ante las dificultades y problemas que se presentaban, incluidos sus problemas de salud, a los que no daba importancia. Esa serenidad la transmitía a los sacerdotes y a los demás fieles. Les transmitía también una seguridad en que vendrían vocaciones sacerdotales y religiosas, que

promovió con tanto entusiasmo, y una gran esperanza en los frutos que habría para la diócesis, si se hacían las cosas bien.”⁹⁴

Desde sus años de seminarista, cuando estudiaba teología, decidió aplicar todas las indulgencias que pudiese ganar en su vida por las almas del purgatorio. Estaba seguro de que, en el momento de su muerte, ellas “le devolverían el favor”, intercediendo para que Dios le concediese en ese momento indulgencia plenaria.

Su hermana Remèi cuenta que, en los últimos años, cuando iba a verlo lo veía más espiritual en todo lo que decía y, al mismo tiempo, de muy buen humor, fácilmente contaba un chiste o algo divertido que hacía reír a otros. Y estaba muy cariñoso conmigo. Cuando yo llegaba, lo encontraba escribiendo o rezando el rosario, siempre haciendo algo.⁹⁵

⁹⁴ Gilberto Gómez, testimonio personal, Abancay.

⁹⁵ Remèi Pèlach, conversación personal, Lima, Barranco, diciembre 2016.

43. Tarea cumplida

A lo largo de su vida, Enrique se refería con frecuencia a que deseaba mantener su “eficacia” sacerdotal. Quería expresar con esa palabra que deseaba ser siempre un sacerdote que sirva siempre a la Iglesia y a las gentes que encuentre, sean quienes sean. Cuando era sacerdote joven, su preocupación era cómo lo iba a conseguir. Al encontrar el espíritu del Opus Dei, se dio cuenta de que ésta era la ayuda espiritual que buscaba.

“Puedo asegurar -escribe- que es una gracia divina pertenecer a la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz. Asegura la atención humana y sobrenatural en las andanzas de la actividad pastoral, compromete a caminar por sendas de oración y de santidad, ofrece el consejo oportuno y fraterno en los vericuetos de la vida, conduce al espíritu de familia, que da alegría, paz y eficacia. Hay un derecho y un deber que encontramos en las entrañas del evangelio: el de apoyarnos unos a otros, para ser buenos instrumentos de la gracia de Dios. Todos necesitamos cariño humano y divino, y lo lógico es encontrarlo entre los hermanos. Así, con la alegría de recibirlo y el gozo de darlo, se vive feliz, en Gerona, en Los Andes o donde sea.”⁹⁶

⁹⁶ Cfr. Enrique Pélach, ob. cit., p.138.

Como es costumbre entre los sacerdotes de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, participó todos los años de unos días de convivencia, que servían de descanso, de intercambio de experiencias y renovaban la vida espiritual. Fue todos los años. Cuando ya tenía 81 años, desde una de esas convivencias sacerdotales, le escribió al prelado del Opus Dei:

“Es la 48 convivencia que disfruto y le doy rendidas gracias a Dios. A la vuelta de los años, descubro más y mejor la maravilla de medios de formación que tenemos en la Obra y que dan tanta paz y seguridad. Diariamente disfruto recorriendo el mundo y apoyando –con mis pequeñeces y el amor que puedo- todo el bien que hacen mis hermanos sacerdotes.”⁹⁷

Hay un libro, frecuentemente citado en las páginas anteriores, en el que recoge, sin darle mayor importancia, sucesos y anécdotas que realmente exigían un sacrificio heroico. Todo lo cuenta en su estilo desenfadado, divertido. Lo titula: “Misión en el trapezio andino”. El subtítulo es largo pero expresivo: “Memorias de un obispo de nuestro tiempo al servicio de los pobres de Abancay”. Yo le corregiría ese subtítulo, porque aunque es cierto que los pobres han sido su prioridad, ha servido a todo tipo de personas, de

⁹⁷ Carta, 3.II-1999

arriba, de abajo y de en medio, y a quien más ha servido ha sido a los sacerdotes de su diócesis, a los que estaban y a los que vendrían. También es de justicia destacar que, en los años de la violencia terrorista, dejó claro a sus sacerdotes que atendiesen a todos sin preguntar de qué lado estaban y, de modo especial, a las víctimas de la violencia, de un lado y del otro.

En varias conversaciones con monseñor Álvaro del Portillo, le contó de su seminario y de sus seminaristas. En alguna de ellas, le dijo monseñor del Portillo: “son tu mejor corona”. Realmente, los sacerdotes fueron su prioridad, su mejor logro y lo que más alegría le daba al final de su vida.

Hay una anécdota pequeña que quizá sintetice de algún modo su fisonomía, caracterizada por pensar en los demás, antes que en él mismo. La cuenta un sacerdote de Huancavelica, Mariano Hermida, un sacerdote español que vino a Huancavelica, una diócesis de Los Andes todavía más alta que Abancay. Cuenta Mariano: “mi obispo de España, don Jesús Pla, vino al Perú a ver a sus sacerdotes, poco antes de que yo viniese por aquí. No pudo llegar a Huancavelica por los huaycos, pero sí a Abancay. Allí lo atendió, como él sabía hacerlo, monseñor Enrique Pèlach. En una de las conversaciones, de obispo a obispo, le dijo monseñor Enrique: usted ve que en mi

diócesis de Abancay, necesitamos sacerdotes. Recién hemos comenzado el seminario. Pero hay un hermano mío, el obispo de Huancavelica, que los necesita más que yo. ¿Por qué no le manda primero a él tres sacerdotes y luego me manda tres a mí? Estas palabras conmovieron el corazón de don Jesús Pla y pensó: ¡aquí está Dios hablando, aquí está Dios! Regresó a España con una idea fija: enviar tres sacerdotes a Huancavelica y lo hizo. Uno de ellos fui yo⁹⁸.” Los de Abancay, no pudieron ser.

La anécdota no termina ahí. Años antes, Enrique en un viaje por España, conoció a Mariano Hermida y lo invitó a ir a Abancay, aceptó, pero su obispo, Jesús Pla, no le dio permiso por ser demasiado joven. Dos años después, su obispo pensó en él para Huancavelica. El día que Mariano aterrizó en Lima, su nuevo obispo peruano, Demetrio Molloy, estaba en el aeropuerto, lo recibió, lo llevó a almorzar y casualmente en la mesa estaba Enrique Pèlach, quien se levantó, le dio un abrazo y con una gran sonrisa le dijo: ¡traidor! Los dos entendieron que era una broma cariñosa.

Hay que añadir que en la mesa también estaba otro sacerdote, que llevaba años trajinando por las alturas de Yauyos, José María Novato, y conocía

⁹⁸ Cfr. Mariano Hermida, ob. cit., pp. 33-35

bien la dureza que le esperaba al recién llegado. Al verlo débil y blancón, se dijo: este “gringito” no va a durar ni quince días en Huancavelica. La realidad es que ese “gringito”, Mariano Hermida, lleva allí más de treinta años a cuatro mil metros de altitud, en los andes peruanos.

44. Victoria definitiva

El año anterior a su muerte, cuando cumplió 88 años, le hicieron una entrevista y le preguntaron por su preparación para el momento en que Dios lo llamase. Así se expresó:

“De vez en cuando pienso en esto y me preparo con alegría para cuando Dios me llame. Es el paso necesario para ir al cielo y yo deseo ir al cielo y ver a Dios, cara a cara, y a mi Madre Santísima, y todo lo demás. Esperar esto me ilusiona y me llena de esperanza. Confío en la Misericordia de mi Padre Dios. Así, con gran paz, voy caminando hacia mi muerte”⁹⁹

Sus fuerzas físicas iban decayendo. Llegó un día en que fue preciso practicar una intervención quirúrgica. Lo aceptó sin queja. Como era de cuidado, recibió antes la unción de los enfermos y el viático.

Gilberto Gómez relata sus últimos días: “Durante la operación rezamos mientras esperábamos con inquietud. A la hora y media salieron los cirujanos satisfechos.

⁹⁹ Oscar Arbieto, “Chaski”, Abancay, 21-IV-2006.

Los días siguientes, le podíamos visitar con bastante frecuencia para rezar un poco y administrarle la comunión. Tanto los médicos como las enfermeras estaban admirados de su paciencia, de su dejar hacer sin quejarse. Siempre respetaban y ponían a la vista la estampa de la Virgen de Montserrat y la de san Josemaría.

Los médicos y enfermeras nos preguntaban datos de su vida, y se impresionaban todavía más. Cada día se parecía más a Cristo crucificado. No había donde ponerle una inyección más, pero siguió sin queja, ofreciendo sus miembros como si no fueran suyos. Podíamos rezar con él, aunque cosas breves. Uno de esos días nos dijo que repetía mucho el *trisagio angélico*, porque le era fácil de recordar.

El prelado del Opus Dei le escribió dos cartas. Se las leímos al oído. Le dieron mucho consuelo.”¹⁰⁰

Mientras tanto, en su querida Girona, seguían la evolución de su enfermedad muy de cerca. Decidieron ir a Abancay un grupo numeroso de sus familiares, vinieron veinticuatro. Verlos dio una gran alegría a Enrique. Toda la familia ha sido siempre muy unida, amiga de cantar y le cantaron sus canciones preferidas. Eran las mismas canciones que, de niño, había cantado Enrique con

¹⁰⁰ Gilberto Gómez. Testimonio personal.

sus hermanos y amigos en Can Pélach. Cantaron suavemente el “Virolai”, canción a la Virgen de Montserrat, que siempre ha impactado profundamente a Enrique. Esta canción, en catalán, dice así:

“Rosa d’abril, Morena de la serra / de Montserrat estel / illumineu la catalana terra / guien nos cap al Cel.”¹⁰¹

El día de su santo, san Enrique, hasta probó algunos de los dulces de su tierra que le trajeron sus sobrinos. Su hermana Remey no se separaba de su lado, así como monseñor Isidro.

Los de Girona tenían que regresar. Su hermana Mari Carmen Pélach recuerda así la despedida: “Después de cantar, él nos pudo dar la bendición. Hizo con la mano, moviéndola un poquito, el gesto de la señal de la cruz, mientras nos miraba con ojos de mucho cariño. Sonreían los ojos cuando ya no podían sonreír los labios. Su mirada transmitía una gran paz, la que tuvo toda su vida. La energía que tuvo para hacer tantas cosas, ahora se había transformado en una paz y serenidad total.”¹⁰²

¹⁰¹ En castellano: “Rosa de abril, Morena de la sierra/ de Montserrat estrella/ ilumina la catalana tierra/ guíanos hacia el cielo

¹⁰² Conversación personal, Gerona, 17-X-2015

Dios se llevó a Enrique a las tres de la tarde del viernes, 19 de Julio del 2007. Faltaban pocos meses para que cumplierse noventa años. Mucha gente esperaba en el jardín y en la calle rezando. Cantaban, entre otras, la canción que él mismo había compuesto: “*Salve, Virgen de la Piedad*” y el himno a la Virgen de Cocharcas, patrona de la diócesis. Falleció el aniversario de su toma de posesión como obispo de Abancay, veintiuno de julio.

A los dos días, se celebró la solemne misa de exequias, presidida por el arzobispo metropolitano de Cuzco, monseñor Juan Antonio Ugarte, y concelebraban ocho obispos, el Vicario Regional de la prelatura del Opus Dei en el Perú y unos sesenta sacerdotes.

Gilberto Gómez recuerda: “Llamaba la atención esa corona de jóvenes presbíteros, fruto de su oración y de su desvelo pastoral, formados en el seminario que él fundó en tiempos difíciles, estimulado por el consejo y la oración de san Josemaría Escrivá.”¹⁰³

Es significativo que Enrique escriba en uno de los últimos párrafos de su libro, estas palabras: “Me siento cordialmente agradecido a san Josemaría Escrivá de Balaguer por haberme hecho posible vivir tanta aventura divino-humana

¹⁰³ Gilberto Gómez. Testimonio personal.

y por haber sido sostenido y alentado por el espíritu que de él heredé.”¹⁰⁴

Al terminar la misa de exequias, a petición del pueblo, fue llevado por las calles de la ciudad, por donde “*pasó haciendo el bien*”. Finalmente, volvió a la catedral para ser sepultado en el lugar reservado para él.

En un artículo publicado a los pocos días, el cardenal Juan Luis Cipriani, que lo había tratado en la conferencia episcopal durante muchos años, hizo de él esta síntesis: “Lo recuerdo siempre sereno, alegre y discreto, con una capacidad de hacer amigos extraordinaria. Alma de poeta. Catequista, con especial habilidad para llegar a los públicos más sencillos. Con gran don de lenguas, lo entendía fácilmente todo el mundo.”

Una de sus hermanas menores, Montserrat, ha dejado escrito un recuerdo personal, que ha resultado una profecía: “En una de las visitas a nuestro noviciado en Pamplona, antes de irse él a Perú, yo le dije que me gustaría morir joven, como Santa Teresa de Lisieux, y él respondió con firmeza: *pues yo querría vivir hasta los noventa años, para trabajar por la gloria de Dios*. Y así

¹⁰⁴ Enrique Pèlach, ob. cit., p. 140.

ha sido. Se ha ido, unos meses antes de celebrar este cumpleaños en el cielo.”¹⁰⁵

¹⁰⁵ Carta a su hermana Remei, Pamplona, 7-X-2007.